

ENTRE GALLOS Y MEDIA NOCHE

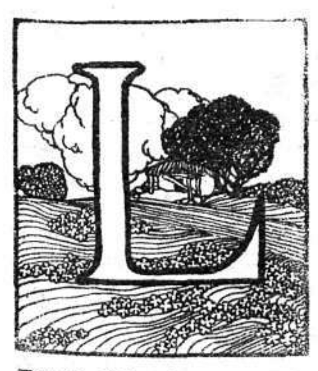
La voz lejana. — ¡Centinela aleeeerta!

Alvear. — ¡Alerta está!


VINOS
TIRASSO
LA GRAN MARCA ARGENTINA
VINOS DE MESA, POSTRE, CHAMPAGNE,
MOSCATO CHAMPAGNE Y JUGO DE UVA
Superan en calidad a todos sus similares
nacionales y están a la par de
los mejores importados.
VIÑEDOS Y BODEGAS "SANTA ANA", Mendoza
Casa Central:
SARMIENTO, 347 — Bs. Aires
Unicos Concesionarios para la República del Uruguay:
PEREZ y Cía. — San José 1216 — Montevideo
PINOT TINTO

El Ultimo Tamborilero de Erraondo

(Propiedad de la Editorial Calpe. — Reproducción por convenio especial.)



os rayos matinales del sol doraban el sombrío cuerpo de Tetrikápolis Alemánica: sol de mayo festejado por el piar de los nidos y el suave aroma de las flores.

Tan alegre como el sol y los pájaros salía por el portal de San Nicolás Pedro Fermín Izko. Las pocas personas con quienes se iba encontrando volvían la cabeza curiosas. Aunque la boina, las alpargatas y el tipo de Pedro Fermín eran los del país, le acusaban de forastero los colores de la tela y la hechura de la ropa, notoriamente exóticos, como de campesino de lejanas tierras. Pero, sobre todo, se llevaban la atención de las gentes el silbo y el tamboril, colgados del cuello.

—¡Vaya un viejo divertido! — decían o pensaban los caminantes.

Porque Pedro Fermín era viejo, y más viejo de lo que a primera vista parecía. Delataban la vejez las arrugas de la cara barbilampiña, la falta completa de dientes en la boca sumida y las canas de su poco poblada cabellera. Pero los años no pesaban sobre los hombros erguidos, ni le trababan las piernas ligeras, ni le enturbiaban la mirada gris de los ojillos, ni le enronquecían la respiración del pecho, ni le alteraban las pulsaciones del corazón. Llevaba el hatillo de ropa pendiente de un palo y el paraguas en la diestra.

¿Cuántos años tenía? *Irurogoi ta amar eta...* (se-



tenta y...) habría contestado en su lengua materna, única que hablaba de corrido. Los años agazapados debajo de la copulativa *eta* pedían un cálculo difícil y la ayuda de recuerdos particulares; es decir, una labor inútil y fatigosa. El sólo daba valor a los *amarrekos*, y sabía con certeza que no contaban todavía para él los ochos.

Asimismo conocía el número cabal de su residencia en América, que eran cincuenta, transcurridos desde que, apenas cerró los ojos su padre y maestro de música, Martín Izko, el *tchuntchunero* del valle, emigró de la pobre aldea por no servir a Carlos V ni a María Cristina. ¡Cincuenta años! Relámpago fugaz de estío, vuelo raudo de gavilán, largo espacio de la breve vida disipado en el insondable abismo del tiempo. Cincuenta años al servicio de Araluze y Compañía, de Buenos Aires, curtidores y salazoneros famosos y riquísimos, dueños de la descomunal estancia «Los Papagayos», donde prestó sus servicios de pastor, único que él sabía.

Pasó de la rústica aldeúca nabarra al desierto de las pampas, sin que la ignorancia pueril del entendimiento se enriqueciese con nuevas ideas, ni los candorosos afectos del corazón descubriesen desacostumbrados blancos al apetito. Nació y vivió en la monótona margen serena de la civilización pastoral, como si aun perdurasen los días bíblicos de la primitiva Caldea.

Baskos de ambas vertientes del Pirineo poblaban la estancia. Nacidos en bordas y caseríos montañeses, inhábiles para ganarse el pan en las ciudades, la necesidad y los instintos inconscientes de su propio natural de consuno los arrastraban al campo, y allí reanudaban los inveterados hábitos, rindiendo gustosamente parias al nativo individualismo.

En las múltiples labores de las numerosas lecherías se ocupaban mujeres baskas y campesinas como ellos. Concertábanse muchos matrimonios, y las nuevas familias habitaban casas sueltas, al estilo de la tierra patria. Eran allá todos baskos, desde el capataz, D. José *el barbudo*, natural de Goizueta, al capellán de la iglesia, D. Fulgencio, natural de Bermeo, que después de una vida relajada y aventurera, herido de la gracia, se había retirado al desierto por ganarse la vida eterna. Y era todo basko también: las costumbres, los juegos, las diversiones, el idioma; ¡hasta los loros de los bosques circunvecinos hablaban baskuenze! Diminuta Euskal-Erría, íntegramente baska, cuyos mojones no traspasaban las horrendas pasiones de política extranjera, arrasadoras de la grande.

* * *

Cincuenta años de vida sana, inocente, sin quebraderos de cabeza, ni vicios, ni penas de ningún bien perdido, ni recuerdos siquiera. Descuajado del terruño nativo, arraigó con vigorosas raíces en la tierra argentina, olvidándose totalmente de la aldea y de la patria, de los deudos y de los amigos lugareños. Escribió una vez diciendo dónde se hallaba, y le escribieron otra comunicándole el fallecimiento de su hermana única. Entonces advirtió con sorpresa que las cosas de allende los mares no le interesaban.

Los honrados y celosos servicios, unidos al natural despejo, le encumbraron paulatinamente a rabadán de la cabaña mayor. Ganaba un jornal subido, que casi se lo economizaba sin merma. En semejantes soledades sólo los jugadores podían gastarse el dinero. No le ensoberbeció la prosperidad, y de rabadán grave siguió tocando, en la campa de «Los Papagayos», el mismo *tchuntchún* con que se ganaba unos cuantos pesos anuales de añadidura cuando era ínfimo pastor, mozo recién venido de la aldea. Mas ahora tocaba de balde, por el gusto de condescender con los jóvenes, y sobre todo por amor a la música, al rústico *chistu* agrío, que en los labios habilidosos de él eclipsaba al pico de los ruiseñores.

Apenas ponía los pies un nuevo basko en la estancia, buscábale Pedro Fermín y le hacía cantar y tararear todas las canciones y bailes de la comarca. Aumentábase el repertorio del *tchuntchunero* continuamente. Al cabo de unos cuantos años abarcó el círculo musical entero de la tierra baska, esmaltado de estupendas y exquisitas «antiguallas», que sólo los «abuelos» de las más escondidas caserías podían transmitir a sus descendientes. La música aquella fué cruzando sus tenues hebras — hiladas por la novia que espera, la madre que mece la cuna, la esposa que escruta el horizonte marino aturbonado, la segadora que corta el helecho, las parejas que bailan sobre la era — en torno del corazón de Pedro Fermín, hasta aprisionárselo entre irrompibles mallas.

Ello es que Pedro Fermín cierto día, de súbito, sin causa aparente, después de años de profundo olvido, recordó su aldea, su casa, sus deudos, como si el baskismo, diluído en la música, emanación directa de la personalidad racial, hubiese tomado cuerpo, formándole de la materia de las primeras cosas baskas que la niñez le hizo conocer. Luchó consigo mismo, pretendió reírse de la inexplicable cariñada, torcer el curso impetuoso de los redivivos afectos, arrancar los brotes inesperados del terruño natal... Fué en vano; y al fin se presentó a D. José *el barbudo* para arreglar las cuentas.

Don José procuró disuadirle: «¿Qué vida va usted a llevar en aquel villorrio de mala muerte, desconocido en las mapas, donde nadie tiene noticia de usted ni le quiere? Su familia acaso habrá desaparecido — como sucede con la mía, ¡caracho! ;— a lo sumo, encontrará unos cuantos sobrinos, y será usted el «tío del herencio», el tío cuya muerte se desea durante todo el año, rezándole novenas a Santa Pulmonía y a San Torozón para que le metan cuanto antes en el hoyo. Hoyo para usted, pesebre para ellos. Supuesto el cambio sobre Europa, perderá una parte, nada pequeña, del modesto capital. Modesto, sí; no haga usted visajes de protesta. Es claro: en Rahondo será usted como Rotchschild en Londres. ¿Se cansó de trabajar? ¡Enhorabuena! Bien ganado tiene el descanso, ¡caracho! Le construiremos a usted una casita en la estancia; vivirá ricamente en medio de esta gran familia, que tan de veras le aprecia. Seguirá tocando el *chistu*, y bailarán los nietos de los que ahora bailan, porque usted ha de vivir más años que los cuervos. Y si prefiere probar de la vida ciudadana, tampoco faltan ciudades y poblados en la Argentina; aunque a usted no le crió Dios para las calles, sino para los montes.»

«¡Ciudades, no; ciudades, no! — fué la contestación de Pedro Fermín. — Aldeas; pero la mía, la aldea en que nací y en la que pienso morir.»

No hubo modo de cambiarle el propósito. Las razones resbalaban sobre la corteza impermeabilizada del cerebro, sin llegar al meollo. Se liquidaron las cuentas; dejó a rédito el capital en manos de «Araluze y Compañía»; diéronle éstos una carta de crédito para el banquero de Iruña «Olaso e hijo mayor», y se embarcó, llevándose consigo el tamboril, deleite y alegría de «Los Papagayos».

«Entre los parches de esa valija va encerrada el



alma de Pedro Fermín», dijo, riéndose, D. José *el barbudo* al despedirse. Y los oyentes asintieron a aquella observación aguda.

II

Ahora, Pedro Fermín, recién desembarcado, camina fijos los ojos en las moles de Izaga y Elo, hitos naturales del valle patrio, vestidos de azul por el ambiente limpio, y por el sol primaveral, de oro.

Camina despacio adrede, para no llegar temprano. Su propósito es de entrar en la plaza de Erraondo después de vísperas, a la hora del baile, y obsequiar a sus paisanos con las más dulces tonadas del tamboril, de las de antiguo sabidas y de las que aprendió después. Sonríese ante el cuadro que su imaginación le pinta: la plaza inundada de sol; el alcalde y los viejos sentados debajo de los tres frondosos nogales del centro; los mozos y las mozas distribuídos en grupo, a la espera de que las agudas notas del *chistu* se levanten sobre los sordos golpes del *tchuntchún*, como banda jovial de alondras sobre los pardos surcos... Y él, presentándose de improviso, la gente curiosa señalándole con el dedo, atrayendo sobre sí las miradas de todos y profiriendo con oz estentórea: «Yo soy Pedro Fermín Izko, de la casa de Mandazain», y por remate, el *Inguruko*, tonada especial del valle, una sola vez oída al año, y la juventud, enardecida, desbordándose briosamente en la tradicional *karrikadantza*, al son de la predilecta música inesperada.

A mitad del camino, junto a una fuentecilla del soto que Pedro Fermín seguía, por apartarse del polvoriento camino real, descansó, comió su provisión de víveres y bebió un trago de agua fresquísima «a la salud de los baskos de su pueblo y de todos los baskos del mundo».

* * *

Jadeando un poco, por razón de la empinada subida, se detuvo sobre el alto de Mendinueta, a contemplar el valle paterno, distante, pero ya visible. Estrechábase el llano entre los montes, cuyas faldas recogían las once aldeas diseminadas formando círculo en derredor de su capital, Erraondo, al pie de las lomas de Bizkayeta y a orillas del riachuelo Izaga.

Pedro Fermín aguzó la vista, se frotó los ojos como para mejor empaparlos de luz, exprimió el contenido de los antiguos recuerdos borrosos... Dudaba de su visión, dudaba de su memoria, dudaba de la realidad de sus sensaciones... Veía peñas calvas, cauces secos de arroyos, grupos de flacos chopos torcidos por el noroeste; un campo triste, sin verdor, sin pájaros; un horizonte mustio, de terrosas colinas amarillentas... «¿Dónde están mis hayales — esclamó, — dónde mis robles, dónde mis fragantes prados? ¿Quién secó mis arroyos, qué red cazó a mis tordos, a mis gallos, a mis oropéndolas? ¿Acaso equivoqué el camino y me desvié hacia el país de los *kokos*? (1).» Se restregó varias veces los párpados y recorrió delante de sí el espacio con la vista. Mil pormenores le certificaron el acierto del derrotero seguido. Recordó las dos guerras civiles que mediaban entre la emigración y el retorno. A ellas achacó la causa mayor de la mudanza. «Habrán talado los bosques por pagar las deudas, y con los árboles, a una, desaparecieron agua, pájaros y prados». En nombre de su íntima tradición baska maldijo a las guerras tradicionalistas extranjeras.

* * *

Entró en la plaza de la aldea, solitaria y desierta. Algunos perros jugueteaban revolcándose en el polvo. Los tres nogales, trono y dosel de alcaldes, habían sido cortados de raíz. Una mujer, por su manera de andar, joven, cruzó de acera a acera. Le extrañó el vestido negro, la pañoleta del mismo color anudada debajo de la barbilla, las sayas largas y estrechas. Viniéronle a la memoria las tocas chillonas, las trenzas colgantes, las amplias mangas de lienzo casero, pero blanquísimo; el justillo gris, el pañolón de colorines sobre el pecho, el refajo rojo, a media pierna, de las mozas de antaño. Miró el reloj de la torre; la hora de las vísperas era muy pasada; por tanto, la gente habría salido ya de la iglesia. Cumpliendo el propósito con que a sí mismo se recreó durante largos meses, represó la onda de tristeza que le comenzaba a sumergir el corazón, subió el *chistu* a los labios y esparció las notas alegres del *Inguruko* y los pausados golpes rítmicos del tamboril mientras en la acera solitaria de la casa consistorial daba pasos solemnes de procesión.

La plaza, que momentos antes, al parecer, dormía a pierna suelta, se despertó súbitamente. Abriéronse puertas y ventanas, asomáronse caras curiosas, se preguntaron unas a otras las vecinas el porqué de aquella música, sonaron carcajadas y exclamaciones de sorpresa, voces y silbidos de burla, y salieron de todas las esquinas y de todos los zaguanes, corriendo y gritando desaforadamente, chiquillos que rodearon al *tchuntchunero* y le contemplaron, más abiertas aún las bocas que los ojos, como a bicho raro.

Tras los niños vinieron mozos y mozas. El corro, muy compacto, impedía a Pedro Fermín moverse. Pronto observó que todos hablaban el castellano; pero no el meloso, suave y musical de América, acariciador de oídos con dejos y estelas cariñosas, sino un castellano duro, rajante, contraído, modulado con asperezas de carretero. La onda de tristeza rompió el mal estribado dique y le anegó el corazón. «¿Este es mi pueblo?», pensaba, con ganas de llorar. Las lágrimas sonaban en el *chistu*, y los destellos alegres del *Inguruko* se iban obscureciendo, como las ilusiones, delante de la imprevista realidad. Despechado, dió tres o cuatro notas agudas, y se calló: brevísimo silencio interrumpido por ensordecedora gritería. Un mozo muy moreno fijó descaradamente la mirada de sus ojos claros en el rostro afligido de Pedro Fermín.

— La borrachera, o qué, t'ha dau por chiflar, agüelo? — preguntó, riéndose con malicia.

Pedro Fermín comenzó a declarar en baskuenze sus propósitos.

— Nosotros no semos montañeses, ¡rejones! ¡Guárdate tu vaskuenz pa los d'arriba! — dijo el mozo, interrumpiéndole y señalando con el dedo las montañas del norte.

— Pues ¿qué sois, pues? — replicó Pedro Fermín. — ¿Gauchos, negros, o...? Yo, aquí nasiro; aquí, montañés de baskuenze, montanés de montaña. Me vengo d'América; mi primer pensamiento, vosotros por hacer bailar tamborii ha tocaro.

— ¿De veras, agüelo, eres de Rahondo? ¡A mí nadie me mete la patata! ¿De Rahondo, y bailar de esa traza? ¿Con el *chulubit* de los capadores? ¡Cenón, trai ad'aquí la vigüela! Aura verá el agüelico nuestro baile. Si de veras es del pueblo, y endemás ameri-

(1) *Koko* significa, según los diccionarios, fantasma, máscara, bobo, majadero. En Nabarra, los baskos llaman *kokos* a los habitantes de los valles que no son el suyo; por ejemplo: en Baztán, a los ulzameses; en Ulzama, a los de Juslapeña, etc. En el mercado de Tolosa llaman, o llamaban—pues la persona que me lo refirió es de años—*kokos* a las mujeres que venían de los valles nabarros de Araiz y Larraun; pero en Larraun dan ese nombre a los naturales de Irurzun y sus aldeas vecinas. Nadie quiere ser *koko* mas por la transferencia del nombre resulta que todos lo son. — (*N. del A.*).



cano, hay que obsequiale. ¡Hala, hala! ¡Venidsus ad'aquí, saladas; tú, Lorenza, Leocadia, Rosa... toas! ¡Leña, güena jota; arre!

Tomó el mozo la guitarra que Cenón le tendía y, rasgueándola con mano ruda, entonó a grito pelado la siguiente copla, por mozas y mozos ágil y airosamente danzada:

¡Ay qué burro soy, qué burro soy,
Se me fríe el almaa!
¡Ay qué burro soy, qué burro soy;
Abrime la cuadraaa!
¡Ay qué burro soy, qué burro soy,
Del suelo la pajaa.
¡Ay qué burro soy, qué burro soy,
Será nuestra cama!

Pedro Fermín, recostado contra la pared, extendidos desmayadamente los brazos a lo largo del cuerpo, contempló el bullicioso baile a través de la nube de polvo que envolvía y blanqueaba a las parejas. Las fiestas domingueras de antaño se le pintaban en la memoria con sus más nimios pormenores. Los cuerpos, las cosas, los tipos, la complexión de la gente no habían variado; los modales, los gestos, el tono de la voz, el idioma, los trajes, sí. Los cincuenta años que habían acrecentado el baskismo de Pedro Fermín habían borrado completamente el de su aldea, y no acertaba a entender, a la escasa luz de su inteligencia inculta, los porqués de la deformación sin el asiento, por lo visto no acaecido, de gentes extrañas en la tierra.

Cuando se acabó el baile, los mozos, aunque cerriles, liberales y hospitalarios, se empeñaron en obsequiarle con vino y merienda. Condescendió Pedro Fermín al cabo con la porfía del buen corazón de ellos, y los siguió a la taberna, donde, por encubiertas preguntas, averiguó que en la casa de los Izkos ya no quedaba ninguno de su sangre, salvo una sobrina tercera casada con un labrador, hijo de un valle comarcano. Esta noticia fué como la última pesa que hizo caer las balanzas, y determinó partirse a América, para cerrar allá los ojos, cuando sonase la hora, entre los baskos de la estancia argentina.

De cuanto le oyeron al «agüelo» los mozos, lo que más los maravilló es que el nombre de la casa de los Izkos, o casa de *Mandazain*, que ellos pronunciaban de continuo, fuese baskongado. De esta manera aprendieron un vocablo de aquel guirigay que hablaron en su tiempo, según contaban ellos mismos, los dos o tres «agüelicos» ochentones de la aldea.

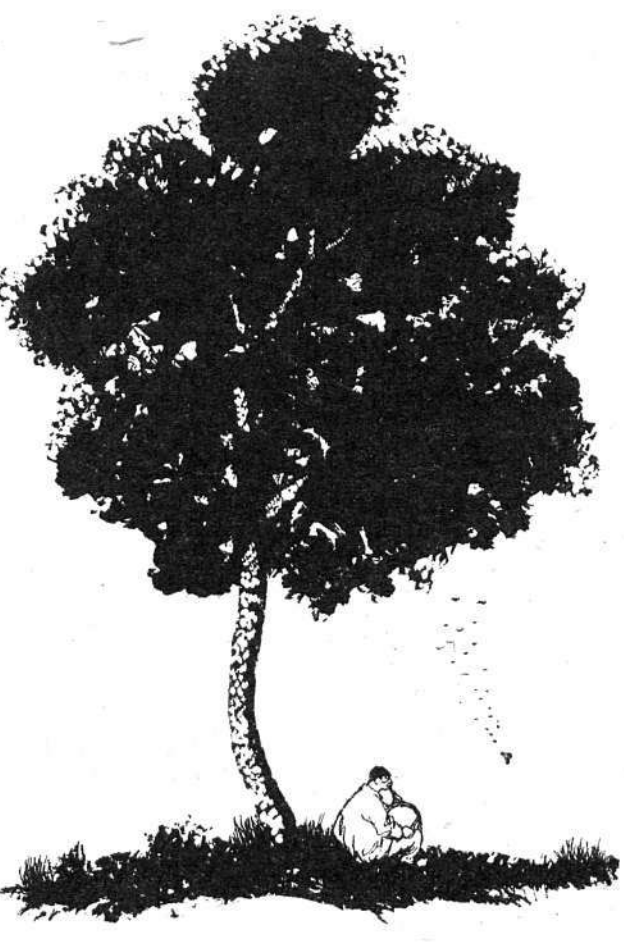
III

Pedro Fermín, que movió de madrugada piernas juveniles, arrastra a la hora del atardecer pies añosos. No mantiene erguida la cabeza, sino que la recuesta sobre el pecho desmayado, yermo de sus postrimeras ilusiones. Llega con el corazón anheloso, más de sentimiento que de cansancio, a la cima de Mendinueta, donde un caduco roble solitario ofrece diminuto renuevo entre los brazos descarnados, en son de flaca protesta contra la muerte. Pedro Fermín le mira con cariño y tristeza. «Eres como yo — dice: — un testigo de las cosas que fueron; la sequedad y el polvo te rodean, como a mí. Pronto morirás, como yo moriré pronto, y entonces ni aun el recuerdo del bien perdido sobrenadará en la memoria de otros dos viejos. ¡Oh, miseria sobre todas las miserias: ni aun el recuerdo!»

Antes de proseguir su ruta quiere contemplar por última vez su valle, ya lejano. Las cumbres de Izaga y Elo reciben, sobre sus caperuzas de niebla, los nacientes fulgores de las estrellas crepusculares; arrebújanse en mantos negros los apiñados montes del septentrión; la Val de Orba, al sur, recorta con sus crestas azuladas el cielo radiante de la Ribera.

Pedro Fermín vuelve a contemplar el caduco roble solitario. «Tal vez — dice — algún pájaro, atraído por el verdor de tu renuevo, se posará sobre las tenues y escasas ramitas, y te obsequiará con su canto como cuando te adornaba espeso follaje. Sea yo el pájaro que cante el adiós a mi tierra, más lóbrega que el árbol; a mi tierra descastada, sin renuevos.»

Según lo piensa lo hace. Sentado al pie del roble, con habilidad nunca por él superada, porque nunca penetró tan hondamente en el sentido íntimo de la música baska, va tocando, una después de otra, las tonadas predilectas, hasta que la congoja le oprime y las lágrimas le ciegan. Entonces se levanta y se va monte abajo, llevándose dentro del tamboril no solamente el alma propia como dijo D. José *el barbudo*, sino la de Rahondo y toda su comarca.



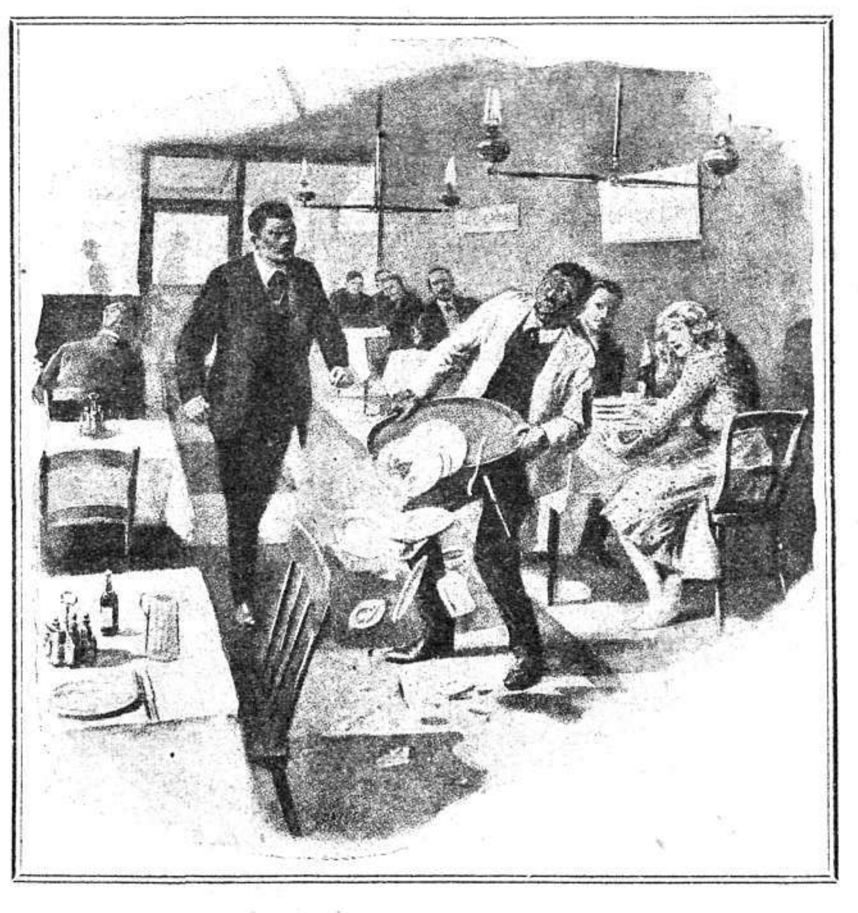
ILUSTRACIONES DE SIRIO

ARTURO CAMPION

La diligencia de Melonville

Por

A. Hopwood



Sobre las siete arenosas millas que separan al pueblo de Melonville de la colonia del lago Topekah, tres veces por semana se arrastra un pesado vehículo conocido con el nombre de «Diligencia de Melonville».

Muchos años atrás, cuando el caballo era un potro retozón y el mayoral un muchacho de aspecto juvenil, representaron las partes más importantes en el acto final de una horrenda tragedia.

Parece que la monótona y rutinaria tarea de un mayoral no necesitara preparación especial, y ciertamente que cualquiera negaría que un muchacho educado en la universidad de Eaton ocupara tal puesto. Pero es el caso que cuando aparecieron las listas de Sandhurst, una vez tras otra, sin registrar el nombre de Freddy Burton, sus padres lo deportaron a Florida.

Al llegar a la colonia del lago Topekah, sus bienes ascendían a la suma de trescientos pesos y una *idea*. No era una idea brillante, ni aun original, pero era buena, pues Freddy Burton empleó la mitad de su capital en la adquisición de un caballo y un carro que él mismo decoró y puso en condiciones para explotar la idea.

Era una existencia bastante monótona. Cada martes, jueves y sábado, con lluvia o con sol, se ponía en camino por la mañana hacia Melonville, para regresar por la tarde con uno que otro pasajero y los encargos que le hacían los colonos.

Para un saludable muchacho de Eaton aquella existencia era aburrida, desmoralizadora; pero había caído bajo el letárgico influjo de la tierra de su adopción, y esperaba hasta que llegase el momento marcado por la Providencia para fijar su destino.

Y verdaderamente parecía ser un destino tentador, tal como él lo vió por primera vez en una gloriosa mañana de abril: una atolondrada muchacha de diez y siete años, descalza, con una picaresca travesura en sus sonrientes ojos y una masa de dorado pelo flotándole sobre los hombros. Escarranchada cómodamente sobre el tronco cortado de un ciprés, lo llamó cuando él se acercaba; y Freddy Burton detuvo su caballo.

— Buen día — dijo él alegremente. — ¿Qué puedo hacer por usted?

Sus azules ojos revolotearon, y se dejó caer suavemente de su pedestal. Después corrió hacia él sacando un papel de entre los pliegues de su blusa y se lo entregó a Freddy. Era una larga lista de diversos artículos, tales como un cabo de hacha, cuatro latas de leche condensada, una damajuana de vino y una camisa de franela.

— Dice papá que le traiga todo esto esta tarde. Le pagará mañana..., por lo menos así me dijo que lo haría... — Se detuvo sin aliento y levantó la cara con una irresistible sonrisa.

El susceptible mayoral dobló el papelito y lo puso cuidadosamente en el bolsillo de su camisa. Después, al mirar los chispeantes ojos tuvo una inspiración.

— Linda mañana para un paseo — dijo. — ¿Por qué no viene conmigo y me ayuda a elegir esas cosas?

— ¿En esta forma?

— Claro.

— ¡Sin zapatos, sin medias, sin sombrero! La gente hablaría, ¿no?

— Déjelos que hablen.

En un momento tuvo su pie en el estribo y una mano levantada hacia él. Entonces se detuvo.

— Diga, ¿cuánto tengo que pagar?

— Nada — respondió él. — Déme el placer de su compañía y estaremos en paz.

Tomó la mano y trepó ágil como una ardilla hasta el asiento vacante al lado de él. Apenas se puso en movimiento la diligencia dió rienda suelta a su lengua, saltando de un asunto al otro con tanta rapidez que casi no le quedaba tiempo para respirar.

— ¿Sabe? He vivido tanto tiempo en estos bosques que casi me he hecho salvaje; además, es más fresco, y los zapatos cuestan mucho dinero también. — Sus rojos labios dibujaron una irresistible

sonrisa, y sus azules ojos centellearon de alegría.

— Nunca tenemos dinero, papá y yo. Nunca lo tuvimos desde que murió mamá. Papá gasta todo lo que gana y debe mucho; además, bebe más de lo que debe y cuando está borracho es terrible.

— ¿Y cómo se llama usted? Mi nombre puede leerlo afuera de la diligencia; pero ¿cuál es el suyo?

— Me llamo Kitty Westley. Tal vez usted ha oído hablar del viejo Westley. Sí, lo imagino; pero no es tan malo como la gente lo cree.

Y así continuaron. La soledad de los olorosos pinos había desaparecido para dar lugar a un claro, en cuyo fondo se divisaba pintorescamente una de los pueblos en germinación de Florida.

Dos horas después la curiosa pareja se presentaba en el restaurant de Shanghai, y tomaron posesión de una de las desocupadas mesas. El comedor estaba casi vacío, y los pocos parroquianos, después de dirigir a los recién llegados una mirada de sorpresa, prosiguieron con sus comidas.

El propietario pasó varias veces cerca de ellos, al parecer disgustado; en un momento, cuando él se volvía para responder al saludo de uno de los clientes que se retiraba, Freddy notó tal fiera expresión en su cara que se sorprendió. Un pobre mozo que se le interpuso en el camino recibió una patada que le hizo saltar la bandeja de las manos.

— ¿Qué le pasará a Shanghai? — dijo Freddy. — Parece que está de mal humor.

— Me parece que está celoso — dijo Kitty — sonriendo.

— ¡Celoso! ¿De quién?

— De usted y de mí.

— Pero, ¿por qué? — Freddy Burton se había puesto serio. — ¿Lo conoce usted?

— Más de lo que quisiera. Papá y él son viejos amigos. — Tomó un sorbo de vino y bajando la voz continuó: — Shanghai quiere que me case con él.

— ¡Que se case con él! — repitió horrorizado. — Pero si usted es tan joven, y él es un chino o cosa parecida.

— Yo tengo diez y siete años, y Shanghai es americano; por lo menos así dice. Papá dice que algún día tendré que hacerlo.

Pero el brillo desapareció de sus ojos y su voz era débil. Desde uno de los ángulos del restaurant Shanghai había clavado su mirada en ella.

— ¡No lo haré! — dijo ella resueltamente. — ¡No lo haré! — Y con su descalzo pie golpeó el suelo de mal humor.

— No lo hará si yo puedo impedirlo — dijo Freddy.

— ¿Pero sabe lo que me dijo una vez? ¡Que me degollaría antes de que me casara con otro! Cree que le tengo miedo, pero no es así. — Y con una mueca levantó la cabeza en dirección del propietario.

Freddy pagó la cuenta y se levantaron. Shanghai los siguió con la vista cuando salían.

El viaje de regreso fué silencioso. Freddy dejó su preciosa carga en el mismo lugar que la había encontrado; ella cargó con los paquetes y corrió con sus descalzos pies hasta desaparecer.

Pero aquellos buenos momentos debían repetirse, y Kitty Westley tenía que ser protegida a toda costa contra la influencia de Shanghai. Así que sucedió que el caballo aprendió a detenerse a la vista de la muchacha descalza y escarranchada en el tronco del pino; y antes de un mes la colonia dejó de murmurar y encogían los hombros al ver pasar al mayoral de Melonville y su linda pasajera. Después de todo, bastaba que fuera puntual con sus encargos; lo demás no era asunto de ellos.

La primavera se convirtió en verano; la cuenta del vino del viejo Westley iba en aumento; la amarillenta cara de Shanghai se tornaba en una expresión feroz; y Freddy Burton, en su solitaria cabaña, soñaba con su futuro.

Un mes después la boda fué solemnizada en el registro civil de Melonville, y el caballo de la diligencia disfrutó de unos días de descanso mientras sus dueños pasaban una dorada semana en un pequeñito y pintoresco hotel a orillas del río Indian.

Para Freddy y su joven esposa desaparecieron del mundo los malos elementos: el padre borracho y el chino enfurecido. Para ellos la felicidad de toda la creación se había reunido entre cuatro paredes de pino barnizado. En las sombras el gesto feroz de la cara de Shanghai se hacía más negro día por día.

Así corrieron tres meses, durante los cuales el cariño que mutuamente sentían fué un continuo derroche de felicidad. Pero en el cuarto mes la cruel sombra extendió su manto.

Era una tarde de otoño, y una pesada carga demoró la diligencia. Los bosques parecían tristes y solitarios cuando el crepúsculo se diluía en la noche bajo el pálido reflejo de la ascendiente luna.

Pocos minutos bastaron para dejar el caballo en el establo, y su dueño se dió cuenta que Kitty no había salido como de costumbre a recibirlo. Pero cuando llegó a la cabaña y la encontró sumida en la obscuridad se apoderó de él un rápido temor de que hubiera ocurrido un accidente, y sus manos temblaban al encender la lámpara. Haciendo un esfuerzo para tranquilizar su voz se volvió hacia la habitación interior llamándola por su nombre. El silencio aumentó su inquietud. Trémulo, empujó la puerta y se detuvo horrorizado.

Allí, iluminada por los rayos de la débil luz, estaba su esposa, rígida y fría, sobre la cama, fuera del alcance de la voz humana. La muerte había cristalizado sus ojos, entreabiertos en una agonía de lastimoso terror, y sobre la redondez de su blanda garganta se mostraba una espantosa herida.

Los detalles se imprimían en su mente con un rayo de fuego. El mudo estupor que la generosa Naturaleza envía algunas veces para mitigar las conmociones cuya violencia excede a las fuerzas del hombre, le dominó por completo.

Hasta que los primeros rayos del día penetraron por la ventana no se dió cuenta Freddy que había pasado toda la noche al lado de la cama y con las inertes manos de su esposa fuertemente oprimidas entre las suyas.

Aun en esas tierras sin ley la tragedia fué el tema de muchos días. La pesquisa no dió luz alguna sobre el autor del brutal asesinato.

Con la sorpresa de todos los habitantes de la colonia, Freddy volvió a tomar el derrotero de su vida en el mismo punto donde lo había dejado: la rutina de su viaje diario.

Así que, tres días por semana rodó por las siete millas del arenoso camino que separa Melonville de la colonia del lago Topekah un pesado vehículo conocido como la diligencia de Melonville.

Pero el mayoral era otro hombre: un solitario ermitaño de ojos hundidos y labios que murmuraban al pasar. Y hacía cosas muy raras también.

Un día detuvo a un negro en la calle y le ofreció diez pesos por el saco que llevaba a la espalda. El precio fué aceptado, y el hombre, un mozo de comedor que estaba sin empleo, le explicó que la prenda le había sido regalada por su antiguo patrón.

Impasible, metódico, Burton se dirigió a su cabaña y juntó todas las piezas que había reunido. Las pronunciadas cavidades de sus ojos ocultaban un cerebro alerta.

Tres puntos abarcaban sus presunciones. Primero: la amenaza de Shanghai al decir a la infortuna-

da muchacha que la degollaría si se casaba con otro.

Segundo: la herradura de un caballo que fué encontrada a trescientos metros de la casa y que el herrero de Melonville le probó que había pertenecido al caballo de Shanghai, el que le fué llevado pocos días después del crimen para colocarle la herradura que faltaba.

Tercero: el saco que el dueño del restaurant regaló al mozo, del cual había sido arrancado un botón junto con un pequeño trozo del género. El botón fué encontrado entre los dedos de la muerta, pero él lo guardó sin hacer mención alguna en el sumario.

Al atardecer de un domingo el caballo hubo de ser despertado de su sueño, y aunque no le agradó que se le incomodara a tal hora y en domingo, se metió entre las varas de la diligencia sin protestar por tal indignidad.

La carga era liviana; consistía en una pala, un hacha, varias bolsas vacías y unos cuantos metros de cuerda.

Burton tomó las riendas. Un fulgor siniestro brillaba en sus ojos. Después de recorrer unas tres millas se detuvo frente a un espeso pinar que separaba el camino de la vía del ferrocarril a Florida. Ató su caballo a uno de los pinos, y tomando la pala desapareció en la espesura del pinar.

Pasó una larga hora antes de que volviera, goteándole el sudor y respirando dificultosamente. Subió al pescante y de nuevo se puso en camino, para recorrer esta vez una milla más hacia el pueblo.

Otra vez ató el caballo, y echándose el hacha al hombro siguió a pie por un par de cientos de metros. Cinco minutos de deliberación le fué suficiente. Eligió un corpulento pino y a golpes de hacha lo hizo caer atravesando el camino. Después se retiró a un lugar oculto y esperó lo que tenía que suceder.

La luna apareció sobre las copas de los pinos encerrada en un círculo de nubes, y la noche era tranquila. Pero él esperaba pacientemente y sin moverse, aunque con los nervios en tensión, alerta los sentidos.

Poco después de las nueve apareció en el camino un sulky con un solo ocupante. Burton se acurrucó en su escondite al reconocer a su víctima desde lejos.

Unos metros antes del obstáculo, Shanghai detuvo su caballo y descendió para reconocer la causa. Era un incidente tan común que un pino cayera atravesado sobre el camino que no despertó en él la menor sospecha, y su primer impulso fué apartarse un poco afuera del camino y rodearlo.

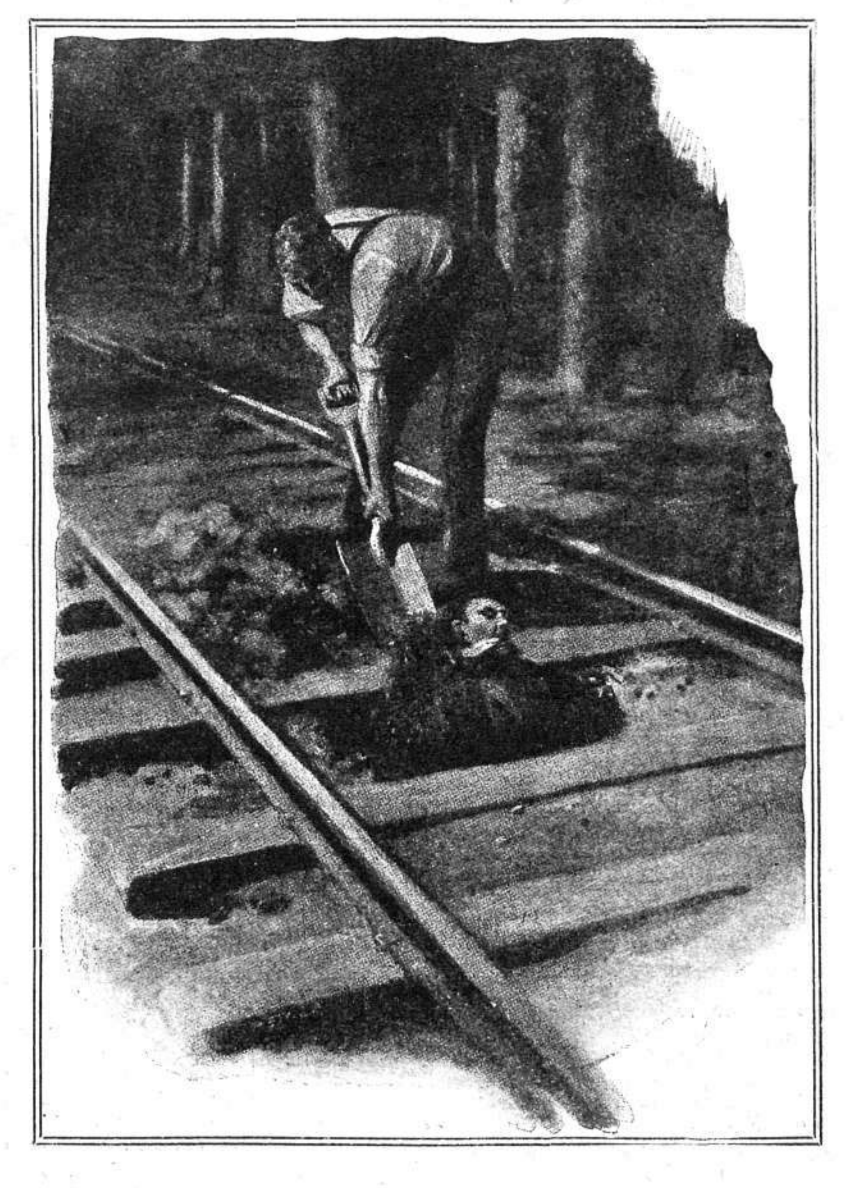
Pero el lugar había sido cuidadosamente elegido. Un espeso e impenetrable matorral a cada lado exigía remover el tronco. Murmurando una maldición, se dispuso a llevarlo a cabo.

Al agacharse sobre la punta más delgada del tronco y rodearlo con los brazos, unas garras de hierro le apretaron la garganta.

Lanzando un rugido de terror, Shanghai dió vuelta a la cara para afrontar a su asaltante y vió la mirada asesina en los ojos de un loco; en seguida una fuerza sobrehumana lo redujo al silencio de la insensibilidad.

Fué el traqueteo del carruaje lo que le hizo volver en sí, y la situación en que se encontró lo llenaron de temores de una muerte próxima. Estaba firmemente atado de pies y manos y con el cuerpo metido en una bolsa que le impedía todo movimiento; una mordaza le apretaba fuertemente la boca. Inmóvil, mudo e indefenso, temblaba mientras la diligencia rodaba por el camino.

El mayoral no hablaba una palabra. Cuando hizo alto, ató las riendas del caballo a un pino, como antes, y tomó su pesada carga entre los



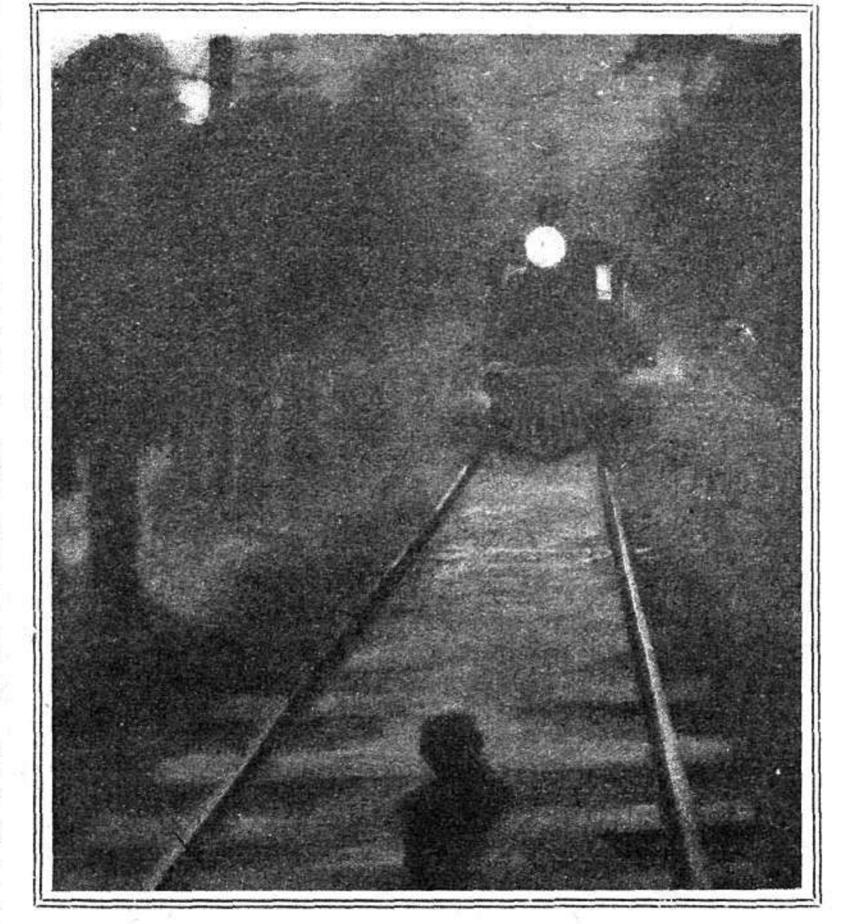
brazos. El mudo terror en los ojos del maniatado era su única protesta. Burton avanzó con su carga a través del pinar hasta salir al claro de la vía.

Allí, en el centro de la vía, entre los durmientes, había una zanja recién abierta de unos cinco pies de profundidad, en la cual Burton cuidadosamente descargó a su víctima y se volvió al carro. Sólo la cabeza y el cuello sobresalían un pie sobre el nivel de los rieles.

Poco después regresó con las herramientas dispuesto a completar su obra. Se quitó el saco, arremangó las mangas de la camisa y palada tras palada fué rellenando el espacio que quedaba vacío. Finalmente recogió las herramientas y las metió en una bolsa, que escondió en el matorral.

Con una llamarada salvaje en los ojos, se acercó a su víctima y le habló por primera vez.

— ¡Cobarde asesino! — le dijo. — Te he traído aquí para que mueras. ¿Nunca se te ocurrió por qué esperaba tanto tiempo? Podía haberte matado en el café o en la calle, pero quise esperar y te diré por qué.



« He visto el sufrimiento de una terrible muerte en los ojos de una mujer asesinada. Esta noche lo veré en los ojos de un hombre vivo. Fíjate lo bien que preparé mi plan y elegí el sitio. A pocos metros de aquí termina una curva en un pronunciado declive, sin que nadie pueda saber lo que hay después de la curva. A media noche aparecerá el correo de Tampa corriendo a sesenta kilómetros por hora.

« Lo verás cómo avanza al doblar la curva, y oirás la pitada de la máquina cuando te salude con su último adiós. A sesenta kilómetros por hora, Shanghai; y nada en esta tierra de Dios te podrá salvar. »

Se detuvo, y echando la cabeza hacia atrás, rió, carcajada tras carcajada. En el silencio del pinar resonó un rugido que parecía ascender hasta lo infinito.

Sobre las copas de los pinos aparecieron a la luz de la luna brillantes nubecillas que se esparcían al ascender. El las señaló con su temblorosa mano.

— ¡Se ha corrido la cortina, Shanghai! — le gritó. — ¡Por fin tengo mi venganza... por fin!

Y la inmóvil víctima conoció que había llegado su última hora.

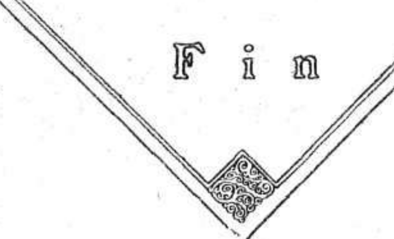
A cincuenta metros de él, sentado sobre las ramas de un pino derribado, estaba Burton esperando que se completara su venganza, mientras que a pocas millas de allí el tren avanzaba haciendo crujir los durmientes a su paso.

Shanghai lo había oído también, y los convulsivos esfuerzos que por un tiempo había abandonado empezaron de nuevo. En la inútil e insensata lucha el sudor le inundaba los huecos de la cara, cegando sus ensangrentados ojos. La tierra a su alrededor se removía por efecto de los desesperados esfuerzos de sus músculos, y Burton reía, reía...

¡Más y más se acercaba el momento; veinte metros... quince... diez!

El correo de Tampa pasó con ensordecedor bramido.

Sobre las siete arenosas millas que separan el pueblo de Melonville de la colonia del lago Topekah, tres veces por semana se arrastra un pesado vehículo conocido con el nombre de «Diligencia de Melonville».







PERSPECTIVA, POR HOGARTH

LAS DIABLURAS DE LA PERSPECTIVA

La perspectiva, que parece una cosa sencilla, es la cosa más complicada.

La perspectiva ¿es esa manera de degradar las cosas en relación con la distancia? Eso era la perspectiva clásica, pero el cubismo ha perturbado la perspectiva y ha demostrado que era una degradación — en el sentido vicioso de la palabra — la perspectiva clásica.

El cálculo de la perspectiva en un civilizado no es el de ver como todo se «embuda», es decir, acaba en punta.

El cuadro maravilloso sería el que presentase de igual tamaño la figura que pasa por el fondo de la calle y la que pasa en primer término.

Los pintores cubistas no se han querido engañar con la perspectiva clásica y han interpretado de otra manera las cosas. Lo que pintan lo dan tan por sabido como en realidad lo es y por eso penetran en ello, lo aproximan y lo desarrollan en el cuadro en su entera proporción. No se pueden engañar a sí mismos dando por no sabida y vista una cosa con que saben como es, por ejemplo el perfil del hombre que pintan de frente y el revés plástico de la botella que pintan de frente, pero a la que desde siempre conocen por sus dos lados y alrededor, y en el momento en que pintan ven muchas veces por doquier. El mismo suelo no puede tener ese segundo término vago que se le da en los cuadros hipócritas; el suelo sale a flote en el cuadro y más si es ajedrezado. El papel de la pared es despreciado en su conjunto y se diría que, como en casa del papelista se revisa un poco de su clase muy de cerca, así en el cuadro cubista sólo se ve en detalle un pedazo.

El hacer caso de la perspectiva clásica es como si en toda cultura hubiese que dar la sensación por delante, y ante todo y sobre todo de cuando no se sabía de como se presentaba lo que se trataba de definir cuando la ignorancia era mayor, cuando sólo era un supuesto falso.

Hay objetos en una larga galería vista algo más que instantaneamente, pues que se ha elegido para ser pintada, que se destacan más que otros, que hasta se aproximan, que se aureolan de una luz que rompe el aquilatamiento justo de la luz. El hombre sincero los acerca, los deja hasta solos y encuentra la manera de abreviar todo lo que no hace falta.

Hay un grabado de Hogarth, un viejo grabado interesantísimo, que después de muchísimos años ahora exhumo, que muestra las diabluras de la perspectiva, sus falsedades, sus alteraciones, sus absurdos.

Es un grabado que hay que mirar largo rato buscando en qué consiste el error de cada cosa; es el acertijo más amplio que he visto, el acertijo con más perspectiva.

Entre todo lo que sucede en esa arbitraria perspectiva lo más chocante es que aquel hombrecillo que va por encima del monte enciende su pipa en la candela que le ofrece la vieja ventera desde la ventana lejana de su parador. Es como un caso de brujería el que se presencia y parece que se realiza esa imposibilidad porque se trata del diablo y su madre. Es inconcebible y sin embargo es tentador y digno de observarse ese hecho insólito.

¿Prueba, contra mi tesis, ese viejo grabado de Hogarth todo lo contrario de lo que yo opino?

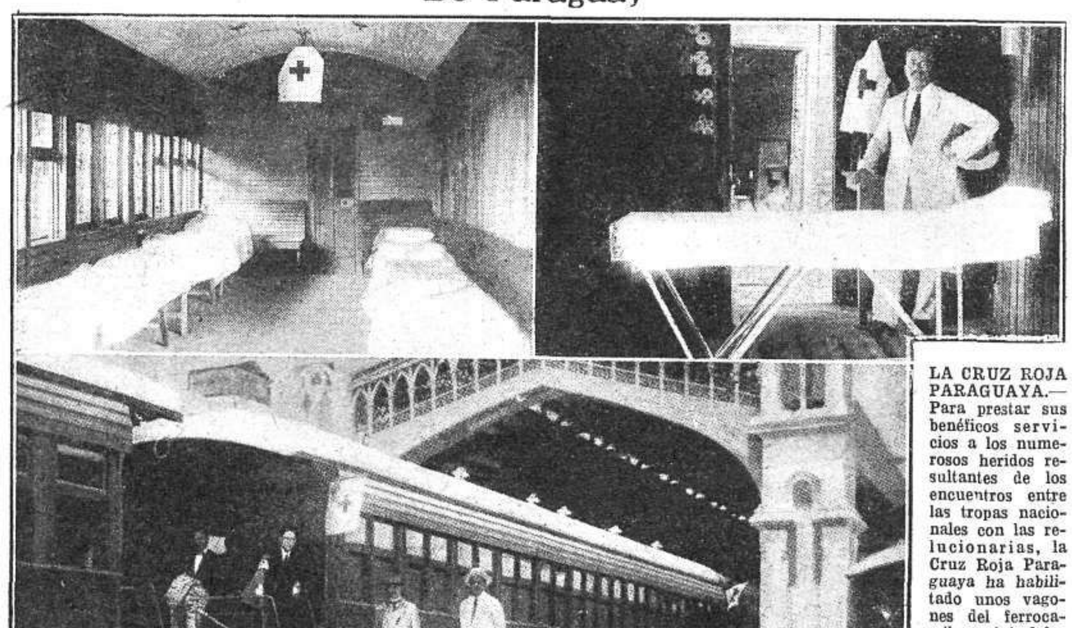
No. Ese cuadro es la corrupción torpe, descuidada, desmañada, cegarruta de la perspectiva antigua. Es un retroceso sobre la perspectiva clásica.

No es eso. El arte nuevo no es que se equivoque, no es que se le vaya el sedal del que pesca más aquí, más allá que el del lejano pescador; no.

El arte nuevo escoge y adelanta lo que le conviene muy conscientemente y premia y eleva a la realidad de esta manera.

La trampa de Hogarth no significa, pues, nada contra el arte nuevo, sino que es una divertida sofisticación que hay que estar mirando un largo rato.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



LA CRUZ ROJA PARAGUAYA.— Para prestar sus benéficos servicios a los numerosos heridos resultantes de los encuentros entre las tropas nacionales con las relucionarias, la Cruz Roja Paraguaya ha habilitado unos vagones del ferrocarril, equipándolos con todo lo necesario para la cura y el transporte de los caídos. Esta institución, que honra a sus fundores, se encuentra bajo la dirección del doctor Alberto Schenone.



Uno que vió a Pacha Mama

Por *Ernesto Morales*

En un camino que por entre cumbres va a una cumbre mayor, en medio de precipicios que abren sus bocas hambrientas, en medio de serranías que se visten de nubes, se halla la rara piedra. Tiene la primitiva forma de un hombre, es decir, parece un intento de estatua de hombre labrada por la mano zurda de un artista con más intuición que habilidad. Su actitud es la de un ser humano de pie, borrosas las facciones y los miembros, las manos, sobre todo, que se le hunden en el pecho como socavando en él, con no sé qué de desgarrantes.

Si se le pregunta al grave indio, el guía de las sierras, qué es aquello, responde:

— Uno que vió a Pacha Mama.

Y arroja el pucho de su cigarro en una *apacheta* próxima a la piedra (1).

«¿Uno que vió a Pacha Mama?», se ha de repetir el forastero si es ciudadano y no está al corriente de los mitos serranos; pero inútilmente interrogará a su guía calchaqui. Este, taciturno y digno, no aclarará el misterio, que poco gusta al indio hablar sobre aquellas cosas, y menos aún ante forasteros incrédulos que reciben con sonrisas sus palabras trémulas de fervor.

Sobre aquella piedra de tosca forma humana, la fantasía popular había tejido su correspondiente leyenda. Así debía ser. Nada, animal, árbol o cosa, que se singularice por su forma, escapa a la imaginación popular que necesita explicarse esa forma singular y se la explica con una leyenda.

Antes es preciso saber qué es la Pacha Mama: Pacha (tierra) y Mama (madre). La Pacha Mama es la diosa de las sierras, la madre de las sierras, y simboliza su fecundidad. Según algunos autores, su culto es fálico.

Es un símbolo panteísta; quien lo venera lo hace, en su personificación, a la tierra misma. Pacha Mama auspicia al feto por nacer y el germen plantado en el surco; ella manda la lluvia y puede evitar las heladas, y nadie beberá ni comerá nada en las sierras sin antes arrojar el primer bocado o el primer trago a tierra y exclamar:

— Para Pacha Mama. — Recordándola se la seduce y atrae sus dones.

Nadie siembra o yerra o sale a la caza de vicuñas y guanacos sin antes invocar el numen tutelar de Pacha Mama:

— Kusiya - kusiya...

O sea: Ayúdame, haz que tenga buen fin lo que emprendo.

Esta diosa de la fecundidad no podría ser soltera; está casada, pero lo curioso es que lo está consigo misma. Su marido, ella misma, es *Yastay*, lar campestre de los llanos, así como ella lo es de las sierras. Yastay es el amo de las *aves*, es decir, de las llamas, vicuñas, guanacos y avestruces, que son las aves por antonomasia, como el *pájaro* es el cóndor.

Pacha Mama ambula por las sierras, pero ¡ay de quién llegue a verla por si propio! Enloquece o no se aparta más, convertido en piedra, de los lugares donde la vió o, si se aleja, torna a ellos fatalmente.

De ahí el porqué aquella piedra de informe apariencia humana debió ser «uno que vió a Pacha Mama»; y si no, ¿cómo explicarse su estructura?



DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA

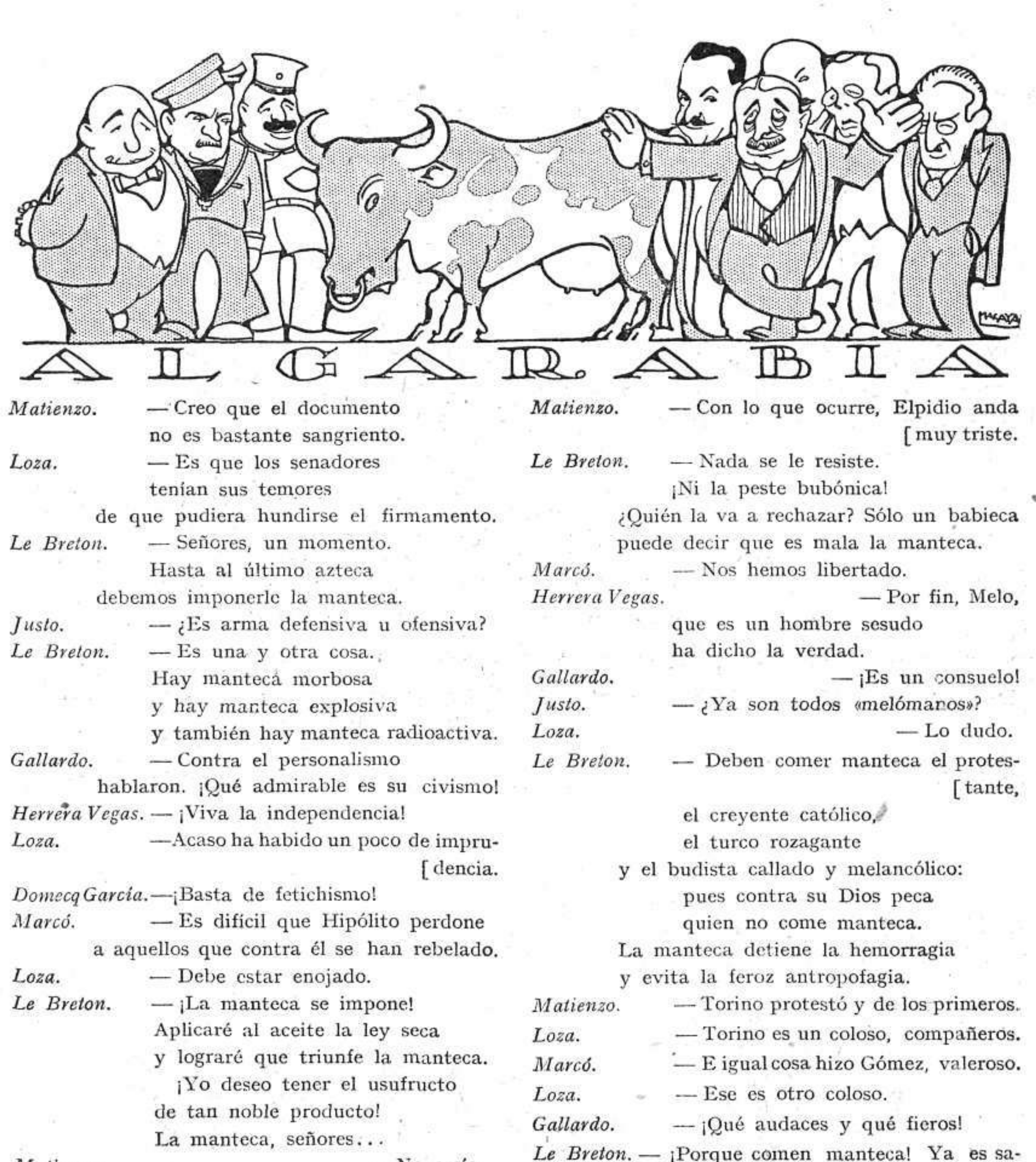
---

(1) La apacheta es un montículo de tierra y piedra, especie de altar rústico levantado en los caminos en loor de Pacha Mama. Ningún serrano pasa ante la apacheta sin ofrendar a la diosa temida y amada. La ofrenda es pobre como propia de los habitantes de aquellas comarcas: el pucho del cigarro o el bocado de coca que se va mascando — el acullico — o unos flecos del poncho; a veces tirados a la apacheta francamente, otras veces, y esto ante forasteros, con disimulo. Tal ofrenda, que más es una demostración de acatamiento a la diosa, la hace el guía serrano como pidiéndole que le sea propicia. Entre los guaraníes parece haber existido también esta costumbre de altares rústicos elevados al borde de los caminos en honor de algún dios tutelar; pero ahora sólo se conservan cristalizados por así decirlo: Los corona una cruz siempre, y bajo de ellos hay alguien enterrado. Entre los calchaquíes aun se conserva pagana esta creencia; empero, comienza a cristianizarse también. Juan B. Ambrosetti, en su «Folk-lore de los valles calchaquíes», habla de una apacheta vista por él en Salta, en la cual se alzaban más de quinientas pequeñas cruces de palo. Seguramente, se explica el sabio, alguien con la intención de desviar la pagana creencia hacia el cristianismo, plantó allí una cruz, y el viandante calchaquí, impresionado por ella, creyó que ya no era su acullico ni el pucho de su cigarro, ni los flecos de su poncho o una piedra lo que debía depositar en esa apacheta, y al pasar formaba una cruz de palitos, y la plantaba en el montículo.

De Bolivia

SUCRE. — La fiesta del periodismo, a la que concurrieron eminentes personalidades bolivianas deseosas de rendir homenaje a la fecha del pensamiento.

SUCRE. — Fiesta preparada en honor del literato don Gustavo Adolfo Otero por sus correligionarios políticos en esta ciudad.



ALGARABIA

Matienzo. — Creo que el documento
no es bastante sangriento.
Loza. — Es que los senadores
tenían sus temores
de que pudiera hundirse el firmamento.
Le Breton. — Señores, un momento.
Hasta al último azteca
debemos imponerle la manteca.
Justo. — ¿Es arma defensiva u ofensiva?
Le Breton. — Es una y otra cosa.
Hay manteca morbosa
y hay manteca explosiva
y también hay manteca radioactiva.
Gallardo. — Contra el personalismo
hablaron. ¡Qué admirable es su civismo!
Herrera Vegas. — ¡Viva la independencia!
Loza. —Acaso ha habido un poco de impru- [dencia.
Domecq García.—¡Basta de fetichismo!
Marcó. — Es difícil que Hipólito perdone
a aquellos que contra él se han rebelado.
Loza. — Debe estar enojado.
Le Breton. — ¡La manteca se impone!
Aplicaré al aceite la ley seca
y lograré que triunfe la manteca.
¡Yo deseo tener el usufructo
de tan noble producto!
La manteca, señores...
Matienzo. — No creía
que hubiera en el Senado esa energía.
Gallardo. — El documento es, en verdad, in- [sólito.
Loza. — Hasta el último pinche
de los que siguen con fervor a Hipólito
ha tomado su parte en el bochinche.
Herrera Vegas. — Hoy se habla solamente
de ello.
Le Breton. — ¿De la manteca? Ciertamente.
La manteca es muy tónica
y cura a la cantante que está afónica.
Lo puedo asegurar rotundamente,
yo, que me he dedicado últimamente
a la manteca radiotelefónica.
Matienzo. — Con lo que ocurre, Elpidio anda [muy triste.
Le Breton. — Nada se le resiste.
¡Ni la peste bubónica!
¿Quién la va a rechazar? Sólo un babieca
puede decir que es mala la manteca.
Marcó. — Nos hemos libertado.
Herrera Vegas. — Por fin, Melo,
que es un hombre sesudo
ha dicho la verdad.
Gallardo. — ¡Es un consuelo!
Justo. — ¿Ya son todos «melómanos»?
Loza. — Lo dudo.
Le Breton. — Deben comer manteca el protes- [tante,
el creyente católico,
el turco rozagante
y el budista callado y melancólico:
pues contra su Dios peca
quien no come manteca.
La manteca detiene la hemorragia
y evita la feroz antropofagia.
Matienzo. — Torino protestó y de los primeros.
Loza. — Torino es un coloso, compañeros.
Marcó. — E igual cosa hizo Gómez, valeroso.
Loza. — Ese es otro coloso.
Gallardo. — ¡Qué audaces y qué fieros!
Le Breton. — ¡Porque comen manteca! Ya es sa- [bido
que el que ama la manteca es atrevido.
Y es de los sabios parecer unánime
que aquel que no la prueba es pusilánime.
Consuela al afligido,
y conforta y redime.
No lo echeis en olvido:
¡la manteca es sublime!
Matienzo. — ¡No hay más personalismo!
Marcó. — Así se acaba
con la oratoria enrevesada y hueca.
Loza. — Ya llegó lo que tanto se esperaba.
Gallardo. — ¡Viva la libertad!
Le Breton. — ¡Y la manteca!

LUIS GARCÍA

DIBUJO DE MACAYA.



Señoritas y jóvenes que concurrieron al festival artístico y danzante con que el Club Social Renacimiento se inicia en los fines para que ha sido creado.

NAPOLEÓN Y EL DENTISTA

Una dulce figura de chiquilla — cuenta la «Revista d'Italia» — alivió con su sonrisa las penas de Napoleón en Santa Elena: fué la pequeña Betzy, hija del señor Balcombe. Con ella Napoleón adquiría un espíritu infantil, jugaba a la gallina ciega o se alborotaba el cabello y hacía la voz ronca para asustar a la niña. A menudo la hacía cantar, pero decía que la música inglesa era la peor de todas. Un día cantó él mismo una aria francesa, sin ninguna gracia. Napoleón estaba convencido de que sólo los italianos eran capaces de componer una obra musical. El emperador sentía por el dentista un horror invencible. Después de haber sufrido considerablemente a causa de las muelas, consintió en la extracción de una muela del juicio. Pero la operación no fué fácil: a la vista de las tenazas, el vencedor de Austerlitz escapa gritando. El médico le sigue y Napoleón le descarga unos cuantos puñetazos. El dentista se ve obligado a atarlo. Después de la operación, Napoleón, todo trastornado, se queja de sentir frío, y aunque se hallaban en el estío quiere que se encienda el fuego, a la vista del cual se reanima. Llega Betzy y le reprocha su cobardía: «¿Cómo?, le pregunta. ¿Es posible que el vencedor de cien batallas, el hombre que pasó cien veces por entre las balas y fué herido, se queje tanto por una simpleza? Me siento avergonzada de lo que ha hecho usted. A ver, deme esa muela. Voy a hacer con ella un dije y lo usaré en recuerdo suyo». Napoleón se echó a reir, y contestó diciendo que el recurso era bueno, porque a Betzy no le saldrían jamás las muelas del juicio.

Bodas de oro y de plata



Los esposos Juan I. Blom y María C. Stalman rodeados de sus numerosos hijos y nietos en el día en que celebraron el cincuentenario de su enlace. — Tres Arroyos.

Reunión social celebrada en casa de los señores Echenique - Arioli en ocasión de festejar el cumplimiento de los veinticinco años de casados.

Los Sapos



Los sapos son saturninos.

Los sapos, ensombrecidos en su behetría de la acequia, miran correr el agua con ojos melancólicos, con ojos envidiosos de su libertad, porque el agua corre libre, sin volver a pasar por la tierra que ya ha humedecido.

Ellos saben que el agua es siempre distinta, que las gotas del momento no son las del instante pasado. Y lloran.

Lloran porque quisieran ser como las gotas del agua que se va, que nadie sabe dónde irán a parar, que son inmortales, partículas de eternidad, átomos de infinito.

Lloran.

Los sapos miran los altos árboles reflejados en el agua pasajera, y les tienen envidia de cómo crecen, de cómo crecen.

Ignorantes de la perspectiva, creen que los árboles tocan el cielo con las hojas de sus copas. Y lloran.

Lloran porque ellos se quedarán eternamente enanos, en tanto los árboles que un tiempo fueron pequeñines tocan ya el cielo con las hojas de sus copas.

Lloran.

Los sapos han visto dibujados sobre el espejo de la fuente hombres, caballos, toros, tigres, toda la fauna; y sienten retorcerse en sus almas el gusano de la envidia, porque los tigres, los toros, los caballos y los hombres no están obligados a vivir en las acequias, bajo el dominio del agua, a la que, para matarles, sólo le bastaría irse definitivamente.

Lloran.

Los sapos ven todos los días la locomotora rugiente que pasa junto a ellos, a la vera del meandro; y se espantan de cómo puede existir un gusano tan enorme, tan enorme.



Ellos saben que por más esfuerzos que hagan, no podrán avanzar mucho con sus saltitos epilépticos y anquilosos, mientras el tren desafía las distancias con su trompa veloz, y corre, corre rápido, tragándose a grandes bocados la extensión innumerable. Y lloran.

Lloran.

Los sapos, echados panza arriba sobre la cálida arena, contemplan los albatros, las águilas, los ruiseñores, las golondrinas, todos los pájaros; y les muerde el diablillo de la emulación por cómo bogan, por cómo reman con sus alas en el aire.

Lloran.

Los sapos vieron un día allá en lo alto el paso de un aeroplano. Hacía vuelos de acrobacia. En la prueba del «tirabuzón» subió de modo que parecía atornillarse en el éter infinito. Se detuvo muy arriba, viró en redondo y partió cara al sol, cual una flecha. Obscureció en el orbe por la millonésima parte de un segundo.

Los sapos sintieron en sus carnes el frío de lo sublime. Y ese día no lloraron.

No lloraron.

II

Ese día que los sapos no lloraron, mi abuela — sesenta años — se empeñó en partir. Nadie pudo disuadirla. Ni yo mismo, su nieto predilecto. Lloré, pero mis lágrimas apenas lograron enternecerla. Estaba convencida de la urgente necesidad de su partida, y partió a pesar de todo, por encima de todos.

Aunque la abuela era fuerte y viajes iguales solía hacer con suma frecuencia, aquel día la razón estuvo por completo de nuestra parte. El cielo amenazaba lluvias. Negras nubes, en lontananza, teñían el occidente, y de ese lado soplaba frío viento huracanado. No tardaría, afirmaron los entendidos, tres o cuatro horas en producirse el diluvio. Pero mi abuela era una india en toda la extensión de la palabra. Quiero decir que era corajuda y valiente. No la arredraban amenazas ni peligros. La tempestad no sólo no la atemorizaba, sino que hasta la seducía. Se sentía en ella, como el pez en el agua, en su peculiar elemento. Igual que el cielo, su corazón tronaba. Por su cerebro cruzaban rayos.

Sus ojos no lloraban lágrimas, sino las llovían. En su alma había ruidos hecatómbicos y vientos ciclópeos. Todo en su ser era estupendo, de modo que más que un ser parecía una fuerza de la naturaleza. Además, también se gastaba sus humos de astrónoma. Argumentó en tono profético que o no llovería o el aguacero, a mucho, duraría minutos.

Calzó los pies con sus mejores «ojotas», lióse una «llyclla» a la espalda, encasquetóse en la cabeza la multicolor montera, cuyo barboquejo aseguró bajo el mentón, dióme un beso en la frente, y se dispuso a la marcha. El lomo del corcel por toda montura, arrancó a galope, cual una amazona.

He dicho ya que mi abuela tenía sesenta años. En efecto, Oclla Tencco se hallaba en la plena madurez de su existencia, en la mitad justa de su vida, pues, lo menos, le restaban todavía doce lustros de sufrimientos en este valle de lágrimas. La afirmación es lógica. De todos sus antepasados, el que más joven había hecho el viaje sin vuelta, alcanzó a cumplir ciento veintiocho abriles. El viejo Tencco, mi bisabuelo, padre suyo, contaba ciento treinta y uno, y aun subía a su cabalgadura sin ayuda de nadie y participaba en las carreras de resistencia los días de jaleo. Era un yunque Oclla Tencco. El cutis de su cara no tenía arruga, ni temblor sus piernas, ni flaccidez sus carnes. Perfil enérgico. Mirada de águila. Adusto entrecejo. Altivo andar. Erguida, muy erguida la columna vertebral. Los senos altos y erectos apuntando insolentes, como gatillos de revólver, bajo el corpiño próspero. Desnuda, se la hubiera tomado por un bronce vivo, por una estatua. Con eso, y con decir que era un verdadero tipo de su raza, uno de sus más fieles exponentes, queda hecho su retrato.

Oclla Tencco corría, corría. Quebradas, cerros, llanos inmensos, abruptos desfiladeros, sospechosas encrucijadas, todo lo atravesó. ¡Qué velocidad, qué vértigo! Fingía una exhalación en marcha. Se hubiera dicho que, orgulloso de su jinete, el potro volaba sobre la tierra como el pegaso de la fábula. ¡Qué vértigo!

Cuarenta leguas más allá, un hijo de Oclla Tencco agonizaba, enfermo de la picadura de la víbora. Y aunque le habían dicho que el mal era incurable y que de fijo le hallaría cadáver, ella corría, corría, llevando su angustia por todo incentivo, su ternura por todo bálsamo, su amor por toda medicina.

¡Era la madre, la madre de ayer, de hoy, de siempre, en carne y hueso!



III

Tres horas hacía que Oclla Tencco continuaba su carrera, cada vez más firme en su propósito, acelerado segundo a segundo el anhelo de llegar para arrojarse en los brazos del hijo dolorido. Ya le parecía que no llegaba nunca, que no llegaba.

Ahora galopaba por el camino de herradura. Y se le antojaba interminable. Y espoleaba su caballo.

Pronto le ocurrió pensar que el sendero era de goma, y que un demonio escondido en las malezas lo estiraba, lo estiraba...

El ocaso derramó todo su oro sobre las copas de los árboles.

A los ojos de Oclla Tencco, los árboles se convirtieron en velas fúnebres enarboladas por manos invisibles para alumbrar el paso de un entierro.

A lo lejos, breve cascada destrozaba sobre la laguna su cabellera de varios metros.

A Oclla Tencco la catarata se le antojó la boca de una bruja que se reía de su dolor con el agua de sus dientes.

Una lechuza luciendo gruesos quevedos de carey graznó sobre su cabeza.

Oclla Tencco masculló una maldición.

El sol se hundió.

De repente se desató la tormenta. Truenos, rayos, granizo.

El caballo, asustado, se detuvo. Oclla Tencco le hincó las espuelas en los ijares. Pero fué en vano. Los pedazos de nieve le caían como pedradas en las orejas, y el animal, atontado por los golpes, las ocultó entre las patas delanteras.

Oclla Tencco, entonces, se apeó y fué a guarecerse bajo un árbol.

Y llovía, llovía.

Oclla Tencco, bajo el árbol, veía caer la lluvia con ojos impacientes, devorado su cerebro por presentimientos luctuosos, saltando dentro del pecho su corazón de madre.

Muchas leguas más allá un hijo suyo se debatía agonizante, y Oclla Tencco dió en creer que no llovía, que el cielo lloraba, lloraba...

IV

Cesó la lluvia. Unas cuantas estrellas iluminaban débilmente el paisaje. Oclla Tencco se dispuso a renovar la jornada. Como montaba en pelo, no podía, por la ausencia de estribos, encaramarse por sí sola sobre el rocín. Echóse a caminar en busca de una piedra, de un tronco de árbol, de un levantamiento cualquiera que le sirviese de escabel. Aunque la luz era escasa, mal que bien, de algo le ser-

vían las estrellas. Y Oclla Tencco les envió una mirada de gratitud.

Nada place a los sapos tanto como el relente. El olor de humedad es su delicia. Se diría que lo beben, a semejanza de los borrachos el alcohol, a grandes sorbos, paladeándolo, sesuda, conscientemente. La humedad es el banquete de los sapos. De seguro que hasta se lo ofrecen con discursos, para no ser menos que los hombres. Los días de lluvia son los días de fiesta, los días patrios, los días nacionales de los sapos. En ellos celebran los faustos acontecimientos cívicos, entregados a la algazara del croar y de la orgía sin freno.

Aquel día, según las nubes cerraron sus válvulas, los sapos, con brincos gimnásticos y ademanes de bailarinas, salieron de sus acequias, de sus lagunas y de sus charcos. Al punto empezó la cena fantástica. Primero con mesura, luego con frenesí, los millones de sapos en pocos minutos hicieron los honores al suculento convite.

Hartos por fin, beodos, las panzas hinchadas, los pulmones en «crescendo», trasudando hedor, iban a entregarse al desborde, al disoluto esparcimiento a que conduce la ebriedad. Pero aquel día los sapos no tenían penas que olvidar, aquel día no lloraron, aquel día sintieron en sus carnes el frío de lo sublime cuando un aeroplano se atornilló en el cielo como un tirabuzón, se detuvo muy arriba, viró en redondo y partió cara al sol, cual una flecha.

Los sapos sacudieron la ebriedad del relente, y en cambio se embriagaron de infinito. Para ser fuertes, para ser libres, para ser del tamaño de los árboles que arañan el cielo con las ramas, se apeñuscaron, unos sobre otros, unos sobre otros, más y más, hasta formar inmensos montículos, vastos pilares, altas columnas palpitantes, elevadas al cielo en un alarde de redención y de conjuro.

Desesperaba Oclla Tencco de encontrar algo que le sirviese de base para escalar el lomo del caballo. Intentó varias veces ganarlo de un salto; pero no pudo. Trató de trepar por el cuello; mas, en gracia de lo mojado que estaba, chorreando lluvia todavía, resbaló. Y siguió a pie su camino, la mano nerviosa en la crin hecha rienda, escrutando aquí y acullá con los ojos zahorís lugar propicio a su proyecto.

De pronto, divisó, no muy distante, un bulto como de metro y medio de altura por unos ochenta centímetros de ancho. Enderezó el paso hacia él. A la feble luz de las estrellas, no alcanzó a distinguir ni remotamente de qué se trataba. Quizá un tronco olvidado por un leñatero. Acaso piedra puesta para servir de hito a los viandantes. Supuso lo último. Y trató de escalarla. Pero—¡horrible realidad! — apenas se abalanzó sobre ella, la piedra se deshizo cual montículo de arena, y Oclla Tencco cayó de boca. Los sapos lanzaron una croa espantosa, un grito horrendo, salvaje, algo como el aullido de los sapos. Enormes sapos peludos y gordos, de patas gruesas y ojillos reverberantes, grandes como tortugas, sudorosos y pestíferos, saltaron sobre la cara de Oclla Tencco, sobre sus brazos, sobre sus piernas, bajo sus ropas. Y Oclla Tencco quedó muerta. El asco, no el miedo, la mató.

Todos los otros montículos de sapos, todos los otros pilares, todas las otras columnas palpitantes, elevadas al cielo en un alarde de redención y de conjuro, oyeron la croa, el grito, el aullido macabro.

Y como la alarma hizo presa de ellos, los sapos, desbandándose en tropelía, redujeron a la nada su obra gloriosa, su pensamiento formidable.

Y echaron a correr sobre la tierra enlodada, sucia. ¡Otra vez a sus lagunas, otra vez a sus acequias, otra vez a sus charcos!

Y lloraron.

Y arrinconados en sus lagunas, en sus acequias y en sus charcos, lloran, lloran, lloran los sapos.

Y seguirán llorando.

Ellos saben que el agua correrá libre, que las gotas de mañana no serán las de hoy. Y lloran.

Lloran porque ellos continuarán los mismos, con las mismas deformes cabezas, con las mismas patas anquilosas, con las mismas panzas hediondas.

Lloran.

Ellos saben que los árboles seguirán creciendo hasta atravesar el cielo, hasta perforarlo con las puntas de sus copas. Y lloran.

Lloran porque ellos serán siempre tan chicos, tan invisibles, tan poca cosa, que un animal cualquiera, un burro, un hombre, podrá aplastarles con el peso de sus cascos.

Lloran.

Ellos saben que el tren pasará todos los días a su lado, a la misma hora, tragándose la carretera como si fuera un fideo inacabable.

Lloran.

Ellos saben que verán un pájaro gigantesco trepanar el aire como un tirabuzón y partir impertérrito hacia el sol, cual una flecha. Y lloran.

Lloran porque sentirán en sus carnes el frío de lo sublime, y el frío los helará en el rincón de su acequia, sin poder darle pábulo siquiera a la más leve ambición.

Lloran.

Ellos tuvieron un día un anhelo de infinito. Para ser fuertes, para ser libres, para ser altos como los árboles que arañan el cielo con las hojas de sus copas, se apeñuscaron, se montaron unos sobre otros, unos sobre otros, más y más y más, hasta formar inmensas columnas, hambrientos de espacio, ávidos de cielo.

Y una fuerza desconocida, un monstruo fiero, un enemigo ignorado, redujo a la nada en pocos instantes su obra gloriosa, su pensamiento formidable.

¡Y lloran!





Banquete



Concurrentes al banquete dado por los miembros de la Unión Comercial de Producto Forestales para estrechar relaciones entre sus numerosos asociados.

EL LACONISMO DEL DUQUE DE HIERRO

El laconismo del duque de Wéllington se ha hecho célebre. En cierta ocasión la condesa de Jersey decía al duque:

— El emperador Nicolás quiere visitarme. ¿Cómo debo recibirle?

— Como a cualquier otro visitante — se limitó a contestar Wéllington.

— Pero es que me ama — replicó la condesa.

Y el duque le respondió brevemente:

— Recibidlo como a cualquier otro enamorado.

Sin embargo el «record» de la brevedad corresponde a Talleyrand, el cual escribió a una señora que le comunicaba la muerte de su marido la siguiente brevísima carta:

«Querida marquesa: ¡Ay! — Vuestro, Talleyrand.»

Y cuando, unos años después, le comunicó esta señora que se casaba por segunda vez, recibió del lacónico amigo esta epístola:

«Querida marquesa: ¡Oh! ¡Oh! — Vuestro, Talleyrand.»

Indudablemente el sintetismo futurista ha tenido precursores.

EL EGOÍSMO INCONSCIENTE

El egoísta convencido que sufre con calma los contratiempos de su ambición es un ángel si se le compara con el egoísta inconsciente.

Este es el que se molesta y se cree estafado cuando alguna de sus víctimas no quiere dejarse explotar.

De Lomas de Zamora

Destacadas familias de esta localidad que hicieron objeto de demostración de afecto al señor Juan A. Serby con motivo de su reciente jubilación.

La mano que dice adiós

se recuerda siempre, sobre todo si está perfumada por el Jabón Heno de Pravia, cuyos componentes eliminan de los poros de la epidermis las impurezas que los obstruyen, y dan á la piel la suavidad de los pétalos y su exquisita fragancia.



Es jabón puro, sin mezclas ni adulteraciones. Su perfume es tan intenso al final como al principio de la pastilla. La espuma, ligera y abundante, suaviza, perfuma y blanquea la piel. Compre Vd. una caja de tres pastillas; al usar la última observará que con el tiempo ha mejorado en dureza y fragancia.

De venta en los principales establecimientos de América.

Perfumería Gal.-Madrid

Representante General para Argentina y Uruguay, Jorge E. Chadwick,
ESMERALDA N.º 132 - Buenos Aires

LOS GRANDES INVENTOS



Por

JOSÉ GABRIEL



LA CASPA



IRVE para disimular la falta de higiene en la cabeza.

Porque la mayor parte de las veces que vemos a una mujer o a un hombre (pero sobre todo a una mujer) con la cabellera como nevada, no es por la caspa, sino porque no se lavan la cabeza.

EL CALZADO ANGOSTO

PERMITE atribuir a la angostuta de la horma el terrible y vergonzoso dolor de los callos.

EL DOLOR DE CABEZA

A las mujeres les sirve incluso para disimular ante el marido la contrariedad que acaban de sufrir con el amante.

EL BAÑO CLANDESTINO

COMO nadie nos ve bañarnos, a todos podemos hacer creer que nos bañamos diariamente.

LA SINCERIDAD

SIRVE para dejar suponer a los otros que uno es verdadero; pero principalmente sirve para hacernos creer a nosotros mismos que no nos engañamos.

EL FIN DE MES

SI no tuviéramos un fin de mes al que postergar las resoluciones que deberíamos tomar en el momento, no sabríamos cómo disfrazar ante nosotros mismos nuestra falta de voluntad.

EL CREDITO

DA un nombre decoroso a lo que propiamente debería llamarse atrevimiento y fatua presunción.

LOS REFRANES POPULARES

LO justifican todo. Por ejemplo: «Más vale pájaro en mano que ciento volando», y lo contrario: «Más vale rica esperanza que ruin posesión».

«Al que madruga, Dios le ayuda», y lo contrario: «No por mucho madrugar amanece más temprano».

«No hay dos sin tres», y lo contrario: «La tercera es la vencida».

Etcétera.

EL PODER PUBLICO

SIN estos hombres que tienen la autoridad del poder, ¿a quién respetaría la generalidad, que no estima el poder de la autoridad?

Un sabio es poder para unos pocos; pero un vigilante es poder para todos.

LAS COMPRAS A PLAZOS

NOS permiten creer que adquirimos algo sin tener el dinero suficiente para adquirirlo.

LA POLITICA

CUANDO carecemos de aptitudes profesionales, la política, que es la profesión de la vaguedad, todavía nos da una ocupación profesional.

LA VIRTUD

SIN ella, sólo podríamos hablar de obligación.

LA MEDICINA

SIEMPRE que los enfermos — como dice Moliére — gocen de salud suficiente para resistirla, sirve para curarlos.

LA HIPOCRESIA

MEDIANTE ella (la idea es de Anatole France) la virtud puede sentirse honrada por el vicio.

LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS

BAJO un solo calificativo, agrupan muchos males de la índole más diversa, entre ellos la falta de dinero.

Y esta idea es de Benavente.

EL MATRIMONIO

SI nos falta el amor, el matrimonio puede hacernos esperar que vuelva.

EL RESPETO A LA MUJER

QUIEN en todo respeta a las mujeres, para todo las puede conquistar.

Todavía no se ha escrito la historia del Don Juan que respetaba a las mujeres.

EL SUFRAGIO UNIVERSAL

AL pueblo, que pedía el gobierno público, se le otorgó el sufragio universal, y el pueblo creyó que se le otorgaba el gobierno.

LA CIENCIA EXPERIMENTAL

COMO el vulgo no creía al sabio cuando el sabio miraba con sus ojos, el sabio se puso lentes y fué creído.

Pero todavía el sabio sigue mirando con sus ojos.

LA CIVILIZACION

SIRVE para sostener la civilización.

LOS POEMAS EN PROSA

SATISFACEN la vanidad del autor sin obligarle a tomarse el trabajo de hacer versos.

El Mejor Alimento para los Niños



En todo el mundo el QUAKER OATS es el alimento principal para los niños. Contiene los 16 elementos indispensables para éstos en estado de crecimiento.

Los niños necesitan siete minerales para sus huesos, para una buena dentadura y para su propio crecimiento. El QUAKER OATS contiene 3 $\frac{1}{3}$ veces la proporción de alimento mineral que hay en el arroz.

Los niños necesitan elementos de formación del organismo. El QUAKER OATS los suministra en en una proporción igual a 2 $\frac{1}{3}$ veces la que contiene el arroz — dos veces el valor en energía de la carne.

Todos estos elementos son esenciales para crear niños fuertes y sanos — también para los adultos que necesitan vigor y vitalidad.

Tómese QUAKER OATS por lo menos una vez al día.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.

El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats





Mande su dirección y recibirá gratis un manual para aprender a escribir a máquina y folletos explicativos de los cursos que enseñamos por **correspondencia:**

Tenedor de Libros, Contador Mercantil, Taquigrafía, Correspondencia, Ortografía, Caligrafía, Aritmética, Mecánico, Electricista, Dibujo, Chauffeur, Constructor, Maquinista.

Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio.

Escuelas Sudamericanas
1059, LAVALLE, 1059
Buenos Aires

Nombre ....

Dirección ....

Localidad .... C. C.

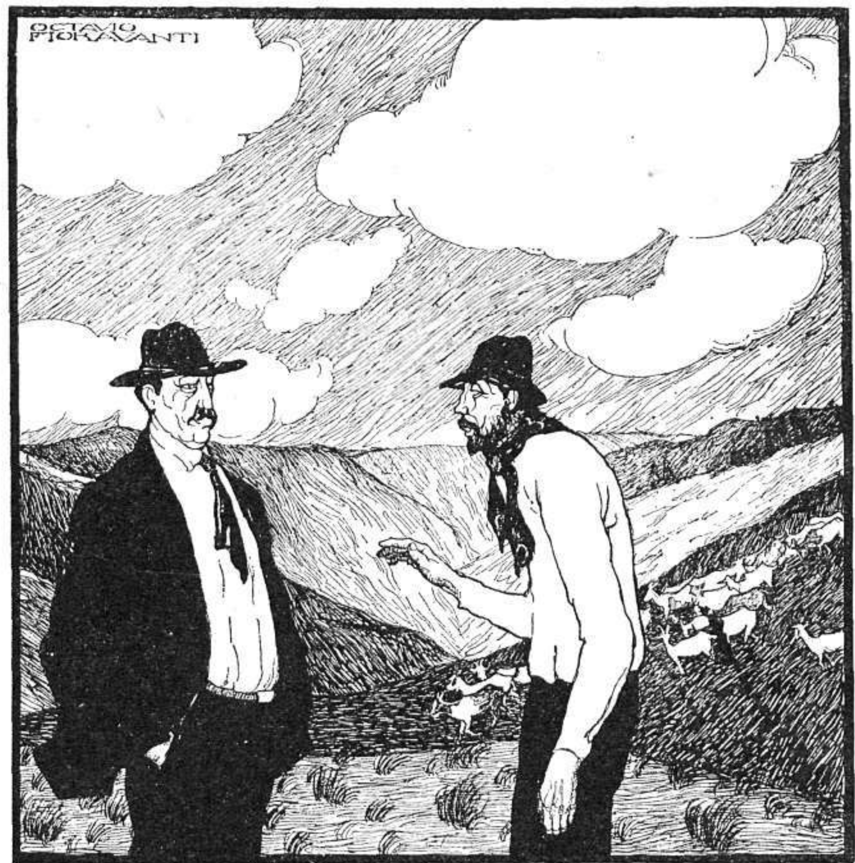
De Morón

Señorita Amanda Martínez, única maestra de trabajos manuales diplomada por el Consejo Nacional de Educación, durante una clase práctica en la escuela N.º 1 de esta localidad.



Escríbanos solicitándonos el Catálogo Ilustrado y el hermoso grabado: "La Señorita del Revólver".

COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. Co. HARTFORD, CONN., E. U. de A.



HONRADEZ

Al pie del cerro Charlone, que forma parte del sistema serrano de San Luis, había hace veinticinco años una pequeña población de carácter puramente pastoril.

Todas las mañanas se veían trepar por los diversos costados del cerro, las enormes majadas de cabras, con sus crías, mientras que las ovejas se desparramaban por el llano como un mar de nieve compacto y movedizo.

Allí tenía su «puesto propio» don Delfín Lucero, un criollo muy pobre que había sido soldado casi toda su vida y que recién empezaba a vivir civilmente, con su mujer y una nena que habían adoptado como hija.

Lo que él llamaba su «puesto» lo era sólo de nombre, porque apenas tenía unas cincuenta ovejas, entre las cuales contaba diez lincolns puras que le había regalado su padrino de casamiento, un comandante retirado como él, que tenía estancia en el sud de la provincia.

Sus muy menguados medios de vida no impedían que Lucero fuera de una honradez acrisolada.

A veces las majadas vecinas se acercaban a la suya, y algunas ovejas ajenas se le agregaban. Cuando esto ocurría, él, por las marcas de alquitrán en la cabeza o por las señales de las orejas, sabía quién era el dueño, al que avisaba inmediatamente, y a veces él mismo se encargaba de llevarlas. Tanta era su hombría de bien que cuando encontraba alguna oveja muerta le sacaba el cuero, y religiosamente lo entregaba a quien correspondía.

La hija adoptiva de los esposos Lucero era una nena que contaba en ese entonces siete años y cuya madre se las dejara recién nacida, con la excusa de ir a comprar azúcar. No volvió más, y eso que la dejó por un ratito.

Sin embargo, doña Encarnación, como el propio Lucero, cuidaba a la chica como a hija verdadera.

— La Felisa es hija mía y bien mía —decía ella,—no sólo porque la he criao, sino porque dos veces le he salvao la vida.

Efectivamente, una vez estaba ella lavando en el arroyo, cuando Felisa, que jugaba a sus espaldas, dió un grito extraño. Corrió a verla y cuando llegó a su lado, vió, deslizándose entre las gramillas, una enorme víbora de la cruz que había mordido en un pie a la criatura. Una gota de sangre señalaba el sitio de la mordedura, que podía causarle la muerte.

Doña Encarnación no perdió tiempo, y sin vacilar puso su boca en la herida y empezó a succionar con toda fuerza, a la vez que escupía. Luego rompió su delantal e hizo una fuerte ligadura en el tobillo y, cuando llegó al rancho, aplicó en la herida un emplasto de tabaco mojado con aguardiente.

La chica tuvo un poco de fiebre, se le hinchó la pierna, pero nada más.

Otra vez en que doña Encarnación acompañada de Felisa costeaba el arroyo crecido en busca de una tropilla de corderitos guachos, la nena vió un pichón de chingolo y se lanzó en su persecución. No tuvo tiempo de detenerse y cayó al agua. Doña Encarnación corrió a su vez, se hizo la señal de la cruz y se largó a la turbia correntada.

Con una mano tomó a la nena y con la otra se agarró a una cortadera para no ser arrastrada, pero como en esa posición no podía moverse, hizo lo que hacen las gatas cuando tienen que transportar sus crías, y así, aunque llena de arañones, pudo trepar con la chica colgando de los dientes.

El médico cirujano don Augusto Astrié, asimilado del ejército, que hiciera la campaña llamada de Río Negro, se había establecido en Mercedes de San Luis a gozar de su retiro.

Como a la sazón no había en la provincia ningún profesional del bisturí, se veía a veces en el deber de prestar sus servicios.

Un día fué llamado desde la capital de la provincia para operar a una niña de la alta sociedad sanluiseña y allá se fué el doctor Astrié con sus instrumentos y su botiquín.

Según las crónicas de la época la operación fué feliz, y cuando la enferma estuvo fuera de peligro el doctor Astrié, que fué muy agasajado, resolvió volver a Mercedes, pero a caballo, para conocer la parte oeste de la provincia y de paso para rememorar sus cabalgatas militares.

Se le proporcionaron buenas mulas serranas y dos baquianos para que lo acompañasen en la travesía.

La primera etapa de la pequeña caravana fué la laguna Bebedero, la que, según una leyenda tan ingenua como antigua, estaba cuidada por un toro con aspas de oro.

La segunda etapa fué el cerro Charlone, donde arribó el doctor Astrié en pleno mediodía bajo un sol quemante. En cuanto llegó ya se supo en todo el rancherío que el huésped era nada menos que el médico del gobernador, quien fué a parar a una especie de panadería que sólo hacía galleta de campo cada mes y que era a la vez barraca de cueros y de lanas.

La llegada del doctor fué providencial para la familia Lucero, que desde hacía ocho días era el tema de los comentarios lugareños a causa del estado gravísimo en que se hallaba Felisa, la hija de crianza del matrimonio.

Inútiles habían sido todos los remedios y exorcismos de la vieja curandera local, doña Zoila, que habiendo agotado su ciencia dijo que no había curación y que la chica se moriría.

Los dos últimos remedios que le hiciera, los que para ella eran casi sagrados, no dieron resultado.

En vano abrió viva una gallina negra, y arrancándole el corazón todavía palpitante, cubrió la garganta hinchadísima de la nena con crucecitas rojas mientras mascullaba padrenuestros. En vano hizo hervir palma bendita con polvo de buche de avestruz y cabello de recién nacido; el mal no aflojaba y la respiración de la enferma era tan difícil que sólo se oía el silbido de su garganta inflamada.

Ni tiempo de almorzar tuvo el doctor, cuando Lucero se le presentó, sombrero en mano, rogándole con voz temblorosa que fuera a ver a su hijita que se moría. El médico le pidió algunas explicaciones previas e inmediatamente requirió su maleta, cargó su pequeña valija y salió en dirección al rancho.

En presencia de la enferma y a simple vista ya supo el doctor que se trataba de un caso de «crup», como ya lo había supuesto, y decidió efectuar inmediatamente la traqueotomía, pues no podía esperarse más tiempo, y así lo hizo.

Tres días con sus noches estuvo el doctor al lado de la chica peleando con la muerte, hasta que al fin se notó una mejoría, que fué acentuándose.

A los ocho días sacó el tubo y cosió lo que cortara su bisturí. Sólo a los diez, cuando se inició el período de franca convalecencia en la enferma, pensó el doctor en proseguir su viaje, y aquí llegó el momento difícil para Lucero.

— Vea, dotor — le dijo el criollo cuando aquél se despidió de doña Encarnación y de la enfermita; — yo no tengo con qué pagarle el servicio que me ha hecho, porque la platita que tenía se me ha ido con la enfermedá de la chica. Pero aquí están mis ovejitas, dotor; con ellas pienso pagarle...

— No, amigo Lucero — interrumpió el médico, con un acento que denotaba claramente su origen francés; — no se aflija por eso; yo no he hecho más que cumplir con mi deber sin ningún interés.

Pero Lucero quería pagarle a toda costa, y nada menos que con sus diez ovejas lincoln, y tanto insistió que el doctor, para salir del paso, aceptó el pequeño lote de lanares finos que eran para aquel pobre criollo como una reliquia. Pero las aceptó con la condición de que él mismo se las cuidara hasta su vuelta, pues volvería al año siguiente para llevarlas, y con esta promesa logró despedirse.

Por cierto que el doctor Astrié no pensó en volver por aquellos lugares ni se acordó más de las diez ovejas con que Lucero le pagó.

Pasaron diez años.

Una mañana de primavera, mientras el doctor Astrié, que vivía solo, estaba cultivando el jardín en su residencia de Mercedes, oyó fuertes aldabonazos en la puerta de calle.

Fué a abrir personalmente y se encontró con el criollo Lucero y con su hija, la Felisa, ya moza.

Los dos estaban desmontados y tenían del «cabresto» sus respectivas cabalgaduras.

— Aquí estoy, dotor — dijo Lucero. — He venío en vista de que usté se ha olvidao de mí y aquí le traigo a m'hija pa que ella mesma le dé las gracias al que le salvó la vida.

El doctor estrechó efusivamente las manos de ambos y a la vez hizo un gesto de asombro, y con razón.

La cuadra, de punta a punta, era un mar de ovejas, con las cabezas gachas y que, de puro cansadas, ni balaban siquiera. Cerraban el paso tras de la majada, cinco grandes carretas cargadas hasta el tope.

— Estas son las diez ovejitas, dotor — dijo el criollo Lucero, — que usté me mandó cuidar y que en los diez años que han pasado, y gracias a Dios y a las güenas pariciones, se han aumentao. En aquellas carretas — continuó — está la lana que he esquilao y que tamién es suya. Además — agregó — aquí le traigo los cueritos de algunos corderos que se me han muerto. — Y, sacándose el sombrero humildemente, presentó un manojo de cueros al doctor, que se quedó mudo de asombro y de emoción.

G. CORIA PEÑALOZA

DIBUJOS DE FIORAVANTI



De Hurlinghan

Estado en que quedó el horno de la panadería del señor Juan Isnard a consecuencia de la explosión de una bomba colocada allí por *manos criminales.*



CALLAO Y Bmé MITRE · BUENOS AIRES · FLORIDA Y LAVALLE

Nuevos Discos "Nacional"

ROSARIO
CORDOBA 1048



MONTEVIDEO
18 de JULIO 966







DISCOS DOBLES NACIONAL

LOS ULTIMOS GRANDES EXITOS

TRIO PACHO. (Bandoneones).
D. D. "NACIONAL" 25 ctms., $ 3.—

6853 { **La Chacarera.** Tango. Maglio-Servidio.
El Huérfano. Tango. Anselmo Aieta.

DUO GARDEL RAZZANO. (Con 4 guit. RICARDO-BARBIERI)
D. D. "NACIONAL" 25 ctms., $ 3.25

18073 { **La Muchacha.** Tgo. Solo Gardel. Firpo-Torres.
Pobres Flores. Tango. Solo Gardel. Servetto-Pracánico.

ORQUESTA ROB. FIRPO
D. D. "NACIONAL" 25 ctms., $ 3.—

6176 { **Armenian.** Shimmy. S. Urquía.
Me tienen lleno, me tienen! Tgo. T. y M. Lespés.

6179 { **De Mis Pagos.** Tango. José L. Padula.
El Palomo Ladrón. Tango. Antonio Polito.

6183 { **El Prisionero.** Tango. E. Delfino.
Grand Splendid. Tango. E. Delfino.

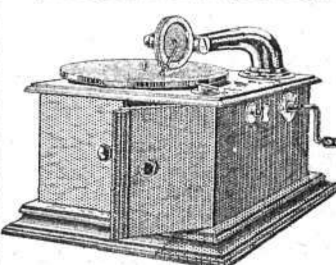
IGNACIO CORSINI. (Con 2 guitarras, **RICA**).

219 { **Cap Polonio.** Tango. Caruso-Rosquellas.
Ojos Funestos. Tango. Viergol-Polito.

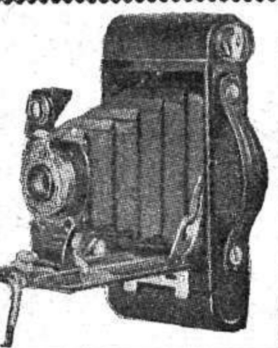
ORQUESTA CANARO

6909 { **El rey del Cabaret.** Tango. E. Delfino.
Déjeme que l'acompañe. Tango. A. Gentile.

SECCION FONOGRAFOS



GRAFOFONO
Glücksmann
N.º 452
$ 35.00



MAQUINAS PARLANTES DE TODOS LOS GUSTOS CALIDADES Y PRECIOS

SECCION FOTOGRAFIA

APARATOS - PLACAS - PAPELES - PELICULAS

DROGAS Y ACCESORIOS EN GENERAL

TRABAJOS DE REVELACION E IMPRESION EN 6 HORAS

De San Fernando

Selecto núcleo de vecinos que concurrieron a expresar sus felicitaciones al director del diario "La Razón" con motivo de cumplirse las bodas de plata de este prestigioso periódico local.

Señor Salvador Ulsina, a cuya inteligente dirección débese el destacado puesto que ocupa "La Razón" en el periodismo provincial.



Las cualidades estomacales del
FERNET-BRANCA
neutralizan las molestias producidas en los viajes por las irregularidades en las comidas. Una copita, abre el apetito y facilita la digestión.
IMPORTADORES:
HOFER & Cía.
BUENOS AIRES
FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.
FERNET-BRANCA
AMERICA del SUD



Prudencia y heroicidad
Diálogo
Por Delfina Molina y Vedia de Bastianini





ERTENEZCO a la inmensa cofradía de los prudentes. Soy tibio de aquellos que San Agustín repudiaba...

— «No por frío, ni por caliente, sino por tibio yo te vomitaré de mi boca.»

— En efecto, sí, abomino de todo extremo, así como gusto de todo equilibrio y mesura.

— No creo que la prudencia esté reñida con el arrojo, ni aun con el riesgo...

— Déjate de paradojas...

— (*Continuando.*) Pero mi gran argumento, el que sé que te ha de impresionar, es el siguiente. Aun teniendo de parte tuya la ventaja de formar en el mayor número, no te encuentras más a tus anchas que yo en el mundo, ni eres más feliz. Nadie que nos conozca a uno y otro diría que tú eres el más feliz de los dos.

— (*Evadiendo la respuesta.*) Con tu manera de ser sufres terribles desilusiones.

— ¿Y qué importan las desilusiones cuando no se pierde por ellas la facultad de la ilusión?... Además de que mis desilusiones nunca dejaron de ser ilusiones.

— Volvemos a las paradojas...

— Quiero significar que lo que uno siente profundamente jamás deja de pertenecerle por entero, pues si no se acuerda con la realidad exterior, se acuerda en cambio con nuestro íntimo anhelo.

— Y vive uno desentonando y haciendo el papel del tonto...

— Papel del tonto que suele ser el papel del vivo para quien no se paga de apariencias.

— (*Continuando.*) Y cometiendo imprudencias que le ponen a uno en ridículo.

— Sí, ya lo sé. Tus ideales están al alcance de tu mano, y todavía sin tener la molestia de estirarla desmesuradamente. ¡Y es a eso a lo que tú llamas no hacer el papel del tonto! No trocaría una sola de mis desilusiones por todos tus aciertos. Como que no hay desilusión absoluta, te lo repito, para quien sea capaz de resentir una ilusión verdadera.

— Optimismo forzado... todo en ti es forzado.

— Vivo fuera de la realidad, ¿no es eso? ¡Claro! Fuera de la realidad tuya, pero no fuera de la realidad mía. Y en cuanto a mi optimismo, si quieres escucharme te demostraré que no es más forzado que tu pesimismo, ni que el vuelo de un ave, ni que el curso de los astros. Responde a leyes propias que te parecen forzadas o irreales simplemente porque son otras que las tuyas.

— Sí, ahora vas a inventar una teoría que te quede cómoda, te harás tu propio campo orégano y te lanzarás a navegar en él a todo trapo.

— Bien entendido que si cuento antes con el permiso de los prudentes, de los que viven en la realidad, en una realidad que no es más que la de su uso exclusivo. Si cuento antes con el beneplácito de los ponderados, que saben en todo momento, y a su debido tiempo, alcanzar lo que se proponen y que no se proponen más que lo que pueden alcanzar, y no alcanzan por fin más que futilezas que lo mismo sería para ellos y para todos que las dejaran de alcanzar. ¿Si tú crees que no es eso hacerse uno mismo su propio campo orégano...?

— ¡Futilezas!... Todo es futileza.

— Todo es uno y lo mismo, ¿no? ¿Para cuándo dejamos el equilibrio y mesura de que hacías continuo alarde? ¿Acaso no se pueden establecer distinciones entre las cosas? No me escuchas y no me comprendes porque no quieres ni escucharme ni comprenderme, pero no porque yo no te pueda decir algo aprovechable a ese fin.

— ¿Y qué es lo que tú comprendes de mí? Tu reproche puede devolverse cómodamente.

— No tan comodamente, pues existe una diferencia apreciable a ojos vistas. Si no te comprendo del todo, por lo menos trato de comprenderte... mientras que tú...

— (*Rematando la frase.*) «Mientras que tú no quieres en verdad salir de ti mismo»... vas a decirme (¡cómo si lo oyera!) «mi ser íntimo, como el de ninguno otro, no te interesa... Eres un redomado egoísta, etc., etc....» Y bien, no... Soy tan egoísta como tú o el vecino de enfrente. Lo que hay es que nadie comprende a nadie.

— Volvemos al caos... ¿Todos somos igualmente egoístas, todos igualmente sensibles o inteligentes? ¡Vaya hombre! para tamaña cordura, precisión y sentido de la realidad como pregonabas, no resulta menudo el caos que armas con la humanidad en un abrir y cerrar de ojos. Haces lo que el jugador que mezcla las cartas cuando sabe que va a perder. Admito que nadie comprenda a nadie bien a fondo, pero insisto en que no tiene él mismo derecho de queja quien hace cuanto puede por darse a conocer así como por conocer a los demás, y quien no hace nada por ser comprendido ni por comprender a los demás. Cuando hace un momento quise explicarte la naturaleza de mi optimismo, cómo mis desilusiones no dejaban de ser ilusiones, y cómo para mí la prudencia no está reñida con la heroicidad, negaste por anticipado toda trascendencia a mi empeño, y te preparaste de antemano para no enterarte, acusándome de afectación. Semejante actitud nace no de otra cosa que de imprudencia. Imprudencia que me guardaría yo muy bien de cometer contigo, pues aun en el peor de los casos y suponiendo que todas mis teorías fueran fantásticas y falsas, aun así servirían para revelar en cierta medida mi modo de ser. ¿No crees tú que el pecado de incomprensión es el que más pesa en la balanza de nuestros errores?

— Te repito que nadie comprende a nadie.

— Pues esa expresión tuya que parece responder a una actitud prudente, es para mí todo lo contrario. La esencia de la imprudencia misma. Tenemos que esforzarnos por comprendernos los unos a los otros, lo alcancemos o no.

— Todo afán desproporcionado al logro lo considero ridículo.

— ¡Qué ha de serlo! Ridículo es lo pequeño y deforme, lo mezquino. Mira, yo hubiera ansiado despeñarme por alcanzar aquel nido de águilas de que habla Bjoerson, y como aun no he muerto, me reputo prudentísimo.



Concertola
AMERICA
TOCANDO CON PÚA
TOCANDO SIN PÚA
Para los obligados a quedarse en casa, ¿qué mejor compañía y distracción que una
Concertola
Toca toda clase de discos con y sin púa
Los delicados y suaves acentos de una linda voz que canta los aires predilectos, los dulces acordes de instrumentos que grandes artistas hacen vibrar, las sentimentales melodías que ejecutan las grandes orquestas, los alegres compases de las bailables de moda que invitan la juventud a la danza, hacen olvidar los dolores de la vida y dan al espíritu nuevas energías y nuevas esperanzas.
MODELOS RECOMENDADOS
N.º 451.—Elegante CONCERTOLA con persianita delantera. Con 6 piezas y 200 púas .... $ 45
N.º 327.—Rica CONCERTOLA en nogal o caoba, con puertitas modificadores del sonido. Con 6 piezas y 200 púas, $ 75
N.º 4.—Magnífica CONCERTOLA para mesa, rica madera roble o terminación caoba, motor suizo de dos cuerdas reforzadas. Con 6 piezas y 200 púas .... $ 125
N.º 4 bis.—Espléndida CONCERTOLA. Regio mueble en roble o terminación caoba, motor suizo de dos cuerdas. Con 6 piezas y 200 púas .... $ 150
O bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 14 cada una.
N.º 5.—Regia CONCERTOLA, mueble serio y elegante, igual al dibujo. Rica madera de roble o terminación caoba, gran motor de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas ..... $ 250
O bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 25 cada una.
PIDAN CATALOGOS. N.º 21: Grafófonos, Concertolas y Victrolas. N.º 22: Todos los mejores discos de las buenas marcas. Enviando $ 0.20 en estampillas.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
CASA AMERICA
Avda. DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES
No tenemos Sucursales. — No cerramos los Sábados.
DISCOS
ALGUNAS NOVEDADES DE LA SEMANA
Discos Nacional, de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.
Orquesta Típica CANARO
6910 { La Danza de las Libelulas. «Shimmy de la Bambolina». Los ojazos de mi negra. «Zamba».
Por la célebre orquesta MAREK WEBER
Discos dobles, de 30 centímetros, a $ 4.—cada uno
P 1310 (La Bayadera. Fox Trot de la opereta. (La Bayadera. «Shimmy de la opereta».
P 1363 (Kamasoutra. — Shimmy. (La Sérénade. Shimmy.
Discos Victor, sello rojo, de 30 ctms., a $ 6.20 c/u.
Cantados por el inmortal tenor ENRICO CARUSO
88599 — Pietá Signore. «Célebre Plegaria de Stradella».
88615 — Campane a Sera. «Ave María».
88617 — Largo (Handel). «Meditación Religiosa»
Tocados por el célebre violinista JASCHA HEIFETZ
74562— Scherzo Tarantelle. Op. 16 (Wieniawsky).
74568 — Célebre Melodia Ebrea de Achron.
Discos Pathé (sin púa)
Dobles, de 29 centímetros, a $ 4.50 c/u.
Cantados por Mll. MISTINGUET del Casino de Paris
4480 (Mon Homme. «Chanson Realiste». (Kalamazou. «Chansonnette».
4052 (J'en ai Marre... Fox Trot Chanté. (Toute Petite. «Chansonnette».
Orquesta Mitchll's Jazz-Kings. Arreglos de Mlle. MISTINGUETTE
6555 { Dedé. «Dans la vie faut pas s'en faire». Fox Trot. Ta Bouche. «Non, non, jamais les hommes». Fox Trot.
6557 (Ta Bouche. «Ca c'est une chose». Shimmy (Ta Bouche. «Machinalement». Shimmy.



Grupo de parejas durante un intervalo del baile realizado por la comisión directiva del Círculo Social Argentino en el salón de la Sociedad Cosmopolita de esta localidad.

UN CASO EXTRAÑO

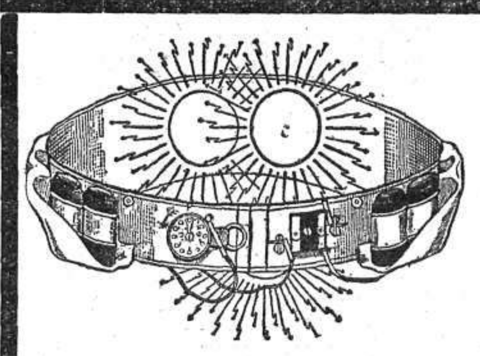
Un periódico alemán relata el hecho excepcionalmente maravilloso de un encuentro que tuvo un soldado alemán durante la guerra. Pernoctando en un cementerio de aldea, la nieve lo sorprendió al descubierto. Metióse con otro grupo de soldados en algunos nichos descubiertos, con tan mala suerte que el suelo se hundió, mejor dicho, con tan buena suerte... Porque se encontró una calavera de oro macizo, y de tamaño natural. Intrigado la llevó a la luz, y en compañía de otros soldados púsose a hacer conjeturas.

La calavera en cuestión, según más tarde se supo, perteneció a un monje superior que acostumbraba ir a meditar a ese cementerio. Parece que en su vida ordinaria había sido un hombre elegante, que heredó gran fortuna, y cuando decidió entrar en la ordenación hizo cincelar la tal calavera, que pesa libra y media. Su nombre aparece vagamente grabado en el occipital de la máscara. Actualmente se exhibe en Colonia.

PENSAMIENTOS

No hay entradas más seguras que las entradas de la economía.

— Los honores se obtienen con la diligencia; las riquezas con la economía.



Excelente Oportunidad

para adquirir el Traje o Sobretodo
que ha causado su admiración.

Los trajes y sobretodos **Modelos** de la casa M. Alvarez, hechos con casimires de inmejorable calidad y por eximios profesionales, para ser exhibidos en nuestras vidrieras durante esta estación, están en **Venta** a precios bajísimos.

En la CAPITAL enviamos muestras a domicilio.

Traje o Sobretodo en regios casimires Modelos en exhibición

$ 62

Enviamos al interior catálogo y muestras.
Al pedir estas últimas, sírvase indicar precio y color del traje o sobretodo que piensa encargar.

NO TENEMOS SUCURSAL



MARCA REGISTRADA

SASTRERIA DE LUJO
(La más grande en Sud América)

Necrología



Señora Leonor Casabal de Segrestan. — Capital.



Señorita Herminia Chaparro. — Bernal.



Señora María A. Podestá de Pedroni. — Rosario.



Señor Domingo Fittipaldi. — Tapalqué.



Avelino E. Giuliano. — San Isidro.



Señor Armando Foragno. — Rosario.



Señor Rodolfo Culaciati. — Rosario.



Señor Francisco Davide. — Capital.



GRACIAS DE SEVILLA





Los seises de la Catedral



ENTRE las gracias más puras y cautivadoras de Sevilla, se destacan los seises de su Catedral, con sus bailes y coplas ante el Tabernáculo, en las tardes de la Octava de la Pureza, en las fiestas del Corpus y triduo de las Carnestolendas.

En efecto, su solemnidad religiosa, como pregona un autor, es más espiritual que visible, mucho más divina que humana, conjunto místico de majestad y de inocencia, de amor filial y de profunda veneración.

En 1439, por bula del Pontífice Eugenio IV, fué instituído el magisterio de los *seis niños cantorcicos* de la Basílica sevillana; pero la primera noticia que se tiene de ellos en los libros de la Catedral data de 1508. «Item pagué a los cantorcillos que fueron cantando é baylando a la procesión del Corpus Christi...» léese en el libro del Veedor.

Al propio tiempo que en la primera mitad del siglo XV el Cabildo eclesiástico hispalense se afanaba en ver concluída la inmensa fábrica de la Catedral y en fomentar la sublimidad y maravilla de su liturgia, reorganizando a los *niños cantorcicos*, inauguró la academia de música en que habían de hacer éstos sus estudios, alcanzando frutos tan peregrinos como que de ella fueron los más lozanos los famosos músicos españoles hermanos Guerrero, Maestro Morales y muchos más, contrapuntistas y cantores resucitadores del divino arte en Italia con el eminente Palestrina.

También estudiaban — y aun estudian — en la Escuela de San Miguel, gramática, lectura, escritura y cuentas, viviendo con sus maestros como si fuesen de ellos familiares.

A este respecto se consigna en las Reglas de la Institución: «Los niños han de comer con el maestro a su mesa y han de comer y cenar de lo que él comiere y cenare, dándoles lo necesario de manera que no queden quexosos con razón, y hales de dar de almorzar y merendar pan y fruta conforme el tiempo, si no fuere en los días de las vigilias y quatro témporas y media quaresma, los cuales días procurará que ayunen y en todo tiempo tendrá quenta que sean muy templados y que no sean glotones ni tengan malas costumbres.»

La meritísima institución cautivó pronto la admiración pública, hallando muy decididos protectores.

El canónigo de Sevilla, licenciado Diego de Ribera, en el testamento que otorgara en 1551, hizo inscribir esta cláusula: «Que en cada año la dicha fábrica (de la iglesia) dé a cada niño de los *cantorcicos* que ovieren servido en dicha Santa Iglesia quatro años, aviendo perdido la voz, seis mil maravedís para ayuda a su estudio de gramática, y si antes de los quatro años cumplidos la perdiese así mismo le sean dados, contando que sea siempre obligado el tal cantorcico a residir y continuar siempre su estudio, sin que haga falta al tiempo que oviere por el tercio».

En 1553 amplió dicha renta el deán don Diego de Mendoza, que también había sido seise, con otra muy importante para costear sus estudios a otros dos niños, quienes, como aquéllos, habrían de residir y educarse en el Colegio de San Miguel.

Para hacer notar cómo al favor de estas dotaciones acudían los niños de las clases humildes a estudiar en las referidas escuelas, dice el señor La Rosa: «Las dotaciones de los prebendados sevillanos acentuaron más las aspiraciones de los niños a pertenecer a la clase de seises, con la cual ganó mucho la institución y éstos ocuparon brillantes puestos en la sociedad. Ya no fueron solamente jóvenes sevillanos y de los pueblos circunvecinos los que pretendieron plazas de seises en el coro de la Catedral de Sevilla; en adelante figuraron en ella niños castellanos, leoneses, vizcaínos, navarros, portugueses, canarios y de los demás reinos y posesiones de la nación.

En el archivo del Cabildo eclesiástico se conserva el original del *Libro de los Seises*, cuyo primer asiento es de abril de 1562, y gracias a la benéfica fundación, los seises Miguel Jerónimo y Antonio Pérez, este último de Sevilla, llegaron a ser monje jerónimo y fraile agustino, respectivamente, el primero del monasterio de San Isidro del Campo y el segundo del de San Agustín.

Los primorosos niños tienen su traje peculiar, al

Baile de los seises en la catedral de Sevilla. — Fragmento del cuadro de Gonzalo Bilbao.

modo del de los pajecillos, con calzón corto a la antigua española, vaquero, capilla corta, aderezo de guarniciones, cintas y bandas. Calzan zapatillas blancas y cubren sus cabezas con airosos sombreros de larga pluma por airón. Según bailan ante la Inmaculada o por el Corpus, así los *trajes blancos se adornan* del color azul claro o rojo.

Acompañan sus danzas con muy donosos y poéticos villancicos y con sonidos de castañuelas, todo al compás de una orquesta de violines.

El paso es bien parecido al paso de las seguidillas populares, componiéndose de tres movimientos. Sus brazos permanecen caídos con la mayor naturalidad, como señal de reverencia a la Majestad divina.

Antes de danzar y cantar hacen una graciosa reverencia delante del Santísimo, piden la venia al Cabildo y se tocan los sombreros.

Después cantan el estribillo de la copla a los sones de la orquesta; luego ésta preludia la música con que se ha de acompañar el toque de las castañuelas y por último cantan, danzando, el villancico.



Ejecútase el paso — dice el antes mentado La Rosa — *más o menos aceleradamente*, según lo indique el aire de la música, sin que se altere nunca la serenidad del movimiento; pues para suplir el salto, los danzantes, cuando avanzan, se levantan a un tiempo sobre la puntas de los pies y marcan así los compases del villancico, resultando en realidad una especie de andar muy acentuado y uniforme que en nada se parece a la saltación de la danza profana.

Y para terminar estos apuntes, habremos de anotar *un hecho curioso:*

Por los años de 1700 el Arzobispo Palafox promovió querella contra el Cabildo eclesiástico, gestionando muy ahincadamente en Roma la supresión de los seises.



El Cabildo puso todo su empeño en que tan bella institución no desapareciese, y tales fueron sus argumentos y razones, que la Congregación de Ritos puso término al pleito con esta sentencia: «que todas las diferencias promovidas por el señor Palafox sobre el modo de ejecutarlas (las danzas) se habían de dar por extinguidas y a las partes por desistidas de los litigios... para no continuarlas en ningún caso, pues a ello se obligaban el Arzobispo y el Cabildo, no sólo por sí, sino en nombre de sus sucesores.»

La concordia fué firmada por los contratantes el 9 de diciembre de 1703.

Fortuna fué que no desapareciera tan poética y encantadora ceremonia, acaso la más bella y emotiva de cuantas constituyen la liturgia eclesiástica sevillana.

J. Muñoz San Román.

De Chivilcoy

Aspecto en que quedó la máquina desgranadora del señor A. Deltino después de la espantosa explosión que causó la muerte de dos personas e hirió gravemente a muchos trabajadores.



Fragmento del motor arrojado por la explosión a una distancia de 200 metros y que junto con otros trozos de la máquina causaron serios desperfectos en las casas vecinas.

¿Por qué ostentar una cabellera escasa y sin vida?

Ninguna persona puede ser realmente simpática y atrayente sin una cabellera hermosa y bien cuidada. Poseer tal adorno personal no es cuestión de suerte sino la consecuencia de un cuidado racional y apropiado.

Si las canas y la calvicie han invadido su cabellera, recurra sin demora al afamado

ESPECIFICO BOLIVIANO



Este notable y eficaz restaurador del cabello, hecho a base de vegetales bolivianos, ha revelado más que ninguna otra preparación que el cuero cabelludo requiere ejercicio y estímulo para que produzca una cabellera abundante y bella.

Con el **ESPECIFICO BENGURIA** el cabello adquiere nueva vida. Los millones de pequeñas células y glóbulos de sangre llevan este gran estimulante a todos los músculos y glándulas oleosas del pericráneo, tonificándolos para una acción normal y vigorosa.

El **ESPECIFICO BENGURIA** cura en poco tiempo la calvicie, devuelve a las canas su color natural sin teñirlas, destruye la caspa y hace crecer el cabello en abundancia y exquisitamente sedoso y brillante.

Use usted **BENGURIA** si desea ser admirado por su cabellera. Escriba hoy mismo al doctor Rafael Benguria B. pidiendo detalles. A vuelta de correo recibirá la contestación.

UNICO LUGAR para la venta del **ESPECIFICO** en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario.

Dr. RAFAEL BENGURIA B.

Avenida de Mayo, 1239. — Buenos Aires. Unión Telefónica 5753, Rivadavia.

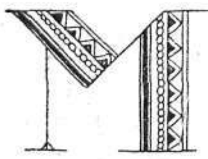
AGENCIAS PARA LA VENTA DEL ESPECIFICO

En Rosario de Santa Fe: "La Buenos Aires", Córdoba esquina Entre Ríos. — En Mendoza: Casa Riba. — En La Plata: Jockey Club, Avenida 7 esquina 51. — En Santiago de Chile: Moneda esquina Estado. — En Montevideo (R. O.): Sarandí, 429.

ATIENDO PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA



LOS ÁRBOLES SEPULCROS



MANCHAS obscuras de montes, bajo el resplandor ardiente y profundo del cielo. Murmullo incesante de legiones de insectos; de vez en cuando el rezongo estridente de un mono, el latigazo fugitivo de una víbora. Ingás y urundays gigantes, como columnas vivas de una prodigiosa catedral construída por la naturaleza a través de las edades.

Era allá, por el norte, donde comienzan los calores ardorosos del Brasil, donde sobreviven las leyendas inolvidables.

Un paraguayo de facciones semiindígenas, escueto y cetrino como un moro, marchaba sin prisa al lado del extranjero, un argentino que se hundía en las selvas buscando Dios sabe qué.

Del riacho cercano llegaba un hálito húmedo, refrescante. El paraguayo permanecía indiferente, en medio de aquella naturaleza en que palpitaba una vida invisible y profunda.

— ¿Calor, don?

— No...

Encogióse de hombros el guía. Era un hombre ya entrado en años, con la mirada misteriosa de los guaraníes.

El argentino le pagaba para que lo acompañara durante el día entero por la selva, y él cumplía lo pactado sin una pregunta, sin un gesto de curiosidad.

— ¿Por qué mira los árboles, usted?

El paraguayo se sacó el mascado cigarro de los labios y escupió.

— Para mirarlos, nada más, don...

Allá, de la frontera, de los campos abrasados de Matto Grosso, empezó a soplar el viento, un viento que decía de lluvias próximas y que pobló la selva de chasquidos inquietantes.

Siguieron andando, silenciosos. El viento arreció, y el azul esplendoroso del cielo empezó a enturbiarse cada vez más. Nubes negras y siniestras venían del Brasil. Revolaron grandes e inquietos pájaros.

— Tormenta...

El viento sacudía ahora los urundays y los ingás. La catedral de la selva se poblaba de voces hondas, gemebundas, y los monos chillaban de terror .

— ¡Jesús!... ¿Qué es eso?...

Un esqueleto blanquísimo había caído a los pies del viajero. El paraguayo lo miró y volvió a encogerse de hombros.

— Por aquí, los árboles están llenos de esqueletos, don...

Estremecióse el argentino.

— ¿De esqueletos, dice?

— Sí, de osamentas de paraguayos... De hombres, de mujeres, de niños, que huían de los brasileros cuando la guerra. Se subían a los árboles, para que no los degollaran los «cambá» y para que no se los comieran los yaguaretés, don... Se morían allí, entre las ramas, como los monos... Hace muchos años, muchos, don...

Pálido, fascinado, el viajero contemplaba al esqueleto que acababa de caer del urunday. Parecía el de un niño o el de una mujer. Pensó, con frío en la médula, que aquel testigo del pasado terrible lo miraba con ojos espantosos, acusadores, llenos de las visiones horribles: los pumas, los soldados negros...

— A veces, cuando sopla el viento del Brasil, cae una osamenta, don... Son los difuntos de la guerra que quieren dormir en tierra santa, con una cruz encima...

La voz del paraguayo era ronca, sombría.

— La gente los entierra, don, por aquí...

El viajero, con un estremecimiento de terror, creyó que el esqueleto se había movido.

Luego hizo un esfuerzo y logró serenarse.

— Vamos a enterrar a este... este difunto...

Cavaron una fosa al pie del urunday. El viajero construyó una cruz con dos ramas secas. Los huesos se deshacían. A una de las caderas adheríase aun un fragmento de paño azul, y en un dedo de la mano izquierda veíase un anillo de plata.

— Era una mujer, don...

— Dios la tenga en su gloria, ya que tanto sufrió...

Los huesos desaparecieron bajo la tierra. Arriba, los pájaros y los monos seguían chillando.

Sombrío, siniestro, el paraguayo parecía musitar una plegaria en guaraní, con el sombrero en la mano y los brazos cruzados.

— Vamos, don...

Alejáronse del lugar. Antes de desaparecer entre los troncos gigantes el argentino se volvió y miró por última vez la tumba de aquella muerta desconocida que cayera del árbol donde dormía desde hacía cincuenta años.

Toda la selva, como una catedral, resonaba con voces extrañas, profundas, misteriosas Los árboles sepulcros sollozaban sordamente sobre sus cabezas...

HECTOR PEDRO BLOMBERG





JARABE NEGRI

constituye un factor de suma eficacia para combatir la tos convulsa.

Los niños desconocen los peligros de la humedad, y muchas veces de una leve tos nace una bronquitis aguda.

Enséñeles Vd. a tomar el **JARABE NEGRI** pues es uno de los pocos medicamentos aceptados por los niños por su sabor dulce, suave y agradable.

INFALTABLE EN TODO HOGAR Y HOSPITAL

EN VENTA:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.

DEFENSA, 215, sus secciones y en toda farmacia.

El té es siempre algo que sienta bien

pero es necesario que esté bien hecho.

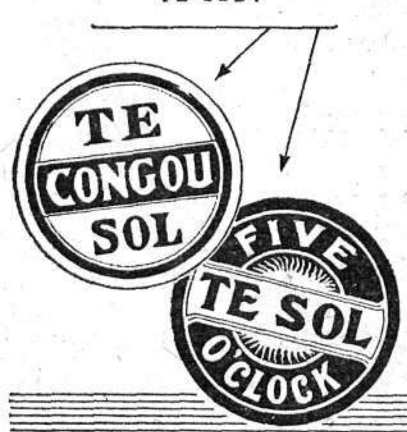
No permita nunca que le sirvan te hecho con agua que ha estado hirviendo mucho tiempo, porque no saldrá bien y el gusto distará de ser agradable.

Tiene que ser agua que no haya pasado del primer minuto de hervor.

Librito Gratis

Pida el librito que enseña como preparar bien el te, y que contiene recetas de postres y dulces, a los Introductores de Te Sol, calle Tucumán número 345.

Sólo es necesario acompañar al pedido una de estas etiquetas que llevan todos los envases del "TE SOL".



BUENOS AIRES. 30 DE JUNIO DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.° 1291

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



PARTIDO INTERNACIONAL DE FOOTBALL

Escoceses v. Asociación Amateurs. — El primer magistrado dando el puntapié inicial

Una nota simpática y altamente favorable para el desarrollo del más popular de los deportes, fué la que dió el presidente de la república, asistiendo al importante encuentro entre los equipos citados. El doctor Alvear, acogido por el numeroso público con una prolongada y clamorosa ovación, auspició el partido saliendo a la cancha para impulsar la pelota acompañado del ministro de Justicia e Instrucción Pública, el jefe de Policía y el presidente de la Asociación Amateurs.

FOTO DE VARGAS.

Periodista condecorado



Don Gaspar Cornille, uno de los directores de nuestro prestigioso colega "La Razón", que ha sido condecorado por el rey de Bélgica con la Cruz de Caballero de la Orden de la Corona por su destacada labor en pro de los aliados durante la guerra.

En obsequio del director de "El Cronista Comercial"



Caracterizadas personas pertenecientes al Comercio, a la Industria y a la Banca que asistieron al banquete servido en honor del señor Rafael Perrotta con motivo de su viaje a Europa, después de veinte años de inteligente labor periodística.

Entrega del premio Eduardo Wilde



La doctora Elvira Dragonetti, que actuó durante 4 años como praticante, acompañada de distinguidas damas de la sociedad y del directorio del personal del Hospital Rivadavia, luego de serle otorgado el premio instituido por la señora Guillermina de Oliveira César, siendo la primera vez que se concede a una mujer tan señalada distinción.

En honor de médicos recientemente egresados



Grupo de nuevos facultativos a quienes sus colegas del hospital Ramos Mejía ofrecieron un banquete en el Savoy Hotel con ocasión de haber alcanzado el título universitario.

Radio Club Argentino



Concurrentes al banquete organizado por dicha institución en honor del doctor E. T. Susini y señores M. Mujica, C. G. Guerrico y L. Romero por sus eficientes servicios a la radiotelefonía.

En el Jockey Club



Núcleo de amigos que asistieron a la comida con que fué obsequiado el señor Manuel Eduardo Sánchez Concha, segundo secretario de la legación del Perú en nuestro país, despidiéndole de la vida de soltero.

Demostración al señor José Anganuzzi



El presidente del Banco Hipotecario Nacional y algunos de sus compañeros de tareas que le ofrecieron un artístico álbum como prueba de simpatía por haber sido promovido al cargo de prosecretario de dicho establecimiento

En el Club Oriental



El presidente de esa entidad social, doctor Juan Angel Golfarini, a quien un grupo de socios testimonió su adhesión y simpatía con un banquete al cumplirse su 85.° aniversario.

Ecos del concurso literario Municipal



Los autores de las obras de prosa y verso premiados en el último concurso ocupando la cabecera de la mesa con el Intendente Municipal y los secretarios de Hacienda y Obras Públicas en el banquete organizado por la revista "Nosotros".

En el Club de Flores



Parte del público, entre el que se halla el doctor Noel, que presenció el festival de box en que se disputó por primera vez el match internacional por el título de campeón aficionado del Río de la Plata.

Festival a beneficio de las víctimas de la erupción del Etna



La señora Regina Pacini de Alvear, la condesa Carola Colli de Felizzano, el ministro de Italia, el comandante del "Principessa Mafalda" y damas y caballeros que auspiciaron el te concierto.



Conocidos artistas que prestaron su gentil y desinteresada cooperación a la fiesta celebrada a bordo del trasatlántico con el altruísta fin de socorrer a los damnificados.

Sr. Ernesto Mangudo



Destacado miembro del periodismo y del comercio de nuestra capital, cuyo fallecimiento ha constituído una sensible pérdida por sus revelantes dotes de inteligencia y caballerosidad.

Conflicto en la Facultad de Medicina



Asamblea de estudiantes de esa Facultad en el anfiteatro de la misma, para resolver la actitud a adoptar con motivo de la renuncia del decano y miembros del consejo directivo. La resolución unánime fué acompañar con sus votos en esta emergencia a los renunciantes.

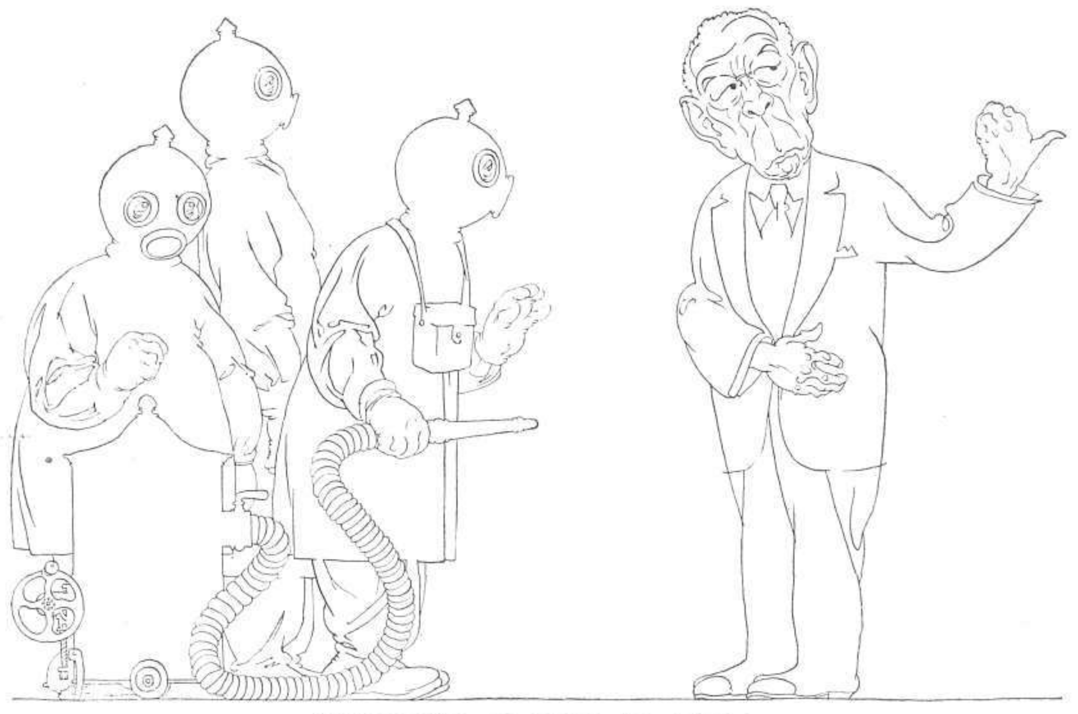
Sr. Santiago Lambruschini



El deceso del señor Lambruschini priva al país de uno de los "pioneers" de su progreso. Trabajador infatigable, logró ser una figura de merecimiento en los centros comerciales.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.

DICHO Y HECHO, POR SIRIO



Campaña contra la gripe

— La Dirección Sanitaria nos ha encargado que vengamos a desinfectar la Casa Rosada.
— ¿Y por qué no van a desinfectar el Congreso?
— Venimos de allí y no nos han dejado entrar diciendo que están discutiendo el presupuesto.
— Por eso mismo. Desinféctenlo no más, desinféctenlo.

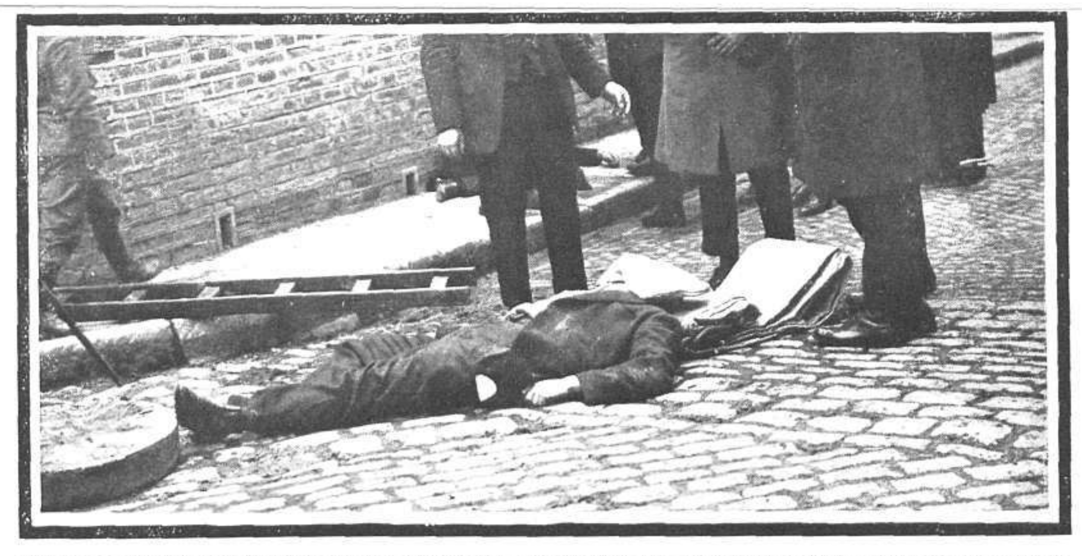


En la Cámara. — El que no asiste no cobra

— ¡Abran!
— Es usted un modelo de diputado; se ve que no quiere perder la sesión.
— Lo que no quiero es perder las dietas.

Feria de Muestras de La Plata

DOS DE LAS MEJORES MUESTRAS



UN IMPRESIONANTE ESPECTÁCULO EN LA CALLE INMEDIATAMENTE DESPUÉS DEL TIROTEO. EL OBRERO MUERTO ENRIQUE GOMBAS, Y, SOBRE LA VEREDA, UNO DE LOS HERIDOS QUE FUÉ AUXILIADO POR LOS EMPLEADOS DE INVESTIGACIONES.

EL SANGRIENTO TIROTEO DEL MARTES 19

LA MAS COMPLETA NOTA GRAFICA DE LOS SUCESOS ACAECIDOS FRENTE AL LOCAL DE LA SOCIEDAD DE RESISTENCIA DE OBREROS PANADEROS, OBTENIDA POR NUESTROS FOTOGRAFOS VARGAS, ARROYO Y BELL, QUIENES SE HALLABAN DESTACADOS EN EL LUGAR DE LOS ACONTECIMIENTOS.



HERIDOS RECOSTADOS EN EL PAREDÓN DEL FERROCARRIL OESTE QUE DA FRENTE AL LOCAL DE LA SOCIEDAD DE RESISTENCIA DE OBREROS PANADEROS, EN ESPERA DE LA ASISTENCIA PÚBLICA.



EUSEBIO BARRASA, EL PROMOTOR DE LOS SUCESOS, QUE HIZO EL PRIMER DISPARO.



EL OFICIAL DE POLICÍA ALBERTO PAGGI, QUE FUÉ HERIDO POR BARRASA AL ORDENAR SU ARRESTO.



AGENTES DEL ESCUADRÓN DE SEGURIDAD CARGANDO SOBRE UN GRUPO DE MANIFESTANTES, QUIENES PERSISTÍAN EN REUNIRSE A PESAR DE LA PROHIBICIÓN ORDENADA POR LA POLICÍA.



AGENTE REGISTRANDO A UNO DE LOS HUELGUISTAS.



OBREROS QUE SE HABÍAN REFUGIADO EN UNA CASA DE LA VECINDAD, SIENDO CAPTURADOS Y CONDUCIDOS AL LOCAL OBRERO POR LA POLICÍA.



REQUISA DE LOS DETENIDOS ANTES DE SER LLEVADOS AL CAMIÓN POLICIAL.



BENJAMÍN PETAZI, HERIDO DE BALA EN LA PIERNA.



EMILIO TIRABOSCHI, HERIDO DE ARMA CORTANTE.



JOSÉ ARIAS, AGENTE DE LA POLICÍA, GRAVÍSIMAMENTE HERIDO EN EL ABDOMEN.



ADOLFO BAIARDI, HERIDO DE BALA EN LA PIERNA.



ABRAHAM AXMAN, HERIDO POR UN PROYECTIL.



LA AMBULANCIA RECOGIENDO LOS HERIDOS, QUE SON SUBIDOS POR EMPLEADOS DE INVESTIGACIONES QUE ACTUARON BAJO LAS ÓRDENES DEL JEFE, INSPECTOR GENERAL SR. SANTIAGO.



MÁS LESIONADOS REMITIDOS A LA 9.ª COMISARÍA DESPUÉS DE HABÉRSELES DISPENSADO LOS PRIMEROS AUXILIOS EN EL HOSPITAL RAMOS MEJÍA.



CAMIÓN EN QUE SON TRANSPORTADOS AL DEPARTAMENTO CENTRAL DE POLICÍA LOS OBREROS DETENIDOS DESPUÉS DE LOS SANGRIENTOS DESÓRDENES PROVOCADOS POR DESACATOS DE ALGUNOS ELEMENTOS OBREROS A LA AUTORIDAD.



CONDUCCIÓN POR UN AGENTE DE UNO DE LOS OBREROS QUE HUÍAN.



DETENCIONES DE OBREROS ESCONDIDOS VERIFICADAS POR AGENTES DEL ESCUADRÓN DE SEGURIDAD.



REGISTRANDO A OTROS DETENIDOS.



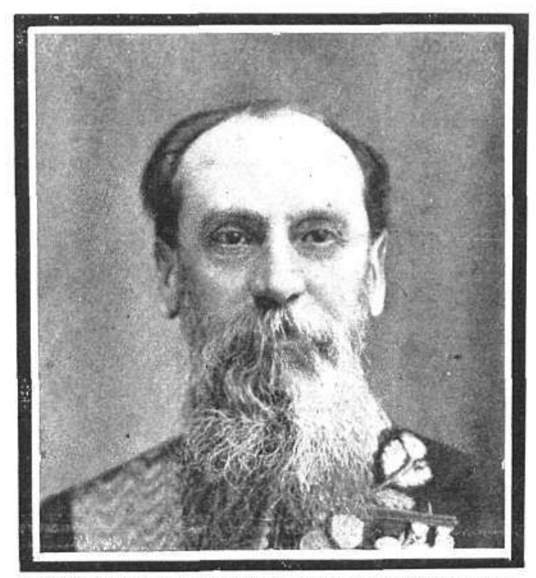






OTRAS VÍCTIMAS DE LA REVUELTA AUXILIADAS EN UNA FARMACIA PRÓXIMA Y LLEVADAS AL HOSPITAL PARA SU INMEDIATA CURACIÓN.

Don ENRIQUE B. MORENO



Correspondía el señor Moreno al número de aquellos servidores del país respecto de los cuales ni la pasión política ni el rencor personal, caso de haberlo, son capaces de disminuir sus merecimientos ante el criterio imparcial y justiciero de sus conciudadanos. Talento claro y dúctil, pronto a todas las comprensiones, ilustración sólida y patriotismo tan hondo como clarividente, eran cualidades que fatalmente, puede decirse, debían llevarle a la diplomacia. Se habla de diplomacia vieja y de diplomacia nueva; la distinción es demasiado sutil para que la entiendan quienes no pretenden sacar ventaja de ella; en todo caso, fué un diplomático eminente que prestó al país valiosos servicios en los importantes puestos que desempeñó.

Don JUAN AGUSTIN GARCIA



Era don Juan Agustín García uno de los talentos literarios más finos y sutiles del país. Pertenecía a una generación de intelectuales en que esas condiciones nunca fueron raras; pero en él tenían un relieve particular que lo destacaba entre todos. Su aguda y profunda crítica de ciertas modalidades éticas y estéticas imperantes ahora, por lo menos en ciertas «regiones» de la sociedad, hacían suponerle un espíritu seco, un carácter severo y un ceño adusto que en realidad no tenía. Por el contrario, sus cualidades eran las contrarias, como lo demostró en sus bellos libros sobre la vida colonial, que son de aquellos que no pasan ni pasarán con las transitorias modas literarias, quedando como alto exponente de la cultura nacional.

URUGUAYOS V. ARGENTINOS POR LA COPA LIPTON



El goalkeeper argentino Tesorieri, esquivando brillantemente a varios contrarios, salva la caída de su valla en el interesante partido jugado en la cancha del Club Sportivo Barracas, que terminó en empate de cero goals.

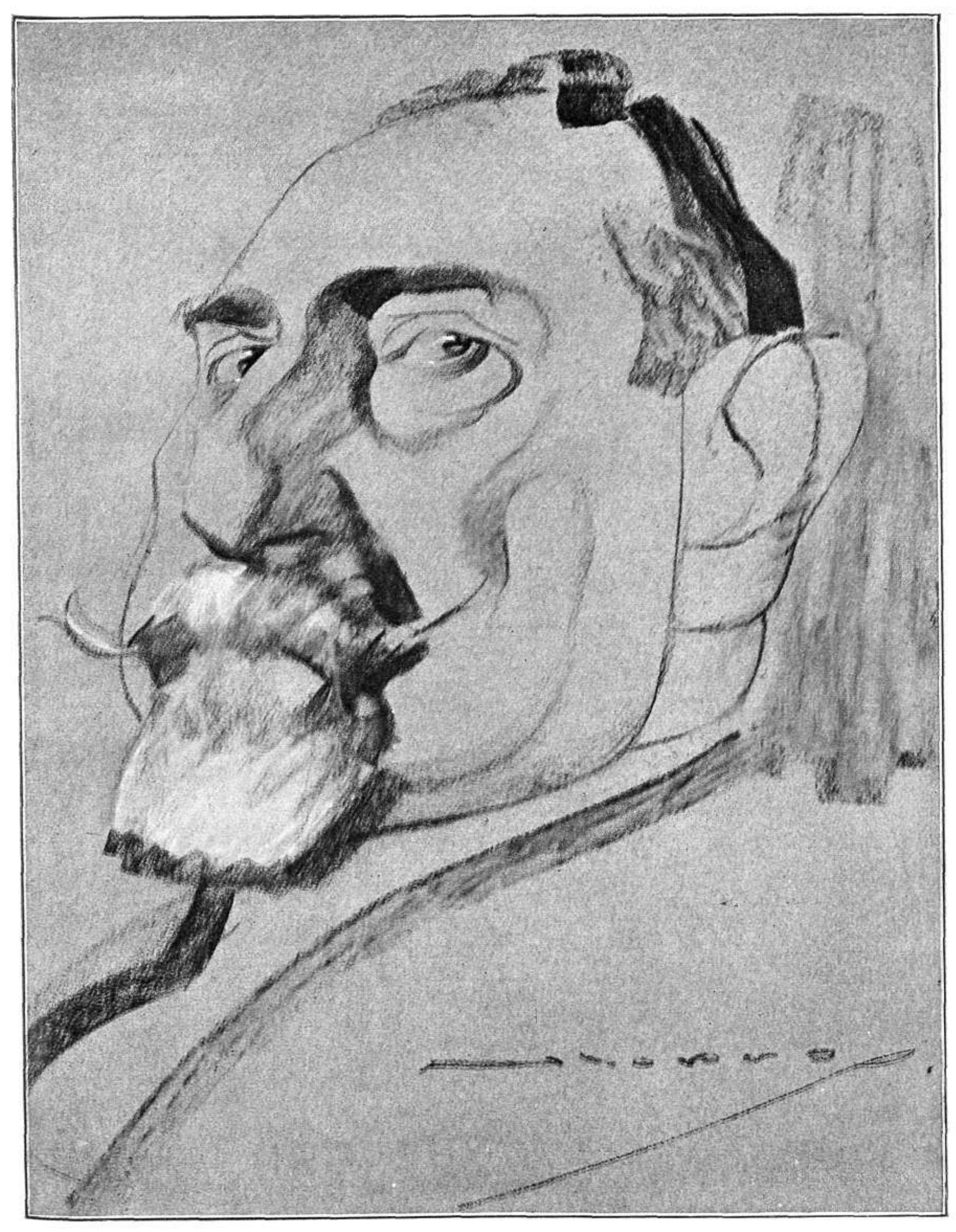


Los componentes del team uruguayo, capitaneado por Zibechi, dando los hurras de práctica frente a la tribuna oficial.



Los jugadores porteños, cuyo capitán era Calomino, en el tradicional saludo a las asociaciones argentina y uruguaya.

Fotos de Arroyo.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

SEÑOR FEDERICO A. PEZET

EMBAJADOR DEL PERÚ EN ESTADOS UNIDOS

POR ALONSO

El pacto que hace poco se firmó
entre Chile y Perú, le permitió
destacarse de un modo singular.
¿Cómo, pues, siendo así,
no le íbamos con gusto a retratar
cuando estaba de paso por aquí?

La Página de la Moda

Últimos Modelos

UNO DE LOS MODELOS DE LA TEMPORADA LUCIDO EN AUTEUIL.

«TOILETTE» EXHIBIDA EN LAS ÚLTIMAS CARRERAS DE LONGCHAMP.

ORIGINAL Y ELEGANTE TAPADO ADORNADO CON MUY ARTÍSTICAS APLICACIONES.

SENCILLO ESTILO CON SACO CRUZADO CON PRECIOSOS ADORNOS FANTASÍA.



HOMBRES CÉLEBRES

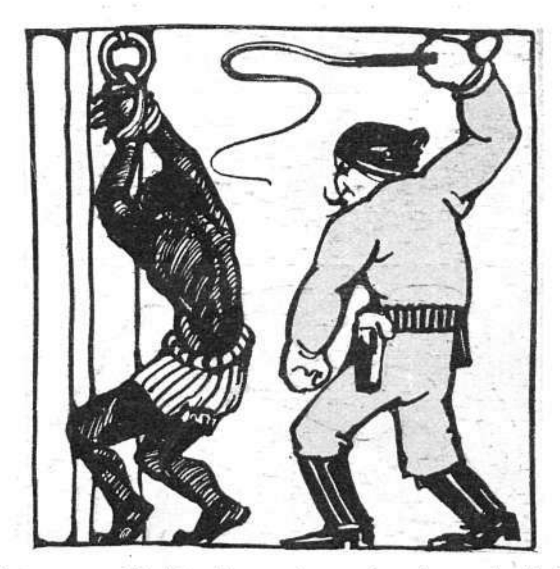
LINCOLN

ABRAHAM LINCOLN nació el 12 de febrero de 1809, un año después que el presidente Jéfferson hiciera votar la ley prohibiendo la importación de esclavos. Desde hacía tiempo habíase iniciado una campaña contra la esclavitud, que numerosos norteamericanos consideraban como una deshonra para su patria. El presidente Jéfferson, antiesclavista decidido, sólo pudo lograr que fuese aprobada la referida ley. La suerte destinaba a Lincoln para realizar la humanitaria obra de libertar a los negros.

En su tierra natal (Kentucky) Lincoln trabajó desde pequeño en diversos oficios: cazador, patrón de una lancha de río, aserrador de árboles, etc. Como tenía una voluntad poderosa y mucho talento, consiguió educarse a sí mismo y conseguir una posición desahogada.

Dicen los biógrafos de Lincoln que al trabajo realizado en medio de la soledad debió el gran hombre su amor a la independencia. Yo creo que

la energía indomable de aquel espíritu se hubiera desarrollado igualmente en medio de una populosa ciudad. No sólo los que nacen y viven en la montaña y en el bosque aman a la libertad. Recuerda la vida de los próceres argentinos y encontrarás numerosos ejemplos.



Estudió la carrera de abogado dedicándose a la política. No fué un político como esos que únicamente buscan su conveniencia sin acordarse de los intereses del país. Lincoln se sacrificaba por el bien de sus compatriotas. Por eso ellos tenían plena confianza en el *honrado viejo Abe*, según le llamaron desde joven cariñosamente. Elegido diputado en 1848 demostró ante la Asamblea Legislativa su laboriosidad, su tesonería, su bondadoso corazón y su íntegro carácter.

El partido republicano abolicionista, es decir, la fracción política que luchaba por la abolición de la esclavitud, encontró en Lincoln el hombre que podía representarla con mayor brillantez y eficacia. Por eso lo designaron candidato a la presidencia de la república. Fué elegido presidente el día 9 de noviembre de 1860. Su mandato no comenzaba hasta el 4 de marzo de 1861.

Los partidarios de la esclavitud provocaron la terrible guerra civil que la historia conoce con el nombre de guerra de Secesión (de separación). Los estados esclavistas eran: Carolina del Sur, Alabama, Georgia, Florida, Luisiana, Mississipí, Tejas (estos siete, siguiendo el ejemplo de Carolina del Sur, formaron el febrero de 1861 una confederación independiente), Virginia, Carolina del Norte, Arkansas y Tennessee. Los confederados se apoderaron de los fuertes, arsenales y propiedades que el gobierno nacional tenía en los estados del sur.

Lincoln, quien al pasar por Baltimore había sido objeto de una tentativa de asesinato, encontróse al subir a la presidencia que los estados del norte carecían de recursos para sostener la lucha. Por todas partes había traidores, el ejército estaba mal preparado, el dinero faltaba. A todo hizo frente con el entusiasmo y la energía que siempre demostró.

El bombardeo del fuerte Sumtar hizo perder las esperanzas de paz. Lincoln solicitó voluntarios, y 300.000 hombres respondieron al llamamiento.

Hay que advertir que los sudistas llevaban gran ventaja. Eran hombres más aguerridos, se habían apoderado de muchos arsenales y contaban con más dinero. El honrado viejo Abe no se acobardó. Comprendiendo que todo dependía de su voluntad se convirtió en una especie de dictador. Allí no se hizo más que lo que él dispuso.

El 21 de julio de 1861 se dió la primera batalla a orillas del riachuelo Bull Run, perdida por las tropas del norte.

El Congreso, por iniciativa de Lincoln, reclutó 600.000 hombres, contratando también un empréstito de 500 millones de dólares. Supo llamar a los hombres más valiosos, sin distinguir de partidos, y con ellos formó su gobierno. Sin previa consulta al Parlamento decretó todo cuanto necesitaba la nación para defenderse contra sus enemigos.

Poco a poco iba logrando ventajas; el bloqueo de los puertos sudistas fué haciéndose riguroso, el plan de operaciones militares, a cargo de generales como Grant, Mac Clellán, Sherman, el comodoro Farragut y otros, encerraba a las tropas enemigas lentamente.

El 9 de marzo se realizó el primer combate naval entre buques acorazados. Los sudistas habían provisto de planchas de hierro al buque Merrimac, que echó a pique algunas naves norteñas. Pero el sueco Ericsson construyó un buque blindado, el Monitor, que logró derrotar al Merrimac. Desde entonces las naciones europeas y americanas comenzaron a construir buques acorazados.

La guerra de Secesión es la primera lucha en que intervinieron grandes ejércitos armados a la moderna. Entre las batallas libradas se recuerda la de los Siete Días.

El 1.º de enero de 1863 publicó Lincoln una proclama declarando que todos los esclavos que se hallaran en poder de los confederados serían tenidos por libres desde luego y para siempre.

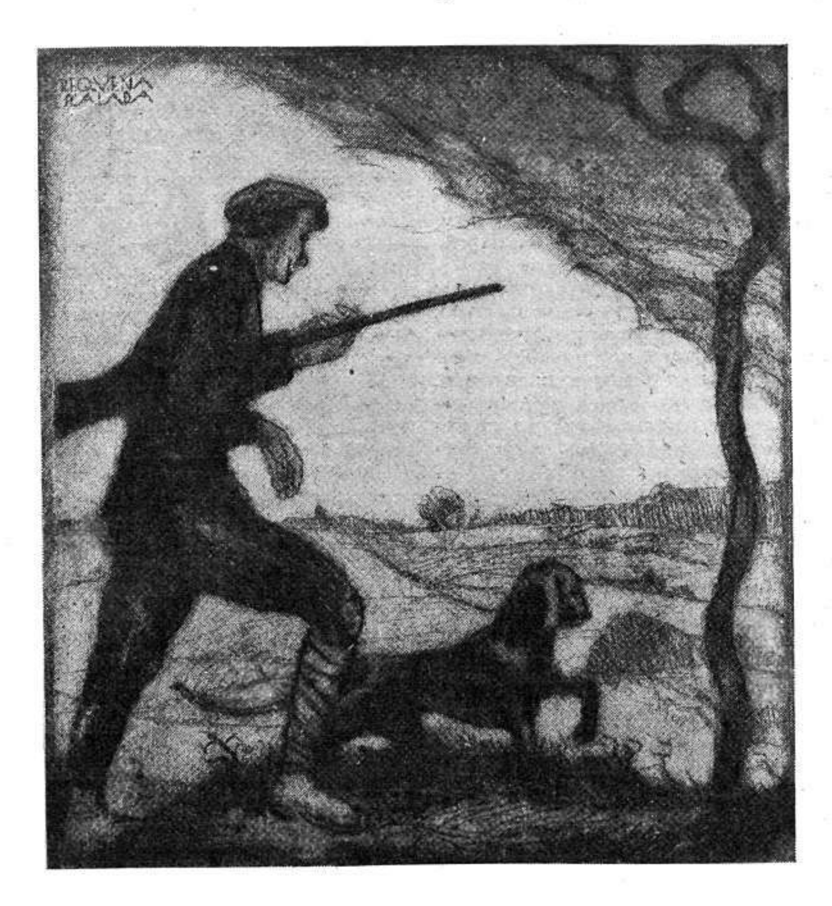


Lincoln, que había sido reelegido, nombró a Grant general en jefe de las tropas unionistas. Este célebre estratega trazó su plan de campaña para 1864, obteniendo el día 9 de abril la rendición del general enemigo Lee.

Cinco días después de este acontecimiento, el 14 de abril de 1864, hallándose Lincoln en un palco del teatro Ford, de Wáshington, un actor fanático sudista lo asesinó de un balazo en la cabeza.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA.



EL "MALA SOMBRA"

TEIXEIRA DE QUEIROZ



L párroco, cazador eximio, sólido de piernas, ojo vivo y puntería segura, me había escrito, con su letra siempre cuidada y respetuosa de buen amigo: «Ya está aquí el perro. Es feo, pero tiene óptima nariz. Salí ayer con él para experimentarlo, y traje una bolsa de respeto. El nombre es feo: llámase *Mala sombra*. ¿Quiere que se lo mande antes de la siempre deseada visita a esta humilde casa de un cura de pueblo?»

Respondí diciéndole que enviaría a buscarlo. El nombre y los informes avivaban mi deseo de conocer al animal antes de la combinada cacería de Navidad por los montes del Mesío. Quería que se familiarizase conmigo, quería que se le fijase bien en la memoria mi figura y el sonido de mi voz, a la cual tendría que obedecer cuando siguiésemos el rastro de algún bando de perdices.

Nunca había poseído yo un buen perdiguero diligente, sagaz y seguro, una vez que estuviese *orientado*. Por falta mía de no saber mandarlos, o por culpa de ellos por no saber obedecer, lo cierto es que de tantos regalos de amabilísimos amigos no había aprovechado gran cosa.

Nunca me fué posible conseguir una inteligente armonía entre mi escopeta y la nariz de mi perro. Era caso para festejarlo si la caza me salía a derechas, y más raro aún sentir el placer bárbaro de ver caer la perdiz entre los tojos o los brezos, con la convicción de haber acertado bien. Mi conciencia, meticulosa como la de una tía vieja, nunca me había podido afirmar claramente que había sido mi pericia la que derribó la caza; antes, se había inclinado siempre a que la muerte de los inofensivos animales provenía de la infelicidad que los llevó a pasar, en su vuelo rápido, por de-

lante del plomo que salió de mi escopeta, presisamente en el instante en que llegaba él allí. Cuestiones de mero acaso y de mala suerte del ave.

Pero ahora, con el regalo de mi excelente amigo, iba a poseer un hermoso ejemplar de proezas cinegéticas. Examinado y alabado por él, maestro entre los maestros, si seguía mi mala suerte de cazador, la culpa sería, indudablemente, mía... Mala vista, poca sangre fría... lo que quisieran. Examinábame interiormente, y reconocía que con un perdiguero de tal reputación, que me pondría la caza parada delante de las narices, como si estuviese presa en una jaula, si la erraba, la responsabilidad sería, indudablemente, mía.

Con gran impaciencia, o mejor dicho, con fuerte deseo de poseer la maravilla que me anunciaban, mandé, días después, a buscar el perdiguero por un criado, a casa del párroco, que moraba a algunas leguas de distancia, por camino montañoso. Cuando llegó, sujeto por una cuerda atada al delgado pescuezo, declaro lealmente que mi impresión fué peor que mala: fué pésima. Era un cuerpecillo de perro hambriento y escuálido; las costillas se le contaban por encima del pelo; parecía que, de flaco, mal podía sostenerse en las patas.

Encogido y temblón, parecía querer evitar mis caricias, como si fuesen precursoras de malos tratos, y se escondía por detrás de las piernas del muchacho que lo había traído, el cual me dijo en tono de burla:

— Por ahí abajo soportó menos mal la caminata; pero no le veo pinta de que sirva. El señor cura, que me dió de comer y beber de lo lindo, dice que sí; pero lo que es para mí...

Calléme, como diplomático que tiene opinión que no quiere expresar; pero mi parecer era el del criado, a pesar de que el párroco lo hubiese experimentado, y de que era hombre seguro y de palabra veraz.

— ¿Cómo se llama el perro? — pregunté para cerciorarme, pues ya sabía el nombre.

— *Mala sombra*, señor. ¡Qué nombre tan feo! Va bien con la cara del dueño, ¿verdad?

— Está bien; llévalo a la cocina para que le den de comer. Buena gazuza ha debido pasar para estar así. Bien se ve que no lo criaron en casa del señor cura. Después de comer guárdalo en la cuadra para que no se escape — ordené secamente para no mostrar conformidad con la opinión del muchacho.

Fuí a verlo más despacio, cuando ya estaba recogido en la cuadra. Seguía desconfiado, debo confesarlo una vez más, de los informes de mi amigo, que hasta entonces me los había dado ciertos siempre en todo. Ni parecía regalo de hombre tan obsequioso y amable. ¡Diablo de cura! ¡Si le daría ahora, pasados los verdores de la juventud, por ser bromista!

El animal estaba enroscado como una boa harta. Cuando sintió abrir la puerta y entrar un gran rayo de luz, abrió solamente un ojo para darse cuenta de lo que pasaba. Gozaba de las delicias de una abundancia que nunca había presumido en sus perspectivas gastronómicas de perro. El criado me dijo que había comido tanto, tanto y tanto, con tal ansia y tanta gula, que al acabar se había tumbado a su lado, sin energía para moverse. Fué necesario llevarlo en brazos para encerrarlo donde yo le había dicho.

— ¡Y mire que entonces ya pesaba! — agregó. — ¡Tenía la tripa bien llena!... Aquel bicho nunca había visto comida...

Cuando lo visité y él me saludó sólo con un ojo abierto, mi ánimo no quedó mejor impresionado acerca de sus excelencias de perdiguero.

— ¡El *Mala sombra!* ¡Eh, perro!...

Le silbé moderadamente para despertarlo, pero en vano. Hasta cerró el ojo que había abierto antes, y no dió más señal de sí. No era un perro muerto, porque respiraba rítmicamente, enroscado sobre sí; pero era un animal al que la comida había trastornado a causa de la debilidad, como suele decir la gente del pueblo, y que siente correr por las venas una sangre deliciosa y substancial.

Las digestiones de comidas copiosas serán estúpidas; pero no por eso dejan de ser inmensamente agradables. Piérdese el sentimiento de la vida intelectual y hasta de la vida afectiva; pero se conserva una especie de conciencia orgánica que si no es noble, es seguramente feliz, sobre todo en los perros hambrientos. Haciendo todas estas altas consideraciones de filósofo en reposo, dejé al animal en sus delicias, y, cerrando la puerta, lo devolví a la benéfica obscuridad.

Al día siguiente, por la mañana, mandé a buscarlo para juzgarlo, a la luz de un amplio día de otoño, en la amplia plazoleta, junto a la casa. Me pareció mejor que en el momento de la llegada. Había comido, había dormido, y tal vez se sintiese feliz. Comenzó a hacerme fiestas, olfateando mis manos y agitando alegre y contento su pequeña cola. Pero toda su familiaridad y reconocimiento fueron para el criado que lo había traído, le había dado de comer y estaba allí a mi lado. Con el egoísmo autoritario de los amos, dije al muchacho que no le hiciese muchas fiestas para que no le reconociese más que a mí. Le encargué que arreglara nueva comida, para dársela yo y obtener por ello sus futuros agradecimientos. Flaqueza de la humana naturaleza; yo quería que *Mala sombra* apreciase sólo mi autoridad en casa, que se ligase sólo conmigo por la comida y por el respeto. Quería hacerle comprender que de mi enorme magnificencia es de donde le venía el sustento, el abrigo y hasta las caricias que pudiese obtener. No fué necesario para ello largo ejercicio; al cabo de tres días ya había comprendido todo, y andaba tras de mí, me olfateaba las piernas, me lamía las manos y, al verme, daba cariñosos y breves ladridos, señales de su satisfacción y de mi benevolencia. Los perros son inteligentes y no son ingratos.

El mayor placer de *Mala sombra*, después de las sopas, ciertamente era verme coger la escopeta. La primera vez estaba yo limpiándola, preparándome para grandes empresas cinegéticas, cuando lo sentí ladrar y saltar a mi alrededor, saliendo y entrando por la puerta que daba a la plazoleta, como convidándome evidentemente a un paseo por los montes vecinos. Fuí dos o tres veces para darle gusto, pero sin esperanzas de encontrar caza. Esos montes, pequeños cerros, son muy frecuentados por personas y animales, y donde cualquier nido de madre imprevisora que vaya a hacerlo allí desaparece a causa de la implacable busca de los golfillos que los destruyen para coger los huevos. Esos paseos no fueron fructíferos, como era de prever; ni un miserable rastro, ni un levantarse de alguna clase de caza importante. Pajarillos, y nada más. *Mala sombra* volvía tristón, y evidentemente desconsolado; a pesar de ello, cuando volvíamos a aquel monte, saltaba, ladraba, lleno de placer y de deseo; revolcábase en el suelo, daba carreras largas, vol-

viendo impaciente hacia mí, llamándome con sus ojillos despiertos. Veíase que le entraba alma nueva, si es lícito hablar de alma a propósito de un perro. Salíale la alegría por el hocico untado de comida, por las orejas despiertas y derechas, por la cola, que agitaba con un inquieto frenesí. Estaba ya un poco mejor de cuerpo, aunque continuaba siendo muy feo — un pelaje áspero, como de gozque ordinario; una cabeza mal hecha y un cuerpo sin gracia, como de vieja que no usa corsé. Pero, atendiendo a este entusiasmo — que sería injusticia desconocer, — por su vida de perdiguero debía ser un artista. Por mi parte, sentí inmensos deseos de verlo parado ante un buen bando de perdices, y de conocer su pericia para levantarlas una por una, si pudiera ser.

En vista de estas buenas promesas de *Mala sombra,* resolví dar algunos paseos más lejos, a sitios donde hubiese caza. Habíame hablado un amigo de un sitio a donde podía yo ir y volver en medio día. Preferí la tarde, porque era más cómodo, ya que no me obligaba a madrugar. El otoño es tranquilo y libre de los ardores del sol, y el mejor tiempo para la caza. Dormida la provinciana siesta, me levanté fresco, como si fuera de madrugada; vestíme en traje de caza, pertrechado de todo lo necesario. Ya en la plazoleta, con el arma al hombro, silbé al perro. Apareció en seguida, vivo y rápido; el glotón venía de la cocina. Lo reconocí agitado en todo su organismo; corría delante de mí por el pedregoso camino; se volvía hacia atrás, como para mirar a lo lejos; saltaba portillos, olfateando por entre los tojos, en un ejercicio de aficionado, pues bien sabía que por allí no había ni media perdiz. Demostraba de todas formas tan grande alegría y entusiasmo, que yo, sonriendo, dije:

— ¡Qué diablo de cachorro, no parece el mismo! Poco más de una semana de comer bien lo transformó. Me parece que el párroco tenía razón en sus alabanzas.

— ¡Vamos allá, *Mala sombra!* — ordenéle en voz alta y clara.

Y él iba y venía, tornaba a ir y volver. Subía cuestas, bajaba hasta el fondo de los arroyos que allá abajo susurraban después de las primeras lluvias otoñales, que habían caído abundantes. Confieso mi vanidad: estaba convencido de que cazaría bien, cosa excepcional, porque nunca fuí buen tirador. Iba gozando de antemano el placer de ver al perro en acecho, levantarse después las perdices apenas daba mi señal, y yo apuntar, disparar, ver caer la pieza y acercárseme a mí en seguida el perdiguero victorioso con ella atravesada en la boca. Aceleré el paso; estaba nervioso e impaciente por llegar al sitio que me habían indicado. Maldeciría a mi suerte si no encontrase aquel día al bando; porque estaba lleno de esperanzas, viendo a *Mala sombra* con excelente disposición.

En realidad, las cosas iban por lo mejor. Serían las cuatro de una tarde inmejorable: el perfil de los cerros, en el azul pálido, daba a este escenario aspecto de suavidad soñada. A pesar del esfuerzo que hacía al subir la cuesta, por donde el perro caminaba cauteloso e interesado, no sufría ninguna opresión ni cansancio. Hasta iba ligero. La idea de encontrar caza me aliviaba del peso de la escopeta, de los cartuchos, del cinturón, de todos los pertrechos. ¡Ojalá que a poco estuviese yo cargado todavía con algunas perdices que hubiese matado!

Pero de repente sentí en mí una sacudida que era alegría y recelo al mismo tiempo. El perro comenzó a rastrear, interesado. Le hablé para enterarlo de mi presencia: «¡Eh, perro!» Y también para infundirle espíritu de prudencia. Me aproximé, atento y esperanzado: «¡Anda, *Mala sombra!* ¡Allá van, perro!» El se agachaba, con el vientre más bajo cada vez. Detúvose un momento mirando hacia adelante, quizá con el fin de *tomar vientos.* ¿Quién me decía que no estuviese él ya viendo a las perdices seguir a pie? «¡Eh, perro! ¡Mucho ojo!», dije, previniéndolo. No parecía el mismo animal hambriento, de pelo feo, derrengado, que yo había recibido pocos días antes. Parecíame elegante, diestro, hasta hermoso. Parado quedó algunos momentos, en actitud de observación fina y cautelosa... Hubo un instante en que volvió lentamente la cabeza, con el fin de cerciorarse de mi presencia. «¡Eh, *Mala sombra!* ¡Mucho ojo!» Dió algunos pasos más, con las narices junto a la tierra, y después se paró en una actitud rígida, la cabeza erguida, los ojos fijos en un punto, la mano derecha en el aire, dejando de menear la cola. Eran las perdices, que estaban más allá de unos tojos, y que él iba a levantar a mi voz de mando. Me acerqué, tomé la posición que me pareció conveniente para poder hacer blanco a gusto, y cuando vi todo favorable, le ordené: «¡Avanza, perro!» Dió una embestida hacia la pequeña mata de carrasco y tojo, de donde se levantó un bando, arrogante, impetuoso, con su ruido característico, al cual llaman *eructo* los cazadores del Norte; pero eructo como si saliera de cien gargantas al mismo tiempo, y que impresiona a los más acostumbrados a oírlo. Echéme rápidamente la escopeta a la cara; apunté, miré y descargué... Las perdices siguieron incólumes, bien unidas, como en columna militar, vuelo amplio y audaz, hasta detenerse en un repliegue del monte y posarse a mi vista, casi en una provocación de desafío.

¡No había caído ninguna! El *Mala sombra,* con su mirada penetrante, exploró la atmósfera transparente, con la esperanza de ir a *coger,* pero en vano. Cumplió se deber, siguiendo con la vista el bando hasta que lo vió posarse, y con una tristeza perceptible me miró. Por mi parte, no estaba menos apenado que él, y sentíame vejado.

¿Sería por la mala calidad de la pólvora? ¿Sería de la imperfección de la carga, ya que no había experimentado la pólvora en esta temporada de las primeras humedades atmosféricas? No era fácil encontrar explicación plausible; podría desquitarme en el segundo vuelo... Las perdices estaban a menos de quince minutos de distancia; nos iríamos de nuevo a vernos las caras con ellas, en la seguridad de encontrarlas. El animal vino a mí, acariciándome, como para convidarme a que prosiguiéramos en la contienda. Volvía la cabeza inteligente hacia el sitio del vuelo, y luego se dirigió para allí, con la intención de suministrarme el fruto de su observación. Substituí los cartuchos — había disparado dos tiros, — echéme la escopeta al hombro con arrogancia y me dirigí al sitio en que la bandada se había posado. Declinaba el sol, la hora era propicia, las circunstancias favorables; porque en esta época las perdices se muestran siempre más flojas después del primer vuelo... Por un acto de enérgica voluntad había calmado mis nervios, sentíame tranquilo para hacer blanco con más seguridad, ya que ahora no tenía duda de la existencia de la caza. Caminé despacio y sin impaciencia para llegar en

las mejores condiciones de descanso. Ahora ya no cabía la disculpa de la primera emoción...

Todo pasó como estaba previsto. A la distancia de cincuenta varas del lugar señalado por mi vista, comenzó el perro a aflojar, a recorrer el terreno con menos libertad. Caminaba con precaución, subyugado por una fuerza interior, sintiendo que cualquier precipitación podría ser nociva. Parecía, mal comparado, una madre cautelosa junto a su hijo cuando duerme y no quiere despertarle. Agachábase, iba con el vientre a rastras; alargaba la cabeza en ciertos momentos; en otros encogíase, como si quisiera no ser visto ni sentido. Las perdices seguían, sin duda, junto a él, esquivaban sus pesquisas, se ocultaban en las retamas ásperas... El hacía pequeños avances, que suspendía en seguida, quedándose inmóvil... Veíase que era un perro maestro; más aún, que era un perro artista en el ejercicio de sus funciones de perdiguero. Por mi parte, estaba satisfechísimo y animado de una alegría nerviosa por el interés que reconocía en mi compañero de ayudarme en mi empeño de cazar. Teniéndolo casi bajo la escopeta, iba animándolo con mi voz más cariñosa; empleaba en las palabras cierto aprecio: «¡Eh, perro! ¡Cuidado, *Mala sombra!* ¡Anda más!» Por fin se detuvo sin ninguna contracción muscular, quedándose como si fuera de piedra. Calculé, y calculé bien, que las perdices se habían detenido agachadas sobre la tierra gris, formando con ella un color tan uniforme, que el ojo más experimentado no podría distinguir el relieve de sus cuerpos. Sólo la excelente nariz de *Mala sombra* podría denunciarlas. Yo estaba quieto; la escopeta, preparada, dispuesta para apuntar, latiéndome el corazón con cierto desasosiego; la respiración, más corta. El perro era seguro; dió tiempo a que yo me preparara con toda tranquilidad para mirar bien y a que no se repitiese la puntería errada de la otra vez. «¡A ver, *Mala sombra!*», le dije con cariño. Estuvo aún quieto unos momentos; acercóse después algunos pasos más, y las perdices se levantaron de repente, con ruido, siguiendo en el aire límpido y despejado un vuelo arrogante y casi provocador para mi pericia. Aves jóvenes e inexpertas formaban casi un bloque; muy torpe sería yo si un tiro no matara más que una. Apunté, fijéme, disparé casi al mismo tiempo con los dos caños. La humareda de la pólvora me encubrió por un momento lo que pasaba en la atmósfera amplia; pero apenas vi claro, reconocí que el bando iba intacto, todas las perdices arrogantes, en un impulso sereno, burlón para mí, y rápidas como piedras despedidas por hondero romano... Posáronse tranquilamente en la ladera de enfrente, a mi vista, y no lejos, en un sitio de tojo nuevo, casi rastrero y de poca defensa. Me quedé triste y fastidiado, avergonzado delante del perro, que había avanzado con la cabeza indagadora en el aire, esperando seguramente que iría a experimentar con su boca golosa la sensación suave de las plumas del ave muerta. Mi disgusto y humillación era tal, que tuve la idea absurda de que el eructar de las perdices en aquel vuelo había tenido algo de provocativo para mi impericia. *Mala sombra*, apenas se pararon las aves, volvió junto a mí, aunque menos contento y festejador que la primera vez. Parecióme que me había mirado con cierto desdén, interrogativo y severo. No me admiro de que fuese así, atendiendo a que era el segundo fracaso de mi puntería, repetido en menos de media hora. Soporté casi avergonzado aquella mirada del perdiguero; encontré merecido el desprecio, y ya no me atrevía a mandarlo con la supremacía del amo. Acariciélo, pasándole la mano por la cabeza, como pidiéndole que me dispensase de no concurrir para que fuese coronado de buen éxito su trabajo primoroso de perro inteligente y de buen olfato. No sé si *Mala sombra* recibiría satisfecho estas disculpas, tal vez insuficientes. Me pareció que no estaba contento. Menos expansivo y cariñoso sí lo encontré; pero no sé lo que pasaría en su conciencia de perro. Si pudiese articular palabras, su discurso no sería lisonjero para mí.

METÍ de nuevo cartuchos. Me pareció que *Mala sombra* no dió a este acto la importancia acostumbrada, y hasta que lo recibió con indiferencia o desconfianza. Por eso me eché al hombro con ímpetu, y quizá con mal humor, la escopeta. A paso largo dirigíme hacia el sitio en que se habían posado las perdices. El perro iba delante de mí, con evidente falta de entusiasmo y de gusto. Llegados al bando, no tardó mucho en pararse el perro, asegurándose antes de mi proximidad. Interpreté esta mirada como un nuevo aviso, tal vez como cartel de desafío a mi escopeta. Como el sol me daba aquí de frente, le avisé, con una voz de atención, que iba a cambiar de lugar, para ver si me salía mejor la caza.

Conocí que me había comprendido, porque se mantuvo quieto, en actitud vigilante. La tarde estaba de una amenidad deliciosa; el sol parecía en el horizonte una gran yema de huevo, fluctuando en un líquido blanco, levemente opaco.

En el claro en que se habían posado las perdices no encontraba impedimento a la vista; pero, al fondo, un macizo de citisos y tojo marcaba una mancha obscura, sobre la cual podría esfumarse el perfil de las aves cuando levantaran el vuelo. Para verlas salir en una atmósfera límpida, me moví un poco hacia la derecha, y *Mala sombra*, con el hocico dirigido hacia ellas, esperó quieto a que yo escogiese la posición que más me convenía. Las perdices, inconscientes del peligro que las amenazaba, y cansadas seguramente de dos vuelos seguidos, parecían algo perezosas. Quizá en un momento dado se apartaron a pie, porque el perro, siempre cauteloso, fué acompañándolas con un paso menudo y calculado. Por mi parte, dispuesto ya y con el ánimo seguro para hacer de nuevo puntería, me acerqué, incitando al perdiguero con palabras suaves de recelo. De no ser que la pólvora me hiciese traición, el tiro o los tiros que disparase debían ser más afortunados, si bien los dos desengaños anteriores justificarían cualquier temor. Sin embargo, con la seguridad que cabe en las cosas humanas, la ventura debía correr mejor la tercera vez. Estaba seriamente empeñado en afirmar ante la conciencia del perro mi reputación de cazador. Cuando *Mala sombra* se detuvo de nuevo, parecióme que las perdices se habían vuelto a posar en tierra, en una defensa pertinaz e insistente. Había ante mí un pequeño pino aislado, que en el árido paisaje se levantaba como centinela que me vigilase. Me fijé en él, en una especie de sueño, mientras *Mala sombra* se preparaba. Reconociendo después, por una mirada oblicua del perro, que tenía las perdices casi debajo de su nariz, dile la voz: «¡Anda, perro!»

Avanzó de un golpe enérgico, más enérgico que

los anteriores. ¡Su paciencia se había agotado, pobre animal!... El vuelo fué, como el segundo, rápido y arrogante. En un desafío manifiesto, las perdices se levantaron exponiéndose a mi tercer ataque. Apunté, descargué... y ellas siguieron incólumes una vez más, en vuelo triunfante, sin que flotase en el aire ni siquiera una mísera y leve pluma, atestiguando que algún perdigón las había alcanzado.

Me quedé atontado, como estatua de jalea. Nunca se había manifestado tanto como esta vez a mi propio espíritu mi inferioridad de cazador. No buscaba disculpa ni explicaciones, porque no podía haberlas. Las perdices se habían levantado hermosamente, en un amplio y franco vuelo, en una atmósfera limpia de árboles y de una tranquilidad otoñal. Como eran jóvenes y la temperatura las enervase, podían sentirse cansadas, pues habían salido despacio, inclinándose hacia la derecha. Habíanse presentado de través, de modo que yo pude mirarlas a gusto. Víctimas indefensas, sujetábanse así a mi crueldad reflexiva, crueldad ineficaz, porque ellas cruzaron la amplitud infinita como un paseo aéreo El *eructo* sarcástico de una de las viejas fué la señal de alarma a las inocentes hijas, que no se mostraron apresuradas, ni recelosas, sino más bien indolentes en la defensa. Sentíme verdaderamente corrido; mi conciencia se burlaba de mí.

¿Y el pobre *Mala sombra*, que tanto trabajo se había tomado en prepararse este desquite? Su pericia había sido inútil, frustrados sus deseos de ir a coger una pieza de caza, que habría traído lleno de júbilo a mi mano... Parecíame más apesadumbrado que yo mismo. Luego que su mirada penetrante y fina no vió caer ninguna perdiz, se volvió hacia mí interrogándome. ¡Qué ironía cruel percibí en esa mirada afrentosa! Estaba allí el representante externo y público de la inmanente justicia. Su delgado cuerpo, destacándose nítidamente en el azul glorioso del cielo, sobre una pequeña colina, semejaba una gran multitud de hombres que me acusasen burlones. Llamélo con voz cariñosa; pero él no se movió. Si supiera dar, y diese, una carcajada de desprecio, la habría soportado resignado en aquel momento. Volví a llamarlo con más energía mostrándole en el tono de la voz mi autoridad de amo: «¡Aquí, *Mala sombra!* ¡Ven aquí!» Quedóse quieto e impávido, en la misma posición... Ni las primeras palabras, cariñosas, ni las segundas, imperativas, despertaron en su ánimo la menor impresión de obediencia. Me miraba fijamente, rumiando, al parecer, cualquier procedimiento que me estaba prohibido adivinar. Estuve así, indeciso, cosa de dos minutos. Comprendiendo, por su indiferencia, que me desobedecía, caminé arrogante hacia él, como si fuera a castigarlo. ¿Tendría fuerza moral para tanto? Tal vez no. Él, que al oír mi llamamiento lo había despreciado, cuando vió que me dirigía a donde él estaba, bajó la cabeza, metió el rabo entre las piernas y empezó a apartarse, receloso. Seguí llamándolo una y muchas veces; pero él huía monte abajo, sin darme oídos. Gritéle:

«¡Aquí, *Mala sombra!* ¡Aquí en seguida!...» Me cansé de silbarlo con energía, dando silbidos agudos, con dos dedos metidos en la boca; pero él se alejaba cada vez con más prisa. Trepó a la ladera de enfrente, paróse en lo alto, volviendo la cabeza hacia mí, desapareciendo después y dejándome aislado en medio del monte, solo, con mi escopeta inútil. Comprendí aquel supremo castigo. ¿Para qué había de quedarse? Un nuevo vuelo no daría mejor resultado que los precedentes. Era innecesaria su habilidad empleada en la busca de la caza. Yo, en conciencia, hallé acertado su juicio. Pero mi dignidad de hombre sentíase ofendida, y prometí allí mismo que en llegando a casa le castigaría severamente.

¿A casa?... Cuando entré allí, ya de noche, no me dieron noticias de *Mala sombra*. Silbé, lo busqué en el cuarto en que dormía, en la cocina, en donde era asiduo, pero no lo encontré. Comprendí toda la grandeza y abnegación de tal procedimiento. Ni la buena comida, ni el buen tratamiento, lo detuvieron en una casa donde su talento de artista era inútil. Y aprecié aun mejor esa elevación de carácter cuando, tres días después, recibí una tarjeta del párroco, en que me decía: «¿Qué diablos ha hecho usted al perro que se me apareció aquí ayer por la mañana? ¿Le ha dado alguna paliza por desobediente? ¿Quiere que vuelva a mandárselo?» «Ni una cosa ni otra — respondí. — El perro es desconfiado, y no se llevaba bien con los otros que tengo aquí. Ya hablaremos.»

Y cometí la suprema bajeza de no explicar a mi amigo las cosas cómo habían pasado. Le di como disculpa que no me gustaba el animal, porque era muy feo; que no me avenía bien con él, y que se lo restituyese a su primitivo dueño. ¡Además de culpado, fuí embustero y calumniador! Es que tuve vergüenza de aparecer otra vez ante *Mala sombra;* tuve miedo de que hablase.

El hombre civilizado es una amalgama de cobardías morales.



DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA

Trasgos y botones

Por Miguel de Unamuno

En mi reciente excursión por Asturias he tenido ocasión de conocer un libro muy curioso. Se titula «Del folklore asturiano; mitos, supersticiones y costumbres». Su autor es Aurelio de Llano Roza de Ampudia, C. de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, Delegado regio de Bellas Artes de la provincia de Oviedo. Lleva un prólogo de R. Menéndez Pidal, el tan conocido filólogo.

El señor Llano Roza de Ampudia, que ha recorrido toda Asturias a pie recogiendo curiosísimas noticias y los últimos restos de costumbres y dichos que desaparecen, se pica de exactitud científica. Nos da cuenta de la persona de quien oyó un relato o un dicho o un cantar, de su edad, del concejo a que pertenecía y hasta del día en que se lo oyó. Así, por ejemplo: «Me recitó estos versos en Folgueras, pueblo de la montaña del concejo de Riosa, el 24 de octubre de 1921, Pedro Villoría, de 71 años». Hora era ya de que nuestros investigadores se hicieran a estos hábitos de exactitud y regularidad técnicas en que son maestros los eruditos alemanes. Que no se diga, como se ha dicho, que del español no cabe fiarse porque no conoce los métodos rigurosos de la inquisición o enquisa — no encuesta — histórica y que procede por *a peu prés*, por poco más o menos y a la buena de Dios.



En la sección de mitos populares el autor estudia el Nubern, las Xanas, el Cuélebre, la Sirena, el Trasgu, el Diablo Burlón, la Güestia y las Brujas. No ha omitido diligencia para averiguar todas las particularidades de esos entes misteriosos, regocijados y burlones algunos de ellos. Porque la concepción popular asturiana — y aun de otros pueblos españoles — de ese mundo de más allá es una concepción humorística. Los pobladores del mundo extranatural son camarrupas que diría un teósofo. Y uno de los más humorados y burlones es el Trasgo.

Del Trasgo, especie de duende muy parecido al Kobold germánico, nos dice el señor Llano Roza de Ampudia que «es de figura diminuta y simpática, viste de blusa de bayeta colorada y cubre su cabeza con un gorro del mismo color». Y en seguida añade el concienzudo autor: «Nadie se ha fijado si gasta o no pantalones y si anda calzado o descalzo». ¡Lastima grande!, digo yo.

Nos parece que debería organizarse una batida de trasgos por toda Asturias al objeto de averiguar si gastan o no pantalones y si andan descalzos o calzados. Pero como acaso escaparan a la presa de nuestra policía científica, sería mejor someter a un más riguroso interrogatorio a los que han visto y ven a los trasgos, pues en cuanto se les apurase un poco declararían ese y otros particulares. No se puede consentir que las personas a quienes se aparecen esos seres extranaturales mantengan secreto alguno respecto a la indumentaria de éstos. Porque más bien que el que nadie se haya fijado en si los trasgos gastan o no pantalones y andan calzados o descalzos, es de suponer que por algún motivo lamentable no han querido declarárselo al señor Llano Roza de Ampudia los por éste interrogados y enquisados.

Habría, además, que clasificar los trasgos, porque debe de haber clases entre esos duendecillos. Y en punto a clasificación es notable el libro de que hablamos. Donde describe el antiguo traje asturiano — que va desapareciendo — al llegar a los botones del calzón, botones «pendientes de cada pernil por medio de una cadenita», nos dice que son de cuatro clases: «De «filigrana»: Botones de filigrana — embutidos en acero — ¿cómo quieres que te olvide, — siendo tú el amor primero? Estos botones tienen el busto de Isabel II. — De «San Fernando»: llamados así porque tienen el busto del santo. — «Coleteros»: los que tienen un «asa» en vez de cadenilla; éstos son ordinarios. — Y por último, los llamados «tarabicos», construídos en casa con hilo y estaquillas de madera; los más preferidos han sido los de filigrana». Aquí hay un (1) y al pie una nota — en la página 157 del libro — que dice así: «Esta es la primera vez que se describe la clasificación de los botones. Me la dió a conocer el 22 de agosto de 1920, delante de la iglesia parroquial de Libardón, concejo de Colunga, el vecino de la misma Manuel Alonso González, de 91 años».

Menos mal que ya que don Aurelio de Llano Roza de Ampudia no ha logrado inquirir de los que han visto a los trasgos si éstos gastan o no pantalones y andan calzados o descalzos, ha conseguido que un anciano de 91 años, cargado de experiencia, le diera la clasificación de los botones del antiguo calzón asturiano! Clasificación no tan complicada como la de las enseñas, galones y estrellas, y también botones, de los uniformes militares. Si don Aurelio no se encuentra con ese anciano de 91 años el 22 de agosto de 1920 delante de la iglesia parroquial de Libardón, concejo de Colunga, en la ciencia española se habría perdido irremisiblemente la clasificación de los botones del calzón asturiano. ¡Y lo que habría dicho la severa ciencia germánica!

Como al contarle un aldeano a don Aurelio un incidente cómico-macabro ocurrido en el velorio de un muerto, le dijera el investigador folklórico que era poco serio, el aldeano le replicó: «¿Dice usted que es poco serio? Si no fueran estas cosas, ¿con qué nos íbamos a entretener en estas montañas?» Apliquemos el cuento a la investigación científico-folklórica. Si no nos preocupásemos de si los trasgos gastan o no pantalones y calzado y de la clasificación de los botones, ¿con qué íbamos a entretenernos en esta soledad civil? Además de que estos métodos de investigación por riguroso inventario nos educan para su aplicación a más trascendentales estudios. Pero ¿que es lo serio? ¿Son ángeles del Señor o son trasgos del supremo Empresario del gran Sainete del Universo los que rigen los destinos humanos?

Página Infantil

Ana María Cenoz Tarradella



Stella Maris M[illegible]



María Argentina Torre



ARROYO MALDONADO

ÓLEO DE CARLOS DELGADO ROUSTÁN



Maguire - O'Farrell
EN LA IGLESIA DEL SALVADOR



Nougués - Herrera Vegas
EN LA BASÍLICA DE LA MERCED

Enlaces



Landaburu - Warren Cabral
EN SU RESIDENCIA DE BELGRANO

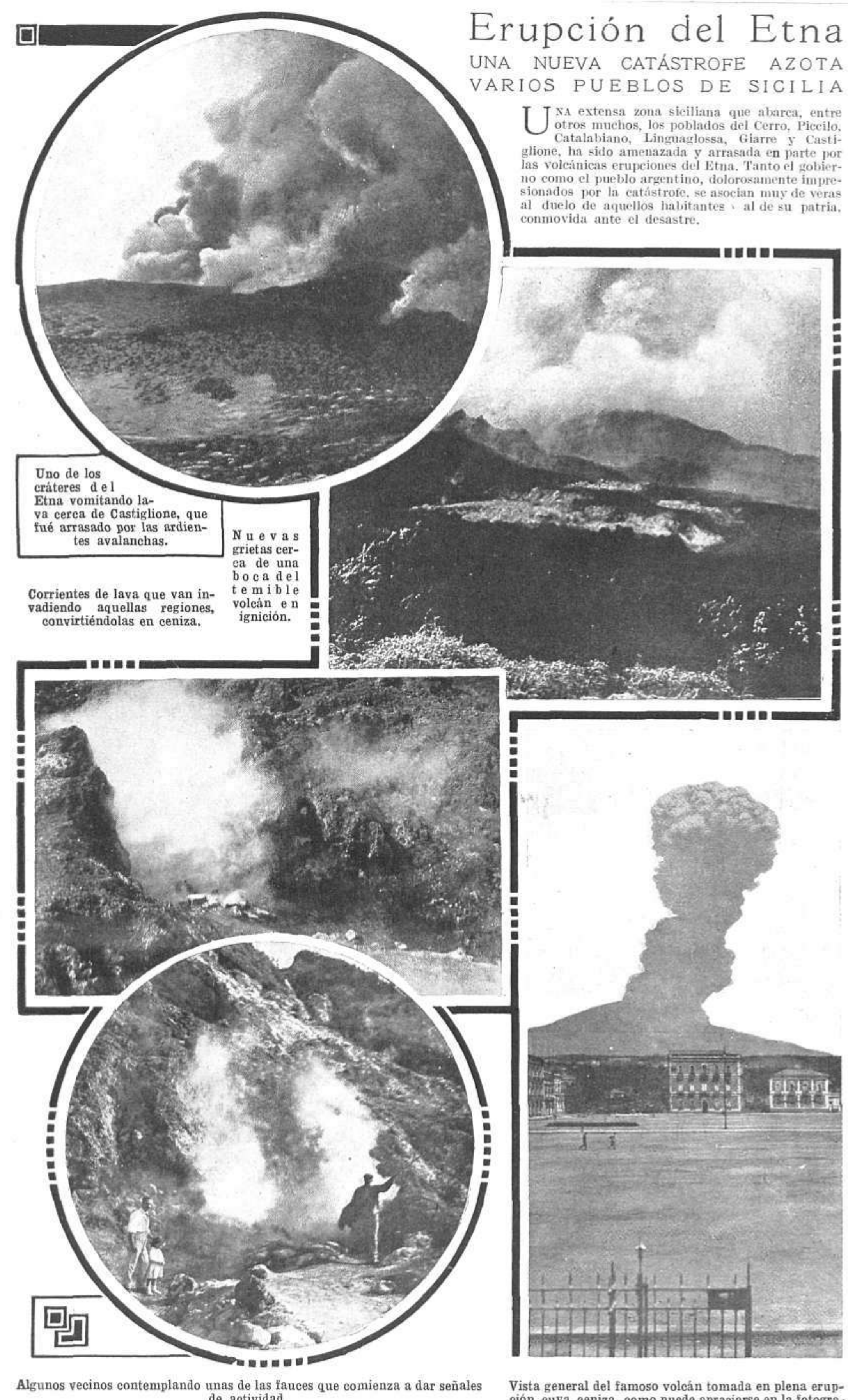


Recagno Schliepper - Bruno Ramayón
EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA

Erupción del Etna

UNA NUEVA CATÁSTROFE AZOTA VARIOS PUEBLOS DE SICILIA

Una extensa zona siciliana que abarca, entre otros muchos, los poblados del Cerro, Piccilo, Catalabiano, Linguaglossa, Giarre y Castiglione, ha sido amenazada y arrasada en parte por las volcánicas erupciones del Etna. Tanto el gobierno como el pueblo argentino, dolorosamente impresionados por la catástrofe, se asocian muy de veras al duelo de aquellos habitantes y al de su patria, conmovida ante el desastre.



Uno de los cráteres del Etna vomitando lava cerca de Castiglione, que fué arrasado por las ardientes avalanchas.

Nuevas grietas cerca de una boca del temible volcán en ignición.

Corrientes de lava que van invadiendo aquellas regiones, convirtiéndolas en ceniza.

Algunos vecinos contemplando unas de las fauces que comienza a dar señales de actividad.

Vista general del famoso volcán tomada en plena erupción cuya ceniza, como puede apreciarse en la fotografía, es la que calcina aquellas florecientes poblaciones.

CARAS y CARETAS en los MINISTERIOS

CON el MINISTRO de OBRAS PÚBLICAS

Doctor

EUFRASIO LOZA



La obra pública es la forma más tangible y elocuente en que se exterioriza la influencia benéfica del Estado; es el testimonio que no consigue destruir la pasión política y que, perpetuándose en el tiempo, se encarga de hablar a las generaciones venideras del gobernante que, rindiendo a su Patria el homenaje de su amor, señaló su paso, con su acción eficiente y ponderable, que perdura como una enseñanza y un ejemplo, para los que vengan en pos de él a cumplir la abnegada y honrosa tarea de presidir los destinos del país.

Buenos Aires, 12 de abril de 1923.



DESDE el punto de vista de las obras públicas — me dice el doctor Loza — nuestro país está por hacer. Somos exigidos por la crítica de aquellos que vienen del continente europeo a darles las mismas facilidades, en sesenta años de vida organizada, que las que poseen las viejas naciones, donde ya hace siglos que sirven de entretenimiento al artista y al obrero y al hombre de buena voluntad. El siglo mismo en que vivimos, donde la comodidad ha sido y es una finalidad manifiesta de la civilización, fuerza a intensificar la labor de un ministro de mi ramo.

Y hay otras razones más inmediatas que las del confort semejante que los contemporáneos esperan hallar en un rincón de Suiza la atildada y en la latitud de los lagos del Neuquén, por fijar una latitud nuestra. Es una razón de argentinidad, de patria. El gobierno está en el deber de poseer, con las formas disciplinadas del progreso, la extensa tierra que va desde la Quiaca al polo. El riel debe unir ese cuerpo de gigante. Debe ser la vena que lleve la sangre de la fuerza argentina en toda su largura. Y ese riel debe alcanzar y detenerse recién en las fronteras que no cercenan sino que prolongan en los países vecinos el prestigio de las industrias de nuestro trabajo. El plan de los Ferrocarriles del Estado, al que presta su competencia y su entusiasmo un *pioneer* americano de valía, don Domingo Fernández Beschtedt, tiene esa intención, y todos los que sueñan con una gran Argentina no podrán negarlo.

— ¿Posee el señor ministro algún proyecto de ley ante el Congreso que quisiera darle una preferencia y señalármelo?

— Sí. Este Ministerio de mano de obra y de materiales necesita, como toda casa de comercio, una contabilidad — haber y debe — clara, precisa. Y no la tenemos mientras el presupuesto, que es la ley de contabilidad y de fondo de la nación, no sea votada en su hora. Es decir, antes de comenzar el año en que estará en vigencia. ¡Si supiera el país las sumas de dinero que pierde, las obras que se malogran y resienten por cada hora que se retarda el presupuesto!... Es necesario que la pasión política no alcance jamás con sus chicanas una ley de necesidad nacional como ésta.

Y el doctor Loza, al escribir el autógrafo que reproducimos, recuerda que es honesto servir a su patria, pero hay que servirla bien o no servirla.

A R G U S

EL ARRIESGADO CAZADOR EUROPEO EN MEDIO DE SUS DOS PRECIADAS PRESAS SE TONIFICA CON UN TRAGO DE RECONFORTANTE BEBIDA.

EN EL CORAZÓN DE AFRICA

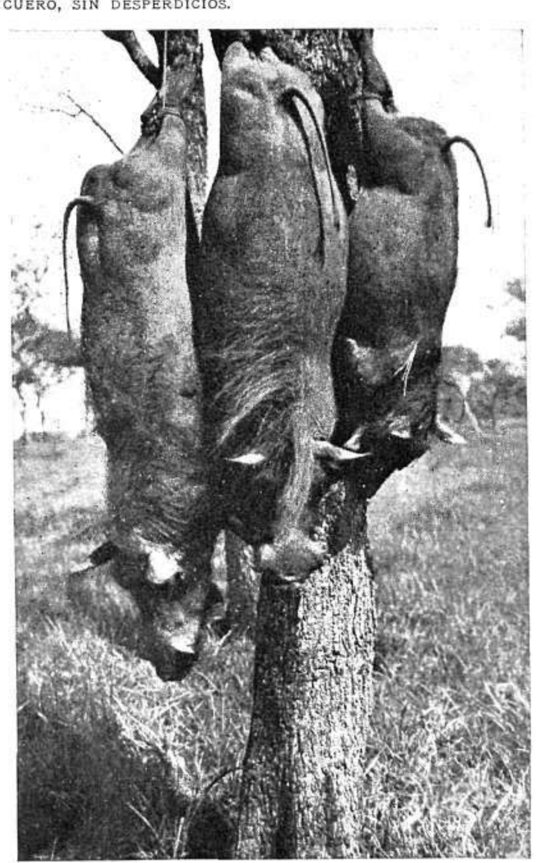
ADMIRABLES ESCENAS DE UNA CACERIA DE FIERAS

HE AQUÍ LA VERA EFIGIE DE UNO DE LOS MÁS HERMOSOS Y CARACTERIZADOS PERSONAJES DE LA TRIBU DE NEGROS WASCHASCHI: ¡EL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS!

¡BANQUETE EN PERSPECTIVA! LOS NEGROS INDÍGENAS HAN CAZADO UNA JIRAFA Y SE DISPONEN TRIUNFALMENTE PARA APROVECHARSE DE LA CARNE Y DEL CUERO, SIN DESPERDICIOS.



«MÍSTER KADUTU», EL SULTÁN DE LOS WASCHASCHI, POSANDO CON LA DEBIDA DIGNIDAD ANTE EL OBJETIVO FOTOGRÁFICO EN COMPAÑÍA DE SU JEFE DE GOBIERNO Y MINISTRO DE LA GUERRA.



TRES JABALÍES, DESPUÉS DE HABER SIDO CAZADOS, SON COLGADOS ESTRATÉGICAMENTE DE UN ÁRBOL DE MODO QUE DURANTE LA NOCHE NO LOS ALCANCEN LOS CHACALES NI LAS HIENAS.

UN LEONCITO QUE, EN PLENA JUVENTUD Y COMO ENTRENAMIENTO PARA FUTUROS DEGÜE-LLOS, HIZO PRESA EN UN CHANCHO SALVAJE Y SE DISPONE A DEVORARLO.

LO MÁS SUCULENTO DE LA JIRAFA SON LOS JAMONES, QUE LOS NATIVOS CONSERVAN ADMIRABLEMENTE EN SAL; Y ES POR ELLO QUE LE DEDICAN A ESE ANIMAL TODA CLASE DE CUIDADOS PARA NO DESPERDICIAR NADA, UNA VEZ QUE CAE EN SU PODER.

DOS BUENOS AMIGOS QUE VIVEN EN PAZ Y LIBREMENTE POR LOS DOMINIOS DEL SULTÁN: UN RINOCERONTE Y UN MONO DE LA FAMILIA DE LOS COLOBUS, CUYA AMISTAD, COMO SE VE, ES BASTANTE ÍNTIMA.

UN LEOPARDO GIGANTESCO QUE FUÉ CAZADO POR UN NEGRO DEBIDO A SU MARAVILLOSA HABILIDAD. EL MORTAL FLECHAZO QUE MATÓ AL FEROZ ANIMAL CONMOVIÓ A TODA LA TRIBU.



«LUCIDO» ASPECTO DE LA RECEPCIÓN ORGANIZADA EN HONOR DEL «INSIGNE» CAZADOR DEL LEOPARDO, QUIEN FUÉ PROCLAMADO HÉROE «NACIONAL». VÉASELE EN EL CENTRO DEL GRUPO MODESTAMENTE TOCADO CON LA PIEL DE LA FIERA.

Fotos enviadas por nuestro Corresponsal.

NOTAS GRAFICAS DE ROSARIO

Reunión social en el Hipódromo Independencia



Señoritas Casas, Puccio y Cafferata paseando por el "paddock".



Señoras Argonz, Artiaga de Masot, Romano y Morando.



El presidente del Jockey Club, señor Ernesto Cabrera, su señora y el doctor Maidagan.



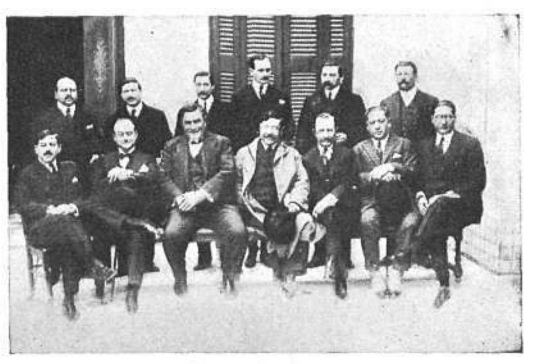
Señoritas María Valdez, Yolanda Mármol y Somoza.



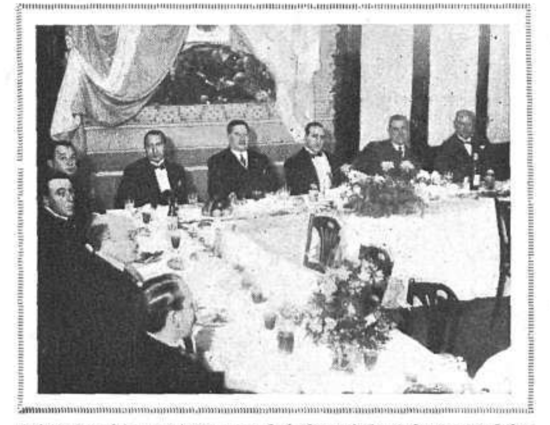
Señoritas Aleida Moglia, María Coll y Nidia Ferreyra.



Demostración en honor del cónsul de Francia, señor Mathess, con motivo de su viaje a Europa, que le fué ofrecida en el Club Francés.



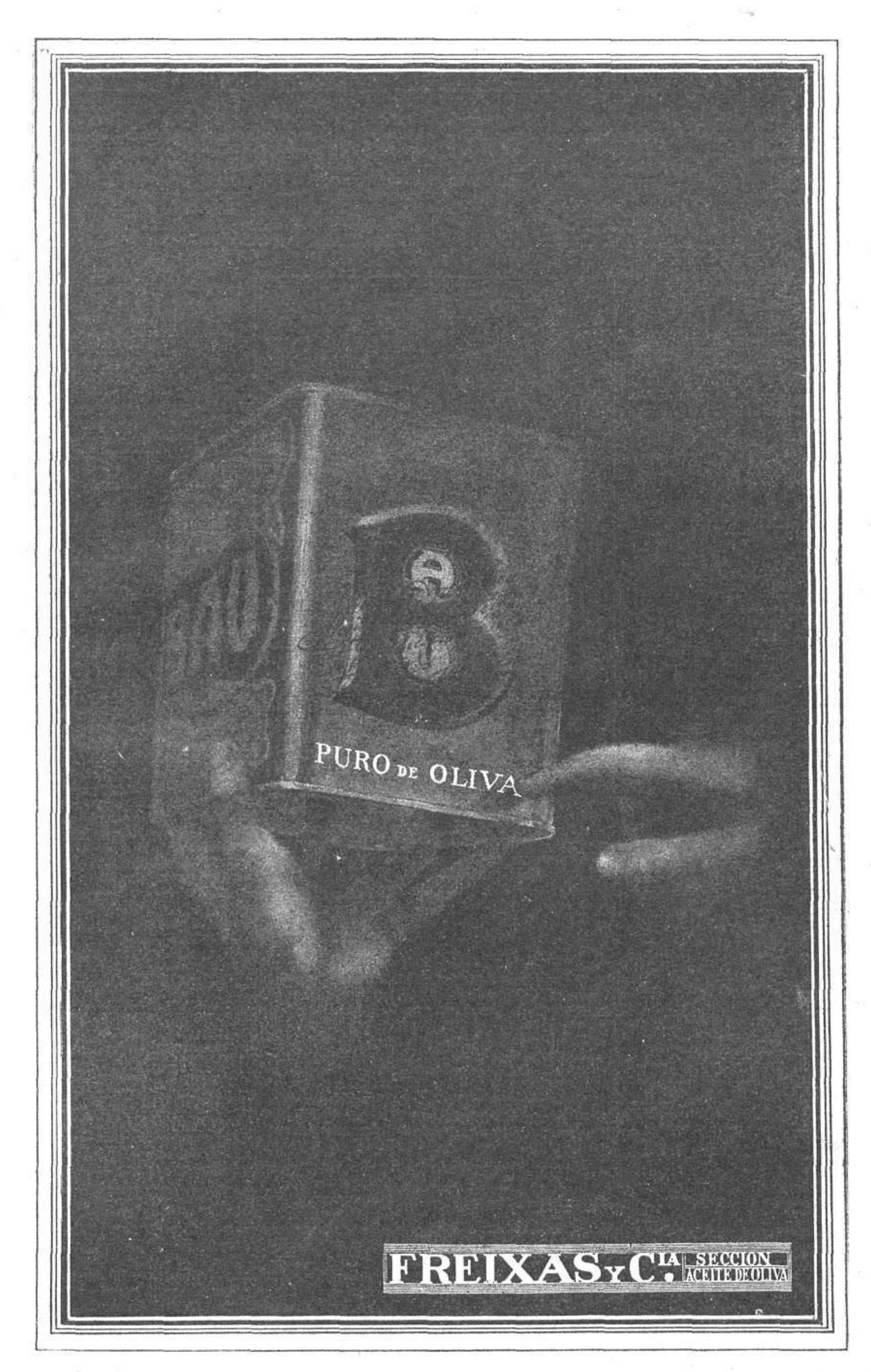
Destacadas figuras del Partido Radical santafesino que celebraron una importante reunión política para tratar de la unificación.



Asistentes al banquete con que fué obsequiado el doctor Cardillac por haber sido nombrado vicecónsul en el Uruguay.



Familias que concurrieron a la recepción dada por la señora del cónsul de Italia en obsequio de sus amistades.


PURO DE OLIVA
FREIXAS Y C.IA
SECCION ACEITE DE OLIVA

IMPERMEABILIDAD DEL CALZADO. — Nadie ignora que la lluvia y la nieve, sobre todo, endurecen el cuero cuando se seca. Existe una receta sumamente útil para conservar la flexibilidad y la impermeabilidad del calzado. Basta mezclar y hacer cocer en un puchero de barro:

Sebo de carnero..........	50 gramos
Cera amarilla............	40 »
Resina....................	10 »

Se retira el líquido del fuego y se añade poco a poco, moviendo la mezcla hasta su completo enfriamiento, medio litro de aceite de granos de amapola. La mezcla que se consigue forma una pasta que se extiende y se hace penetrar en el cuero, bien seco, por medio de una muñequilla.

Precaución: cerrar herméticamente el cacharro con el fin de evitar el contacto con el aire.

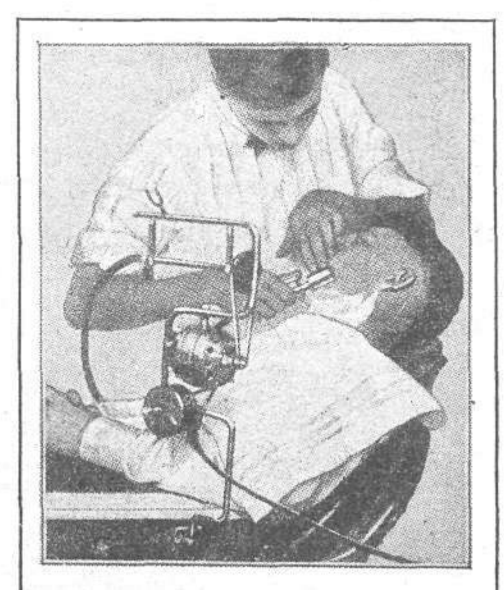
PARA QUITAR AL VINO SU MAL GUSTO. — Se prepara primero otro tonel y se lava en agua corriente mezclada con ácido sulfúrico, en la proporción de 1 kilogramo de ácido por 20 litros de agua. Entonces se trasvasa el vino al tonel y se le añaden 500 gramos de aceite de olivas fresco. El tonel bien tapado se hace rodar rápidamente y se deja posar. Y ya no hay más que sacar vino, el cual ha adquirido su buen gusto.

MEDIO FÁCIL DE AGUJEREAR EL HIERRO. — Se empieza por moldear una barra de azufre al cual se le da la forma que debe tener el agujero, lo cual es muy fácil por que el azufre funde y se moldea fácilmente. Se caldea el hierro al rojo blanco, luego se apoya en el sitio que se quiere agujerear, donde entra, hablando con propiedad, como en la manteca: el agujero tiene exactamente la forma de la barra.

Este procedimiento está basado en la afinidad del hierro para el azufre; el metal se cambia en sulfuro inconsistente. Está basado además en la combustión del hierro suficientemente caldeado; en el metal elevado al rojo, basta dirigir un gas de oxígeno para agujerearlo o cortarlo casi instantáneamente. Este último método se emplea, además, industrialmente.

CONOCIMIENTOS DE PEQUEÑECES ÚTILES. — Las manchas de nitrato de plata se quitan usando una solución de cianuro potásico, o si esto inspirase temor, con una solución concentrada de yoduro de potasio, seguido de un lavado con una solución de hiposulfito.

También puede emplearse una solución compuesta de diez gramos de bicloruro de mercurio, diez ídem de cloruro de amoníaco y ochenta ídem de agua destilada.



NAVAJA DE AFEITAR ROTATIVA, QUE AFEITA EN SESENTA SEGUNDOS. — Con esta nueva y original navaja de afeitar rotativa, inventada por S. P. Jones, de Waco, Tejas, una persona puede ser afeitada en 60 segundos, sin riesgo alguno que su cara sea cortada.

Este instrumento funciona por medio de la electricidad, y la navaja de afeitar que está montada dentro de una sección circular que gira a razón de 500 revoluciones por minuto, está formada por dos dobles y afiladas hojas, análogas a las de uso ordinario en las máquinas de afeitar llamadas de seguridad.

La precisa disposición de las hojas, según el inventor, evita todo corte de la piel, aunque el barbero ejerza indebida presión sobre el aparato o la navaja sea movida tanto en sentido longitudinal como llevada en un movimiento circular semejante al practicado con la brocha de enjabonar. La rasuración de la barba es uniforme, puesto que el aparato funciona exclusivamente por la exactitud de su combinado mecanismo y no por la presión que pueda ejercerse sobre el mismo, al ser colocado sobre el rostro del cliente.

Un constante control es establecido apretando con el dedo pulgar el botón que para este fin ha sido convenientemente dispuesto en tan práctico como novedoso invento.

AFINADURA DE LA SUPERFICIE. — Para desenmohecer partes de hierro se tratan los objetos en cuestión con ácidos dilatados y al mismo tiempo o posteriormente con emulsión acuosa de aceite o grasa. Se prapara, por ejemplo, un baño de 80 kilogramos de agua, 20 de ácido muriático de 30 % y 25 kilogramos de una emulsión de aceite, conteniendo alrededor de 10 % de un aceite mineral. Tal emulsión puede obtenerse mezclando aceite con jabones o substancias que obran como el jabón. En tal caso se colocan las partes de hierro enmohecidas en la mezcla hasta que el moho haya desaparecido. En seguida se secan, y se lavan bien con agua. Por último se ponen al aire para secarlas.

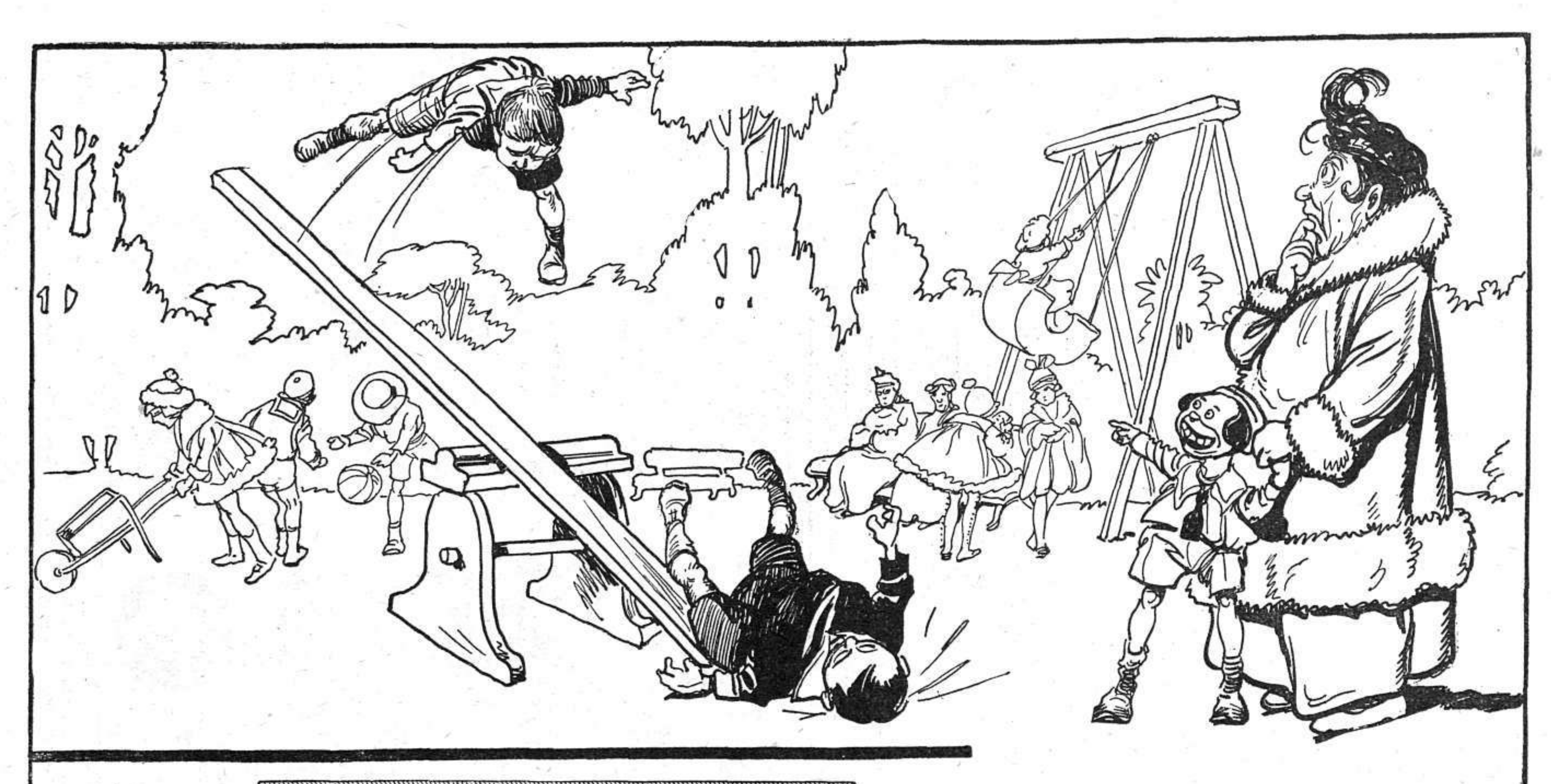
Según otra receta se emplea la electrólisis para desenmohecer el hierro. Viene de Norte América y promete dar buen resultado. Se introduce el objeto en un ácido de fósforo de 10 % agregando un poco de fosfato de bario. Se lo combina con el polo negativo de una corriente y lo electrolizan a 50 ó 70 % de calor. El ácido mencionado tiene la ventaja de no echar a perder el metal, como sucede con otros ácidos inorgánicos, como por ejemplo el ácido sulfúrico o el ácido muriático.

Otro procedimiento nuevo para desenmohecer objetos de hierro o acero consiste en preparar una masa de cinc en un depósito de madera o greda; para este fin se mezcla cinc granado, agua caliente y ácido fosfórico. En el momento de usarlo se le disuelve en agua que hierve. En tal baño, que debe seguir siempre hirviendo, se introducen los objetos, en el cual permanecen durante dos horas formándose entonces una capa firme de cinc. En seguida los objetos se lavan en agua hirviendo, se secan y se cepillan. Para aumentar la solidez de la capa de cinc, se introducen aún los objetos en una solución de parafina y trementina.

PAPEL SECANTE PARA QUITAR MANCHAS DE TINTA. — Para quitar los borrones de tinta que suelen caer en el papel se emplea generalmente el papel secante, primero para absorber la tinta, y si queda mancha se recurre a una sal o substancia que tenga la propiedad de blanquear el papel, como, por ejemplo, la sal de acederas u oxalato de potasa.

Pues bien: una pequeña modificación del método podrá darnos mejores resultados. Se toma cartón secante y se empapa muchas veces en una disolución de oxalato de potasa, y después se deja secar.

Entonces tenemos ya un secante excelente, pues no sólo chupa la tinta sino que, como blanquea el papel al mismo tiempo, la mancha desaparece.



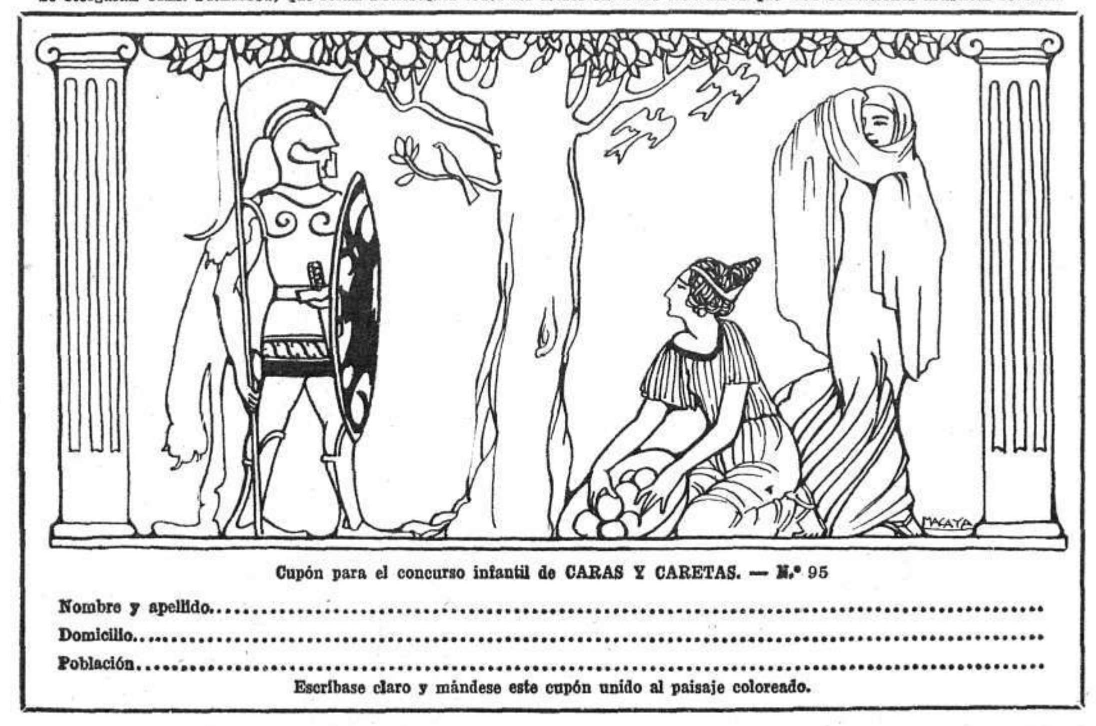
NOTA COMICA DEL **GLAUDA** VERMOUTH ARGENTINO

—¡Mamita! ¡Mira qué lindo! ¡Yo quiero jugar a eso que juega el niño que va por el aire!

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de **CARAS Y CARETAS**. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de **CARAS Y CARETAS**. — N.º 95

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

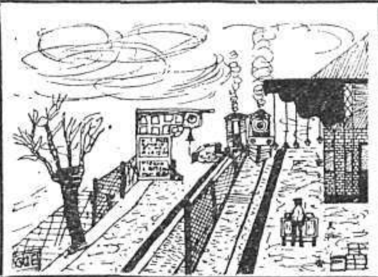




CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



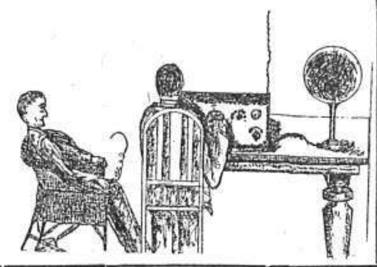
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



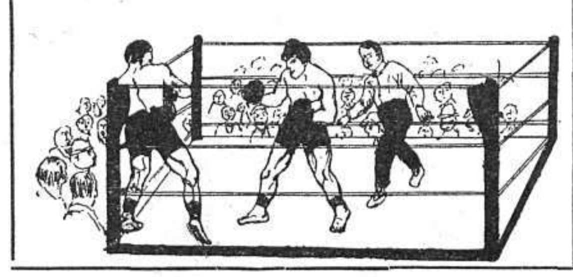
1442 — Una estación del F. C. S.
FRANCISCO MATAS.



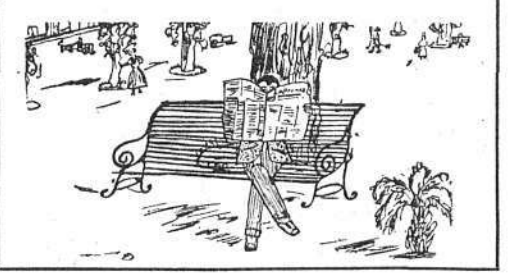
1443 — Una pelea.
ERNESTO A. CORTÁZAR.



1444 — Escuchando un concierto por radiotelefonía.
MARCELO MAUMUS.

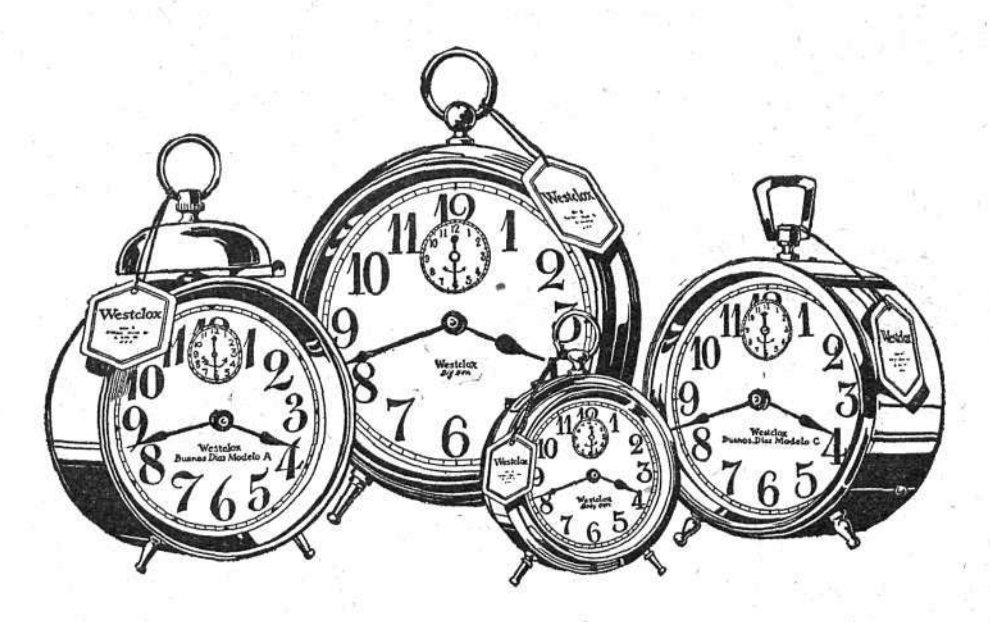


1445 — Firpo-Mc Auliffe.
ANITA SERENI.



1446 — Consultando el periódico.
PABLO H. HERRERA. — Tenerife.

Westclox



Sostener la Reputación

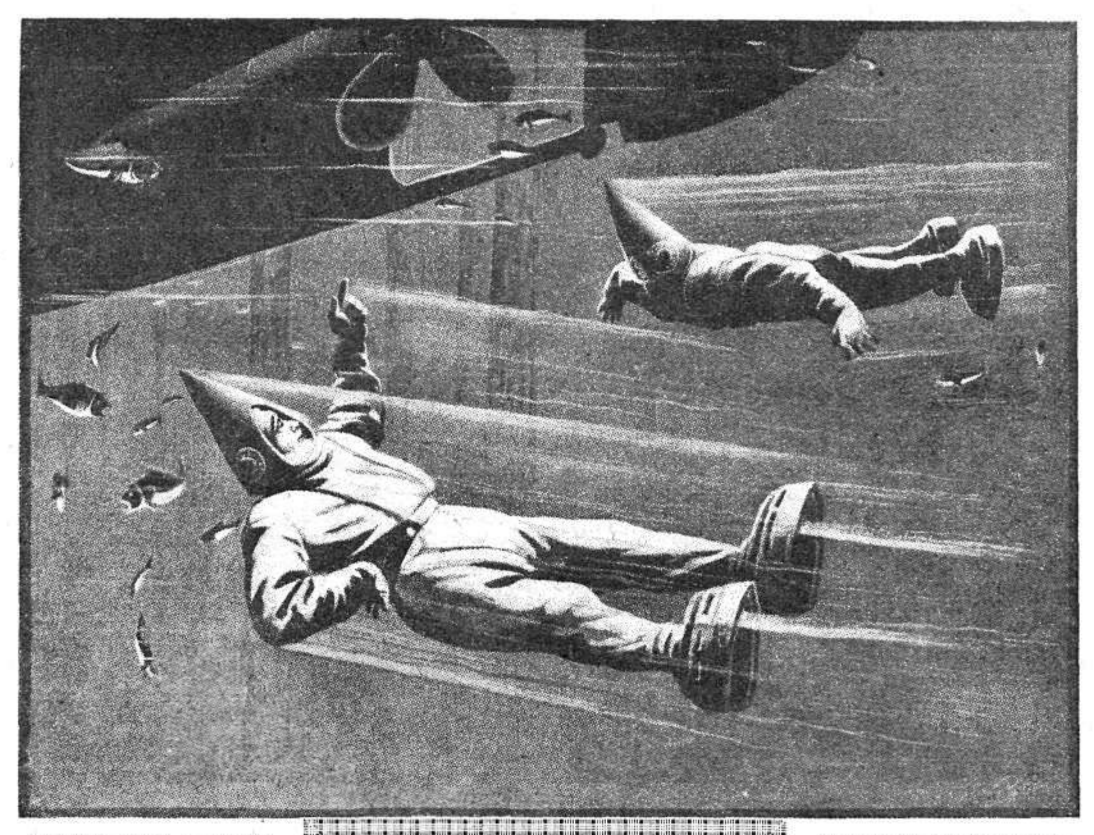
Se necesita coraje para considerar calidad antes de ganancias, especialmente cuando la reputación del artículo ya sea establecida.

Bajando un poquito la norma de calidad que confiere al reloj el derecho de llevar la marca Westclox en su esfera y etiqueta podriamos aumentar nuestra producción y nuestras ganancias.

No se permite ningún aumento en la producción de Westclox hasta que sea posible dedicar a cada reloj la esmerada atención que requiere nuestra alta norma de calidad.

WESTERN CLOCK CO., LA SALLE, ILLINOIS, E. U. A.

Fabricantes de *Westclox*: Big Ben, Baby Ben, Pocket Ben, Glo-Ben, Jack o'Lantern, Buenos Dias (Modelos A, B, C, y D), El Vigia.



NOTA DEL AUTOR. — Un pez cualquiera respira debajo del agua valiéndose de sus branquias, especie de pulmones que eliminan el oxígeno del líquido expeliéndolo luego por las agallas.

Sería, pues, simple materia de imitación fabricar una máquina que realizara exactamente las mismas funciones respiratorias, y entonces el hombre podrá vivir indefinidamente bajo el agua lo mismo que un pez.

LOS SECRETOS DEL DOCTOR HACKENSAW

Por

Clement Fezandié

El doctor Hackensaw y el periodista Silas, con sus escafandras branquio-submarinas, examinan bajo el agua los fondos de un barco "perfectamente hundible".

HOLA, Silas. ¿Qué me dice usted acerca de un viajecito por entre las aguas del río Hudson?

— ¿Por *entre* las aguas? — respondió, riéndose, Silas Rockett.—Usted quiere decir *sobre* las aguas, ¿no?

— Le he dicho a usted, amigo mío, que por entre las aguas, y yo, generalmente, acostumbro a servirme de las palabras precisas para expresar mis pensamientos. Venga, apresúrese. Disfrutará usted de una de mis últimas invenciones.

— Bueno; ya ha conseguido usted preocuparme. ¿De qué se trata, doctor?

— Pues de algo que pudiera llamarse branquias y agallas mecánicas. Usted no ignora, por supuesto, que aunque los peces viven en el agua, no pueden prescindir de la respiración. El aire que necesitan lo extraen del agua misma, ya sea de los arroyos, de los mares, de los ríos o de los estanques; del agua, en fin, corriente o mansa. Coloque usted un pez cualquiera dentro de una cantidad de agua de la cual se haya extraído todo el aire, procedimiento químicamente fácil, y entonces verá usted cómo se *ahoga* el pez, ni más ni menos; cómo muere sofocado por carencia de respiración, igual que una persona privada del aire. Sabido es que en el agua se contiene el aire, lo mismo en las batidas que en las estancadas. En esta última circunstancia el aire se produce en la vegetación; en las corrientes el aire proviene de la atmósfera. Las agallas y las branquias de un pescado, en orgánica combinación, «promueven» aire en el agua y así pueden respirar como nosotros lo hacemos.

Ahora bien; una idea se me había clavado en la cabeza. No hay razón alguna para que dejemos a los peces monopolizar el líquido elemento, paseándose a sus anchas, mientras que nosotros, reyes de la creación — ¿no? — somos incapaces de vivir en las profundidades marinas. Las branquias y sus derivados las agallas constituyen, indudablemente, un complicado y delicado mecanismo, pero yo estoy seguro de que se pueden imitar perfectamente.

— ¡Agallas, branquias artificiales! ¡Oh! Muy sugestivo. Pero usted ¿lo cree posible en la práctica?— exclamó Silas el repórter con manifiesta curiosidad. —¿Quiere usted decir branquias y agallas artificiales que nos permitan respirar dentro del agua?

— Eso he dicho.

— ¡Ah! ¿No se tratará de una fantasía, mi querido doctor?

El aludido plegó y desplegó los labios con un simpático gesto de suficiencia.

— Sí — dijo al fin: — esto se parece a una historia fantástica de los viejos tiempos. Ayer Verne y ahora Wells, ¿no? Sin embargo, no olvidemos que los «cuentos» antiguos son ahora realidades. Usted leyó, sin duda, que se viajaba por el aire en la dirección que se quería. De esto hace más de medio siglo y era verdad ayer como lo es hoy. Anticipaciones. El telescopio fué también «visto» hace algunas generaciones, en tanto que el teléfono preocupaba un siglo antes de su instalación.

En las noches árabes se hace referencia a hombres y mujeres que podían andar por debajo del agua. Pues bien; eso es posible, y de un modo confortable.

— Estoy admirado, doctor. Magnífica teoría... si es práctica. Me gustaría conocer qué ventajas ofrece, por ejemplo, sobre el submarino, que ya nos permite vivir debajo del agua; porque el líquido elemento, en ciertas épocas y regiones, se mantiene demasiado frío para resultar agradable. En cambio, en un *sub* podemos permanecer muy a satisfacción dentro del agua durante días y meses; pero en calidad de «pescado», como usted dice, debe de ser muy incómodo aguantarse más de dos horas.

— Hay algo de verdad en lo que usted acaba de decir — replicó el doctor, — pero dejémonos de digresiones ahora y vamos a dar el paseo acuático, de modo que, sobre el terreno, pueda usted juzgar por sí mismo.

Ya estamos a bordo de mi hermoso yate — exclamó, una vez acomodado, el doctor Hackensaw. —Usted comprenderá que esta precaución de «disfrazarme» en el barco es prudente porque resulta algo difícil vestirse las agallas artificiales en Nueva York y salir así a la calle sin llamar la atención de los transeúntes. Para preservarme de curiosos y mirones yo he mandado construir una especie de cámara interna en mi yate, desde la que yo puedo descender al seno de las aguas a voluntad. Si usted está dispuesto a ser mi compañero acuático, obtendrá extraordinarias experiencias en calidad de pez humano.

Silas Rockett, el repórter, hizo una significativa mueca, y como era hombre que cultivaba los deportes siguió a su amigo escaleras abajo, dispuesto a zambullirse en el agua con tal de asegurarse personalmente del gran invento del doctor.

— Usted se refirió, hace poco, a lo inconfortable del agua fría, Silas; y yo le voy a enseñar ahora cómo podrá usted mantenerse en medio de olas y corrientes a una temperatura media. Todos los animales marinos de sangre caliente, tales como la foca y la ballena, por citar los más conocidos, están protegidos por una espesa y fuerte capa de grasa y carne. Pues bien; yo, en vez de ese manto protector que no me ha regalado la naturaleza, uso un traje aislador que me sirve para igual propósito, y así puedo permanecer en el líquido elemento durante varios días sin experimentar incomodidad alguna. Vea si es flexible, ligero y al mismo tiempo consistente este caparazón artificial o escafandra: está confeccionado con materiales de gran eficiencia y es mejor, mucho mejor, que las armaduras articuladas de los tiempos viejos. A falta del clásico casco tenemos una aguda capucha.

— Pero — inquirió Silas, en tanto se vestía igual que su compañero, — ¿dónde están las agallas y las branquias?

— Están en las suelas de los zapatos — replicó el doctor.—Vea — se puso a explicar: — en orden de poder caminar derecho sobre el agua, los zapatos deberán ser la más pesada porción del vestuario. En uno de estos zapatos especiales coloco el motor que hace trabajar las agallas y en el otro el motor que me impulsa a mí, haciéndome mover con más rapidez que cualquier habitante de estas regiones.

— ¿Y la máquina que hace funcionar la dínamo?

— No utilizo maquinaria alguna, amigo mío. La fuerza la recibo de una estación eléctrica inalámbrica de Nueva York. También he probado con escafandras especiales, flotantes como boyas, y entonces el movimiento de las olas es suficiente para mover mi maquinaria. Puedo, además, hacer trabajar branquias y agallas, que me sustentan del aire necesario, y al mismo tiempo moverme por medio de unos sencillos pedales de bicicleta. También puedo emplear mis brazos y piernas, aunque estas maniobras sólo serían necesarias en caso de accidente o en especiales trabajos en tiempo de guerra.

— Entonces ¿quiere usted decir que su invento es valioso en caso de guerra?

— Ciertamente. Por supuesto que sí. Este invento adquiere real valor agregado a la Marina. Un río, en la actualidad, es más bien un obstáculo que una ventaja considerado desde el punto de vista del ejército. Pero cuando se puede enviar un «ejército», como yo puedo, por debajo del agua, destruir los puentes, sorprender las defensas y volar las embarcaciones de los enemigos, haciendo excavaciones, túneles, trincheras, etc., además de la siembra de minas para arrasar a mansalva lo que uno se proponga, entonces el invento adquiere proporciones gigantescas y... peligrosas. ¿No?

— *Sí, acaso; pero no olvidemos que el enemigo* puede usar redes; usted sabe muy bien que los submarinos saben pescar con sus preciosos aparatos metálicos cualquier «pez» que se deslice alrededor de su casco.

— Sé todo eso, Silas, y, sin embargo, no me preocupa. Una red de ésas posee eficacia cuando se trata de una pesca entre semejantes. Quiero decir: cuando se trata de un submarino que pretende pescar a otro; pero no en mi caso, porque yo no soy «ciego» como lo es el submarino; yo, además de valerme de un movimiento rapidísimo y de poder evolucionar en todas direcciones y a cualquier profundidad, distingo perfectamente al enemigo y puedo dispararle certeras bombas mortales. En cambio, la defensa del submarino, eficaz cuando se trata de atacar a una embarcación mayor que ofrece blanco suficiente, es completamente inútil contra un «pez» con las facultades dichas. Yo puedo acercarme al mismo casco de un submarino o de un potente acorazado, sumergirme hasta tocar sus hélices, suspender el funcionamiento de mis motores y nadar silenciosamente sin que nadie se percate de mi presencia. Esta ventaja es enorme; es colocar en mis manos todo el poder destructor que se me antoje. Las bombas explosivas, las pequeñas máquinas a plazo fijo, que levantan montañas, y las perforaciones eléctricas que cabe verificar, aprovechándose de la corriente que mueve mis motores, hasta el extremo de ser relativamente fácil «rajar» un barco como se raja una sandía; todo esto y cuantas agresividades quiera usted imaginarse, hacen que mi invento adquiera una importancia no igualada. Ahora supóngase usted un «batallón» de peces por el estilo, casi invisibles, dos veces más veloces que un delfín y con la misma facilidad de moverse en todas direcciones; colóqueles usted inteligencia, ármelos con todas las posibilidades ofensivas de la ciencia moderna y... ¿qué puente, qué escuadrilla, qué bala podrá ponernos fuera de combate? Muy difícil, pues aunque el enemigo adivine nuestra cercana presencia y quiera aniquilarnos por medio de bombas, corre el peligro de volarse a sí propio por la sencilla razón de que nosotros, los nuevos «peces» armados, podemos acercarnos hasta tocar su casco. Respecto a la permanencia en el agua, queda dicho que, resuelto el problema vital de la respiración, el alimentarse resulta muy secundario.

— Comprendo y admiro el alcance del endiablado invento, doctor, y estoy dispuesto a una curiosa prueba.

— Para luego es tarde — replicó sonriendo el inventor.

Y como por escotilla ambos se zambulleron en el agua por debajo del barco.

Fué una sugestiva experiencia para el repórter contemplarse con su compañero en la «soledad» de las aguas profundas y tan cerca de la orilla donde el humano bullicio ensordecía.

— Ahora, querido Silas, le voy a comunicar un secreto marino. Así no dirá usted que no le deparo sorpresas agradables. Hay cerca de aquí un barco hundido, ya enterrado en el limo, y tengo razones

para suponer que este accidente ocurrió hace más de cien años. Vamos hacia este viejo armatoste y ya le explicaré mis suposiciones.

Partieron por entre el líquido elemento y pronto llegaron a cierta latitud y profundidad donde se hallaron con el mohoso casco, sobre el cual el doctor, después de una breve maniobra, descubrió un cofrecito cubierto de algas, musgo y diminutas conchas. Ya el doctor lo había abierto con anterioridad, y ante la vista estupefacta del reportero, las manos de aquél comenzaron a remover monedas de oro y plata, anillos, piedras y joyas diversas.

— ¡Maravilloso! — exclamó Silas.

— Sin duda — confirmó el doctor. — No conozco las leyes acerca del «descubrimiento» de tesoros, y es una lástima. Aquí hay una regular fortuna para... para...

DOCTOR, ¿ha leído usted los diarios de hoy? — gritó Silas el repórter entrando como tromba en el gabinete reservado que el inventor posee en su yate.

— Sí, amigo Silas, los he leído; conozco todo lo que usted, como un relámpago, ha venido a decirme. Tres vapores de línea se fueron a pique ayer, todos cerca de la costa y uno muy cerca del puerto de Nueva York. Yo, se lo confieso a usted, estaba impaciente, y algo catastrófico temía porque... porque sépase que desde hace algunos días han desaparecido tres de mis vestidos-aparatos submarinos. Y mucho, pero mucho me temo que hayan ido a parar a manos de una banda de criminales «inteligentes y científicos».

— Entonces, usted cree, doctor...

— Creo que cualquiera de estos barcos que salen de puerto y que llevan cajas de oro y otros valores al portador, lo que sucede con mucha frecuencia, pueden ser atacados y robados con cierta facilidad por hombres protegidos con mi aparato, sobre todo operando debajo del agua. Lo que ya le dije: se perfora el casco, se pasa al departamento de torpedos y, sencillamente, se les hace explotar con un mínimo de riesgo para el operador, dada la velocidad y las múltiples direcciones que puede utilizar.

— Realmente se trata de un enorme peligro... ¿No se podría contrarrestar de algún modo, doctor?

— Acaso sí. He aquí un arma que, mal empleada, constituye una verdadera y terrible amenaza. Le aseguro a usted, Silas, que mi invención en manos de criminales modernos, de los que conocen química y electrolisis, es bastante más dañina que toda la piratería de mar pasada y presente. Pero venga conmigo para ayudarme a capturar al jefe de la banda.

— ¿Qué va usted a hacer?

— Lo que voy a hacer y lo que le vaya explicando acerca de mis planes es absolutamente confidencial. Ni una sola palabra, Silas. Usted no es periodista ahora. ¿Me comprende? Venga, pues, conmigo, y juzgue por usted mismo de lo que suceda.

— ¡Ah! — exclamó Silas, abriendo ojos y boca con gestos de curiosidad: — ya comprendo. Usted va a iniciar una cacería en aeroplano para descubrir al ladrón y a lo robado, que todavía andarán por las orillas, esperando una ocasión de tomar tierra.

El doctor Hackensaw movió la cabeza negativamente.

— No — dijo: — el oro extraído de uno de los barcos hundidos ya se halla, a estas horas, fuera de las orillas; pero yo he puesto cebo en la trampa.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Quiero decir que hay otro barco que sale hoy con cajas de oro del puerto, cosa que no puede ignorar el ladrón porque así se ha anunciado; y como es de presumir que intente un nuevo golpe, estoy dispuesto a cazarlo como si fuera un conejo.

— Quisiera saber de qué manera doc.

— Mi aparato, como usted habrá advertido, es un submarino «personal», pero también es un aeroplano. Por los dos elementos podemos perseguir al ladrón con evidentes ventajas. Yo, que soy el inventor, dispongo de recursos extraordinarios. El manejo de los motores para producir aceleramientos — marchas forzadas — es un secreto que no está indicado en el aparato. Vámonos a ensayar, no perdamos tiempo.

Minutos después ambos planeaban por el aire en sus máquinas y luego descendían sobre el agua, plegaban las diminutas alas de sus aparatos y flotaron sobre la corriente.

Un giroscopio permitía al doctor marcar la dirección deseada, y un especial servicio eléctrico inalámbrico le ponía en comunicación con el barco. Por medio de una fácil maniobra se adelantó al transatlántico, ya en marcha, y entonces los dos hicieron alto, colocándose las suplementarias branquias y agallas para sumergirse.

Casi al mismo tiempo el vapor pasaba por encima de ellos, y bajo su casco, muy tranquilo y muy seguro en apariencia, ataviado con uno de las escafandras del doctor, un hombre maniobraba, materialmente adherido a la férrea pared de la ciudad flotante. Hallábase ocupado en colocar un torpedo debajo de uno de los botes e iba a oprimir el botón inflamante cuando el doctor, semejante a un pequeño tiburón, se echó rápido encima de él. A pesar de la sorpresa experimentada por éste, todavía luchó contra el intruso desesperadamente; mas Hackensaw pudo abrirle una brecha en el aparato de modo que el funcionamiento de las branquias quedó interrumpido, y entonces el ladrón, medio asfixiado, fué remolcado hasta la próxima orilla, no sin antes haber inutilizado los dos torpedos con los cuales pretendía hundir el barco.

AQUELLA misma noche, por las declaraciones arrancadas al capturado, que resultó ser un ex mecánico de los talleres de hidroaviones Max Till Co., se logró apresar a otros dos cómplices y fueron recuperadas las tres escafandras del doctor.

A los pocos días éste destruyó todas sus existencias, que alcanzaban a un centenar de aparatos probados ya, y se quedó con una docena, que hizo guardar en una bóveda de seguridad, en previsión de otro robo.

— ¡Ah! Es lamentable decirlo y hace muy poco favor a la sociedad en que vivimos; pero a todo invento notable, a todo descubrimiento que implica un positivo avance en nuestra civilización, corresponde casi inmediatamente un retroceso en el orden moral, el reverso, como si dijéramos. ¿No lo ha notado usted, amigo Silas? Recuerde las sorprendentes piraterías cometidas por medio de la aviación, y ahora, ya usted vió, apenas he puesto en juego, después de once años de asiduos estudios y experimentos, mi admirable escafandra branquio-submarina, el genio de los criminales se apodera de ella y la utiliza para destruir grandes transatlánticos.

— Tristemente cierto, doctor. No bastan los sacrificios en recursos y en vidas que se llevan todas las geniales invenciones; el ingenio diabólico, que no descansa ni duerme, se aprovecha del talento de los benefactores, neutralizando así todo buen propósito. La pasada guerra europea ha sido una buena lección en este sentido.

— Es verdad — sentenció el doctor Hackensaw.

— Operamos, al menos en este planeta, entre dos polos opuestos: el Bien y el Mal.

— El positivo y el negativo.

— Es lo mismo, Silas.

F I N


Todo un éxito constituye nuestro último modelo de Faja de goma para adelgazar.
La incomparable silueta que dibuja y el armónico conjunto de arte y perfección que impera en este modelo, revela un elevado exponente de la elegancia en su más alto grado. Se amolda al cuerpo como un guante y lo transforma en un dechado de perfección.
La confeccionamos sobre medida con el más puro cauchú (goma), ojales reforzados y 4 ligas de seda, por........... $ 35.-
Nuestro departamento de expedición despacha en el día todo pedido que se nos confíe, siendo por nuestra cuenta los gastos de envío.
NUESTRO REGALO
"Pictorial Review" del mes de Julio de 1923
Gratis
A toda señora que nos envíe $ 1.00 le mandaremos el molde de este precioso Tapado de gran actualidad en la medida que nos indique y, como Regalo, un ejemplar de nuestra revista de modas y literatura "Pictorial Review" (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de Julio de 1923.
CASA IZQUIERDO
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA
Carlos Pellegrini, 490 — Buenos Aires
Unión Telefónica, 4913, Libertad

De Francisco Madero (F. C. O.)



Grupo de vecinos que concurrieron al almuerzo campestre dado por la comisión vecinal festejando el aniversario patrio.

LOS AUTOMÓVILES CONTRIBUYEN A LA SALUBRIDAD DE PARÍS

La extensión enorme de la tracción automovilística en un gran centro como París, ¿ha sido de felices consecuencias en lo que respecta a la higiene pública? Tal es la cuestión que un repórter de «L'Auto» sometió a la consideración del doctor Socquet, médico legista de la Prefectura del Sena.

El entrevistado respondió en los siguientes términos:

«Muchas personas protestan contra los malos olores que producen las esencias de los automóviles y camiones. Ante todo, el olor de la esencia no es desagradable, pero éste no es el punto de vista en el cual es menester colocarnos. Es incontestable que el desprendimiento de esencias en las calzadas las sanea, matando los gérmenes peligrosos que por millares inundan nuestras calles; y es de desear, desde el punto de vista higiénico, que la tracción a sangre disminuya prontamente.

«Al hablar de la tracción a sangre, ¿cómo no pensar que era antes el estiércol de los caballos, que se encontraba por las calles, maravilloso medio de propagación microbiana?

«No es muy difícil, si no imposible, dosar el factor del desarrollo de la tracción automovilística y sus efectos en nuestras estadísticas de mortalidad, pero es de todo punto evidente que él juega un papel importante en el progreso de nuestra higiene urbana.»

Es más venenosa la mordida de un alacrán que la herida de un león, o lo que es igual, degenera más la lucha con un pigmeo que contra un gigante.



—Le digo, sin intención
de parecerle galante,
que, entre toda la reunión,
es la más interesante.

No es sólo por su hermosura,
sino por el "no se qué"
de suavidad y finura
que tiene el cutis de usté.

Ignoro por qué será,
pero su blanco color
tiene un matiz seductor
que a todos admirará.

—Pues con el **Reuter** alcanza
pronto cualquiera mujer
este cutis obtener,
objeto de su alabanza.


Imagen de San José donada a la iglesia parroquial por el señor Antonio Manchini, siendo madrinas en el acto de la inauguración las señoras de Zatarain, Sabela y Corbani

Especialidades de la Casa América

Nuestras CUERDAS ARMONICAS darán doble valor a su guitarra.

Pídanos un encordado de ensayo y se convencerá. Oferta extraordinaria por un tiempo limitado.

Encordado Tripa Romana impermeable «Colorada», con bordonas de seda amarilla, a...... $ 2.70

Encordado Tripa Romana impermeable «Amarilla», con bordonas seda violeta, a.. $ 3.60



Encordado Tripa Romana «Concertola», con bordonas seda violeta, a...... $ **4.20**

Por los tres encordados juntos cobramos solamente $ **10.**—

Porte pago a cualquier punto de la República.

Cuerdas para toda clase de instrumentos.

Pidan Catálogo N.º 30.

Buena comisión a Revendedores.

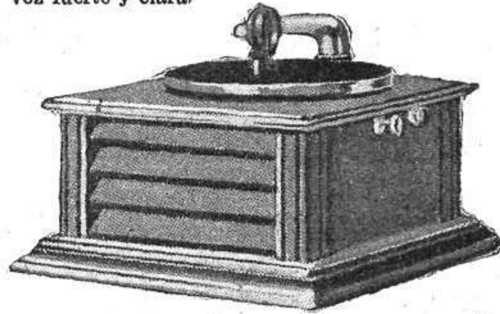
GUITARRAS "AMERICA"

Aun mantenemos nuestras ofertas especiales.

N.º 3013. — En cedro..........................	$ 12.50
N.º 3015. — Modelo fino, en nogal..............	» 17.—
N.º 3002. — En nogal con incrustaciones de nácar..	» 25.—
N.º 3021. — Guitarra de concierto...............	» 36.—

Solicite gran catálogo ilustrado N.º 23, enviando $ 0.20 en estampillas.

N.º 451. — Rica "CONCERTOLA", caja en madera fina de roble, motor de cuerda reforzada, voz fuerte y clara.



La ofrecemos por un tiempo limitado, con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, por sólo............ $ 45

APARECIO EL



OFRECEMOS POR TIEMPO LIMITADO este precioso ACORDEON de 8 bajos y 19 voces, con el nuevo método y embalaje gratis, por sólo

$ 18

El método solo, $ 1.50.

Grandioso surtido de **Acordeones a piano, semitonados y cromáticos,** exclusivamente artículos finos, modelos de **"STRADELLA"**, y Bandoneones que ofrecemos a precios de vendadera oportunidad.

Solicite catálogo ilustrado N.º 26, enviando $ 0.20 en estampillas.

N.º 101

Regio GRAFOFONO

AMERICA

con gran corneta amplificadora del sonido. Motor Suizo, sólido y silencioso, membrana doble con goma aisladora.

Nuestra gran oferta extraordinaria:

$ 49.50

con seis piezas, 200 púas y embalaje gratis.



Otros modelos de "CONCERTOLAS" y Grafófonos desde............... $ 35

Solicite Gran Catálogo ilustrado N.º 21.

DISCOS: Siempre Grandes Novedades en Bailables Nacionales y Extranjeros, Cantos populares, Operas, Música Clásica, etc., etc. Ya apareció el suplemento N.º 19 de Junio. Solicítelo. Gran catálogo general de discos remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas

CASA AMERICA
(STAHLBERG & RIGOTTI)

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados

LA MODA Y EL TIPO

POR

LUZ Y SOMBRA



AMABLES lectoras, tened piedad de mí.

La duda — una duda terrible, pavorosa, kolossal — anubla mi cerebro, oprime mi corazón, turba mi espíritu; me ha quitado la felicidad, la calma y el reposo. ¿Qué duda? Que mi novia Luz no tenga «tipo».

Sí, señoras; esta es la terrible verdad.

Una escritora, de apellido extranjero, pero que sin duda debe de ser muy entendida en estas cosas, dice que hay ocho tipos de mujeres: la juvenil, la escultural, la clásica (traje sastre), la atlética, la anticuada, la vampiresa, la vaporosa y la matrona. Pues, señoras, ninguna de ellas responde al tipo de mi novia. Podría ser clásica, pero el traje sastre no le sienta; tiene algo que recuerda las delicadas figuritas de antaño, y tal vez no le sentaría mal la crinolina y los rulos, pero no le sienta la clasificación de «anticuada». Tiene el fino perfil de una de las mil estampas inglesas que diariamente vemos, y hasta podría creerse una flor de los fríos cielos del norte, si el fuego de sus ojos no nos hiciera pensar en las cálidas orillas meridionales, y si toda la sensibilidad y la nerviosidad de ella no delataran su inconfundible origen latino.

¿Será, pues, que mi novia Luz no tiene tipo?

¿O no será más bien que una lista de 8888 tipos de mujeres no comprendería todavía a todas las mujeres? Con todo el respeto debido a la susodicha escritora desconocida — pero que pienso sea norteamericana o inglesa — prefiero creer que cada mujer es un tipo distinto e inclasificable. Si así no fuera, ¿qué sería de nosotros los hombres?

— Che, ¿cuál es la última conquista de Fulano?

— Una clásica.

— ¿Con quién se casó Mengano?

— Con una atlética.

¡Ocho ejemplares son muy pocos para contentarnos a todos! Las casas de modas verían naturalmente simplificada su tarea clasificando sus modelos en ocho categorías, y bastaría con telefonear:

— ¿Con lo de madame X? Mándeme un vestido para una vampiresa.

Sin calcular que tendrían abiertos sus locales cuatro meses por año, como los hoteles de alta montaña.

Para nuestras señoras la moda ya no sería una preocupación importante, y les sobraría tiempo para meter la nariz en los asuntos de los hombres. ¡Ay, qué bueno!

He dicho que me parecía ser una idea de origen anglosajón, no solamente por lo de dividir al sexo débil en casillas de ajedrez, sino también por aconsejar, a continuación, cierto proyecto de economía deméstica que si es digno de alabanza desde un punto de vista egoísta, destruye al mismo tiempo toda la seducción que hay en la coquetería de la mujer. Al llegar la primavera, hacer el cálculo de lo que se gastó el año anterior y dividir esta suma en dos partes una para las compras de la primavera, otra para las del otoño, y no pensar más en la moda hasta el año siguiente... Vamos, por lo que yo conozco de mujeres, esto me parece muy poco latino. En otro tiempo no me habría sabido explicar el porqué de la enorme diferencia entre las revistas de moda francesas y las norteamericanas. Estas llevan una infinidad de dibujos todos parecidos; las otras llevan por cada figurita una línea y un estilo completamente diferentes. Siguiendo la guía de los figurines norteamericanos se puede muy bien reducir el número de las compras a dos por año; con las revistas francesas no. Y seguramente es necesaria la frialdad de espíritu de las anglo-sajonas para dominarse a sí mismas, siendo mujeres, hasta mirar con indiferencia las vidrieras exuberantes de cosas nuevas y bonitas y tentadoras, en los meses que siguen al de la compra bienal.

Yo me siento orgulloso de que mi novia Luz, criatura exquisita, sienta la emoción de la belleza no solamente dos veces por año. Yo siento amar su acentuada feminidad, siento amar más que nunca a Luz cuando, al pasar frente a las lujosas vidrieras sus ojos brillan de placer, cuando ella misma me confiesa que frente a esas piezas de géneros fluctuantes como nubes, luminosos como auroras, sombríos como tinieblas, ella se siente desfallecer por el intenso goce de su espíritu, siente su alma dar brincos de alegría, se siente señora del universo, como si realmente aquello fueran nubes y auroras y tinieblas, y fueran suyos.

Yo me hago muchas veces relatar por mi novia — y nadie sabe hacerlo mejor que ella — la preocupación intensa que precede a las grandes compras: la elección, las incertidumbres, el ansia, la emoción del gran momento... luego la dicha. Y luego la paz en el deseo satisfecho. Yo no concibo cómo un hombre pueda negar a su esposa estos goces profundos y bien femeninos, aunque a él le cuesten el sacrificio de una parte de sus jugadas a las carreras. No concibo cómo un hombre pueda salir durante seis meses con una mujer que lleva siempre el mismo sombrero y el mismo vestido, como si vistiera de uniforme; y que no sienta este hombre, durante ese tiempo, 180 tentaciones de salir con otra mujer para interrumpir tan aplastadora monotonía.



No concibo cómo pueda un hombre renunciar a todos los mimos, a las mil deliciosas astucias con que su esposa le sitia para inducirle a comprarle el sombrero nuevo o el saquito mono... y al placer inmenso de conceder, después de breve resistencia, lo pedido.

¿No era un hombre el que dijo que la felicidad consiste en hacer feliz a la persona querida?

Todo hombre que no sea un Trágalo-todo estará de acuerdo conmigo.

Y si yo tuviera la dicha de ser su marido, mi deliciosa lectora, quisiera demostrar a usted mi profundo disgusto por esta idea de las adquisiciones bienales, ofreciéndole inmediatamente la oportunidad de hacer una provechosa visita a la casa de su modista.

Pero no hará usted leer este artículo a su esposo ¿eh?

Porque entonces, ¡quién sabe lo que pensarán!



Si el buen gusto es ley

que rige a las personas de hábitos distinguidos y refinados, es indudable que la loción y el polvo de tocador

CIELITO MIO

deben figurar entre los elementos de su toilette, porque aparte de su clase selecta y superior, poseen estos productos las deliciosas características de los perfumes particularmente agradables al olfato por la delicadeza, sutilidad y finura de sus exquisitas esencias.

PERFUMERIA MENDEL

En Buenos Aires: Guardia Vieja, 4439.
En Montevideo: Cerrito, 673.

"Germinase"
(El alimento que contiene todas *las Vitaminas de los Cereales.)*

En los hogares donde haya niños

—sobre todo niños delicados de salud—y se sospeche de la calidad de la leche de vaca, recúrrase a la

"Germinase"

(El alimento que contiene todas *las Vitaminas de los Cereales.)*

Está plenamente demostrado que este popular y apreciado alimento mejora notablemente las condiciones higiénicas y de digestibilidad de la leche de vaca y aumenta el valor nutritivo de ella al par que ejerce una poderosa y racional acción estimulante y antiséptica sobre los órganos digestivos de los niños.

En ningún hogar donde haya niños, especialmente niños delicados, debe faltar un tarro de "*Germinase*"; es ésta una medida de alta previsión que evitará, seguramente, grandes males.

SE VENDE EN LAS FARMACIAS Y CASAS DE ALIMENTACION.



Concurrentes al certamen de tiro al blanco realizado en el stand local que festejaron sus éxitos deportivos con un fraternal almuerzo.

De Exaltación de la Cruz



Alumnos de la escuela número 157 que, bajo la dirección de la señora Adolfina Mato de Burela y del señor Juan A. Ramallo, celebraron con una hermosa fiesta el aniversario patrio.

HIPNOSIS

Desde la antigüedad más remota se habla de hombres que pueden ejercer sobre los demas una «fuerza» tal que puede aniquilarles la voluntad y reducirlos a lo que hoy se llama «sueño hipnótico». Este arte sirvió entre los pueblos orientales a fines religiosos y a supersticiosos ritos. En la antigua Grecia los enfermos eran llevados al templo de Esculapio, y durante el sueño la divinidad indicaba el medio terapéutico. Los fenómenos hipnóticos eran ya conocidos hace muchos miles de años por los magos persas, y especialmente por los hombres de la India, pues este es verdaderamente el país de la mística. En la India, desde tiempo inmemorial, se obtiene en virtud de la autohipnosis, el llamado sueño «yoga» (de la raíz indoeuropea «yug», unir), por medio del cual se llega a resultados como éstos: un fakir se sienta en un templo indio con el brazo izquierdo levantado hacia el cielo. Se le dice que ese brazo perdió ya desde hace mucho tiempo toda vitalidad y que se ha secado. Y entonces se le puede arrancar la piel de dicho brazo sin que el fakir se dé cuenta de ello. Otro fakir tiene el dedo pulgar vuelto hacia la palma de la mano. Y allí lo mantiene largo tiempo. La uña crece y penetra dentro de la carne profundamente. Hay fakires que pueden permanecer sepultados durante semanas enteras y después renacen a la vida normal. Los derviches de Egipto — según dice la revista «Umschau» — se entregan al éxtasis. Mueven la cabeza a guisa de péndulo durante horas enteras, gritando: «¡Alah Alah!», hasta que se desvanecen.



LO QUE VA DE LA SEMANA

AMOR, AMOR, AMOR!...



Estaba cansado de que me repitieran a cada momento:

— La chica que hemos tomado hace cosa de quince días ya se fué. Esa rubiecita que parecía una gatita muerta, para que te fíes. Se le puso en la cabeza salir todos los días una hora por lo menos para irse al cine... Carmen robaba y... tuvimos que despacharla... Antonia cada vez que se la manda al mercado no vuelve más...

En una palabra, cansado de todo esto, resolví lo que se llama un golpe maestro. Importar directamente del interior una muchacha, virgen por lo menos de lo que se podría definir «el mefítico ambiente bonaerense».

— Déjenme a mí... ¡Van a ver la sorpresa que les preparo!

En Santiago del Estero, en la Banda, contraté una chica de unos diez y ocho años, tipo neto de indígena, rayando con el japonés debido a la abundancia del azafrán en el color del cutis. Una chica que parecía fabricada expresamente para satisfacer a la dueña de casa más exigente: no contestaba nunca, y disponía de ciertas manos y ciertos brazos que, ayudados por unas caderas de bronce, habrían sido capaces de aguantar el peso de la cordillera.

Algo bruta, ¡p obrecita!, eso sí... cortada con hacha, tanto, que al bajar las escaleras daba la impresión de que un regimiento entero se largara en desorden hasta el fondo.

Sin embargo, con un poco de paciencia no habría sido difícil corregir estas pequeñas faltas; se trataba de modificarlas, educarla de pies a cabeza, hacerla porteña.

Y para eso yo contaba también con el agradecimiento.

En el momento de tomar el tren en la Banda me había declarado que no disponía de otras riquezas fuera de la camisa que llevaba puesta y el vestidito que se le caía a pedazos, así que tuve que comprarle lo indispensable y dejarme pelar por un turco, que se dió cuenta de la situación y aprovechó la urgencia del caso.

Los primeros días fueron algo climatéricos; lloraba de vez en cuando como si sufriera de nostalgia, y cuando me oía tocar música de Chazarreta la pobre se quedaba como en éxtasis y soltaba cualquier cosa que tuviese entre manos. Nadie puede imaginarse el poder de la música de Chazarreta sobre los comprovincianos, si no ha presenciado la transformación que se opera en ellos en cuanto oyen una zamba, una chacarera o un gato.

La nostalgia, por aguda que fuese, no le quitaba el apetito, y la pobre se comía unos cuantos kilos de pan por día, tanto que no podíamos menos que pensar:

— Si la cosa sigue así tendremos un recarguito en el presupuesto doméstico...

Pero como hombre práctico tranquilicé a los demás:

— Son fenómenos transitorios... Sucede a esta gente lo que a las bordalesas que han permanecido largo tiempo vacías al sol. Necesitan mucha agua para no perder más el líquido, pero una vez hinchadas andan lo más bien.

Y... efectivamente... La chica empezó a mejorar seriamente, lloró menos, comió como la gente y, para animarla más y más, de vez en cuando le preguntábamos:

— ¿Qué tal? ¿Cómo te va? ¿Qué te parece esta Buenos Aires? Algo mejor que la Banda, ¿verdad? ¿Te hallas ahora?

— Mejor que la Banda no me parece... A veces me hallo, a veces no me hallo...

— Te vamos a enseñar a leer y escribir...

— Bueno... ¿Y cuándo van a empezar?

— Pronto...

Y hay que decir la verdad: aprendía fácilmente. Agarraba un lápiz con esas manazas grasientas y ásperas y... en los papeles de envolver, en las paredes, ¡hasta en las paredes!, iba dibujando unas tremendas A y B mayúsculas sonriendo complacida de su hazaña:

— ¿Está bien así?

— Está bien, hijita, pero no en las paredes...

De vez en cuando venía a casa con un ramito de violetas y lo ofrecía a la niña con un además tan vigoroso que parecía una trompada en el pecho:

— Para usted, niña...

Y nosotros nos mirábamos unos a otros satisfechos:

— Hay gentileza en el alma de esta muchacha... ¡Pobrecita! ¡Da gusto! ¡Cualquier día haría otro tanto una de éstas de acá!

A veces un derrumbe de vasos y botellas que se hacían pedazos nos dejaba helados. Instintivamente queríamos correr hacia el lugar del desastre y pronunciar en el acto un discurso sobre la necesidad de tener más cuidado con... Pero con un ademán enérgico nos clavaba a todos sobre las sillas:

— No la asusten... Se le hará a su debido tiempo un reproche, pero con calma y bondad, para que no se acostumbre a mentir... Poco a poco...

Sin embargo, desde un tiempito a esta parte la muchacha empezaba a ladearse. Antes de salir, aunque hubiese sido por unos pocos momentos, se peinaba con mucha coquetería y vestía un camisón blanco de fabricación casera, que le quedaba que ni pintado.

Y una vez afuera perdía la noción del tiempo...

La llamé a parte un día, la palmoteé afectuosamente, ahuequé la voz demostrándole los innumerables peligros de la capital federal... Pero me salió con protestas sobre protestas:

— Yo no sé nada, ¿sabe?... No tengo a nadie, ¿sabe?

Dí orden de movilización a la policía doméstica. Dispuse una vigilancia severa, un control riguroso sobre el tiempo necesario para ir y venir desde la casa a la carnicería y viceversa, desde el almacén y la panadería al hogar. Como última medida decreté un allanamiento en el cuarto de la muchacha, con examen detenido de todos los documentos que se pudieran encontrar y pudiesen iluminarnos respecto a ciertos líos amorosos que íbamos sospechando.

La muchacha había llegado a escribir discretamente su nombre y apellido, pero no sabía leer. Con todo eso encontramos toda una correspondencia erótica, caracterizada por grandes manchas de grasa que denunciaban una procedencia almacenérica o almacenosa.

« Señorita... Osté me a avierto una onda erida en « el corasón que no se puede aserrar de ninguna mane« ra, así que ase noche que no pego lo ojo siempre pen« sando en osté mi querido pimpollo sol de mi alma; « consuelo de mi bida... En sueño me soñé que hasía« mos un biaje de voda y que nos besabamos los dos y « que osté me desía aora sí que soy felí. Será berdad « tanta beyesa? — Su Leonardo que la quiere. »

Estuvimos a punto de aplastar a la muchacha bajo el peso de los documentos irrefutables que habíamos conseguido. Nadie se oponía a la realización de los ensueños de un corazón joven que recién vislumbraba los encantos de la vida. ¡Veinte años son veinte años! Pero Leonardo, si hubiese querido hacer de veras el «biaje de voda», habría tenido que presentarse y decir:

— Señores, yo quiero a esta niña, a este «pimpoyo» con fines matrimoniales.

Santo y bueno. ¡Que Dios los bendiga!

Prevaleció mi opinión; resolvimos contemporizar. Mientras tanto yo averiguaría quién era ese Leonardo; podría averiguar, sin que me vieran, el lugar de las citas, como también quién podía ser el secretario de la chica, pues un secretario debía existir desde el momento que ella no sabía leer.

Una mañana entró en la botica de enfrente, de la que no salía nunca. Cuando, por fin, la vi aparecer entré yo.

DE MI DIARIO

Por el Doctor A. VACCARI



— *¿Qué vino a hacer mi sirvienta por acá?*
— Vino a hablar por teléfono... Le cortamos la comunicación porque siempre viene a afilar...
— ¿Ah, sí? Bien hecho... Corten, corten no más. ¡Cómo se ponen al corriente estas razas en un momentito de los progresos de la ciencia! Ahora me daba cuenta de las ingenuas preguntas sobre el teléfono... Y qué era, y cómo era que se oía hablar, y si era realmente la voz de una persona... de la persona, la que... Nosotros pensábamos que esa santa curiosidad era una consecuencia del noble deseo de instruirse que tuviera la muchacha, deseo de aumentar el patrimonio de sus conocimientos. Y cuántas veces hemos dicho:
— ¡Qué lástima que existan analfabetos!... Un analfabeto es como un ciego.
Una tarde pesqué a la muchacha de paseo a lo largo del paredón que flanquea las líneas del Oeste en la calle Díaz Vélez. Iba acompañada por un hombre de guardapolvo crema, que a mi modo de ver debía ser Leonardo.
Faltó poco para que no me acercara como un fantasma a la pareja, soltándole un sermoncito con voz trémula de indignación:
—¡Ah... ah! ¡Muy bien! ¡Por esto el carnicero tarda tanto en dar la carne! ¡Por esto el pan no llega nunca! ¡Por esto no despachan nunca en el almacén!
Pero opté por no hacer escenas de ninguna clase.
Leonardo, entre tanto, bombardeaba con cartas cada día más ardientes:
« El perfume de tus cabeyos me emboracha de pa« sión y beso siempre al acostarme el manchón que « médiste como prenda de tu amor. »
No alcanzo a comprender qué clase de nariz habrá tenido Leonardo, porque de perfumado la muchacha no tenía absolutamente nada. Al contrario. Cuanto al manchón, supongo que habrá sido el mechón perfumado al kerosene, insecticida que se le había recetado a la muchacha y que usaba diariamente a título preventivo y represivo también.
Sentíamos que algo iba a pasar en un futuro muy próximo. Mi preocupación era dar con el domicilio de Leonardo.
El otro día llovía a cántaros y la mandamos en busca de la carne. La policía familiar había descubierto un documento comprometedor:
«Te espero mi bida en Bartolomé Mitre». El número había desaparecido junto con el pedacito de papel en que estaba escrito.
— Sería bueno seguirla...
— ¿Con esta lluvia?
— Pero si es lo mismo... Tápate bien... Toma el paraguas. La chica ha perdido la cabeza... Se le habla y no hace caso... Tiene la cabeza quién sabe dónde.
La chica se fué así, como estaba, con el delantal húmedo todavía, porque no había terminado aún de lavar los platos.
Salí pocos minutos después en servicio de inspección, bajo una lluvia que Dios la mandaba... Por ninguna parte pude ver la silueta de la sirvienta. Había desaparecido como si la hubiera tragado la tierra. Mojado, empapado, goteando, volví al cuartel general para esperar la vuelta sin exponerme a una gripe.
Pasaron horas y horas y la niña no se hizo ver... ¿Es posible que con su uniforme, con el delantal mojado, hubiese emprendido el «biaje de voda»?
La misma noche como a las 21, sentado en la oficina de la comisaría de la sección, hacía mi denuncia:
— La muchacha era menor de edad... Ha desaparecido...
— ¿Y tiene sospechas?
Me pareció que el adjetivo «vehementes» venía de perilla, y lo dije no más:
— Sí, señor... Tengo vehementes sospechas de que se haya fugado con un tal Leonardo...
— ¿De dónde era la chica?
— De Santiago, señor...
— ¿Usted la trajo de allá?
— Yo mismo, señor... Creí que, importándola directamente del interior, me resultaría mejor que las que...
— ¿Es aborigen?
— ¿Cómo? ¡Ah! Sí, señor; aborigen...
— Todas estas chinas son iguales... ¿Conque usted se ha tomado la molestia de traer una chica de allá para mitigar las penas de un dependiente de almacén?
— Así parece...
— Mi querido señor, para que se queden han de tener el marido a domicilio. Por eso vienen bien los matrimonios. Por el contrario, usted las engorda, las trata bien... los instintos se despiertan y... pasa lo que le ha pasado a usted...
— A mí no... A ella...
Puedo equivocarme, pero el funcionario me estaba tomando suavemente el pelo. Me aseguró que averiguaría, que por su parte haría lo posible para dar con el paradero de la palomita, que durmiera tranquilo, y así, por el estilo, una cantidad de lindas frases, de las que francamente no creí ninguna.
Me sentía, sin embargo, profundamente indignado contra los seductores de oficio y nunca como entonces comprendí que Buenos Aires es una peligrosa París.
— No se salva ninguna de estas pobres incautas y bobas que se quedan con la boca abierta a las primeras frases que oyen. Las mismas que no son bobas dan cada tropiezo que...
Y profeticé una serie de calamidades inevitables para la Babilonia del Plata.
El día siguiente nos llegaba una carta concebida en estos términos:
« Desde ayer e realizado mi dulse ensueño de mi bida, « estoi en lo brazo de la dicha y del amor. No inculpe « a *nadie*. Bibo felí... Pronto mandaré a vuscar mi « cajón para mudarme. »
Una carta que olía a Leonardo a cien leguas; una carta que no podía haber escrito ella por la sencilla razón de que no sabía.
A título de post-data se leía lo siguiente, y fíjense si una muchacha podía saber lo que era post-data...
¿Qué prueba más fehaciente que la carta era debida a Leonardo?
« También mandaré a buscar mi sueldo y si algo ai « de roto durante el més puede cobrárselo no má que « no quiero que vaya a decir que no he cumplido con « mi obligasion. A más no me busque porque no me « encuentra. »
Si hubiera querido cobrarme los platos y las copas hechas pedazos debido a las distracciones que la chica sufría por culpa de Leonardo, no le hubiera pagado sueldo alguno; más bien cobraría una diferencia a mi favor...
Pero ¿quién se mete a proceder en una forma tan severa, para que después le digan de todo un poco?
Cuando se presentó el mensajero encargado de retirar el cajón de la muchacha y el sueldo, se le entregó todo, acompañando la entrega con una cartita breve y seria, en la que se translucía un poquitito de tristeza:
« Ahí va tu dinero y el baúl de las pilchas. No te « aflijas por lo que has destrozado. Dios quiera que tus « ensueños duren mucho y que en Leonardo encuentres « el hombre que te haga feliz... »
Y para dejar siempre una puerta abierta por si acaso, agregué:
« Que si un día te encontraras abandonada y sola, « sin recursos, más bien que rodar por la senda resba« ladiza del vicio no olvides que hay quien sabe com« padecer los errores de la juventud. »
¿Se puede ser más humano?
Pero hasta la fecha. Ni siquiera nos contestó.

De Rosario

Concejales y comerciantes rosarinos que asistieron a la inauguración de una fábrica de explosivos en la estación Lucio V. López.

El senador señor Alcidez Greca con un grupo de correligionarios durante la inauguración del comité menchaquista de la sección 6.ª

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

Aráoz Alfaro, Gregorio; Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1351.
Brandam, Javier; Maipú, 523.
Basavilbaso, Jorge; Tucumán, 531.
Ballesteros Ildefonso; Libertad, 225.
Benavídez, Manuel D.; Cangallo, 1012.
Bastos Rodríguez, Mario; Charcas, 1619.
Cabred, Domingo; Pueyrredón, 936.
Calandrelli, Matías; Rivadavia, 1170.
Crispo, Félix C.; Viamonte, 953.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Flores, Adolfo; Cerrito, 551.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio, Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359.
Gaing, Ernesto; Charcas, 1693.
González, Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galíndez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Gareiso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Isleño, Félix; Billinghurst, 1633.
Luchinetti, Felipe; San Martín, 398.
López Gomara, E.; Santiago del Estero, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Marenco, Julio E.; Paraná, 869.
Mackintosh, Martín; Rivadavia, 3516.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; Bolívar, 1244.
Quiroga, Marcial V.; Lavalle, 1762.
Roldán Vergés, Carlos F.; Serrano, 2318.
Spinetto, Alfredo L.; Rivadavia, 1957.
Schnaibel, Arturo; Callao, 481 (2.º piso).
Simeone, Pedro; Humberto I, 1433.
Sicilia, Mariano; Bolívar, 1059.
Sánchez Aizcorbe, César; Av. de Mayo, 1157.
Soto, Mario; Sarmiento, 2347.
Silva Dherbil, Federico; San Martín, 414.
Villa, Angel J.; Maipú, 523.
Viton, Alfredo; Tucumán, 730.
Villarroel, Luis C.; Belgrano, 1130.
Wimmer, Leopoldo K.; Rivadavia, 5396.

OCULISTAS

Soriano, Francisco J.; Sgo. del Estero, 730.
Tiscornia, Atilio; Maipú, 525.

DENTISTAS

Castiglioni, Emilio; Libertad, 192.
Dueñas, José; Rodríguez Peña, 178.
Luján, Angel J.; Ayacucho, 404.
Mattia, Alejandro; Rivadavia, 2786.
Oliveira, Ricardo; Paraná, 151.
Percich, Nicolás; Bernardo de Irigoyen, 36.
Palma Scala, José; Rivadavia, 2732.

EL CINEMA de la BUENA SALUD



Millones de personas deben su buena dentadura a ***Sozodont.***

Cinta No. 3

Escena No. 1

Los malos dientes son la causa de muchas de nuestras enfermedades —no pierda su apariencia agradable con las líneas que producen la inquietud y las preocupaciones.

Escena No. 2

Sozodont mejorará su sonrisa conservando sus dientes sanos y sus encías firmes.

Escena No. 3

Sozodont tiene buen gusto, el efecto es inmediato y los resultados son permanentes.

Escena No. 4

Un hombre en buena salud tiene confianza en si mismo. Los dientes sanos conservan la buena salud.

JOVEN

No ponga obstáculos en su camino, un dolor de muelas no respeta a nadie. El buen éxito lo obtiene solamente el hombre que tiene confianza en si mismo.

Recomendamos que la limpieza de los dientes se suplemente con un masaje de las encías.

Fabricantes

HALL & RUCKEL
Incorporated
153 Waverly Place
N. Y., U. S. A.



SOZODONT

EN TODO EL MUNDO

dondequiera que usted vaya, encontrará que los caballeros que tienen orgullo en su apariencia personal usan

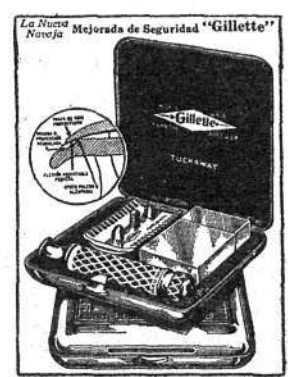
La Nueva Navaja de Seguridad

Gillette

Mejorada

La única perfectamente segura y que no irrita la piel, por más inexperta que sea la persona que la use.

La superioridad con sus similares es indiscutible.



Modelo "Tuckaway". Plateada. — Precio: $ 15.— m/n.

Tenemos nueve estilos diferentes, y cada una se fabrica en dorado y plateado.

La Nueva Navaja "GILLETTE" se adapta para el uso de las hojas "GILLETTE" conocidas desde hace años, cuyo precio es de $ 2.50 m/n la cajita de cartón conteniendo una docena.

Hojas ofrecidas a menor precio son probablemente reafiladas o imitaciones sin valor.

Sólo podemos garantizar resultados satisfactorios usando las hojas "GILLETTE" legítimas con las máquinas "GILLETTE" legítimas, las cuales llevan esta marca.



En nuestra exposición "GILLETTE", Moreno, 562, se pueden examinar las nuevas máquinas, obteniendo del experto personal con que cuenta todas las explicaciones y detalles necesarios.

Si no puede conseguir las máquinas ni las hojas, escriba inmediatamente a los

UNICOS INTRODUCTORES

DONNELL & PALMER

554 - Moreno - 572. Buenos Aires

o a sus Agentes en el Interior:

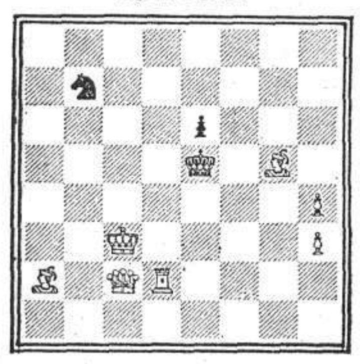
Rosario: Flanagan Hnos. & Cía., Sarmiento, 538.
Córdoba: Rey & Cía., Corrientes, 47.
Paraná: Guillem Hnos. & Cía., Chile, 144.
Tucumán: M. Pérez Otero, 24 Septiembre, 790.
Mendoza: A. Sierra Rancher, Rioja, 1868.
Pergamino: Luis M. Jáureguy, 9 de Julio, 943.

AJEDREZ

PROBLEMA NUMERO 3

(Por J. Kopa)

Negras: 3 piezas



Blancas: 7 piezas

(TOTAL: 10 PIEZAS)

Juegan las blancas y dan jaque mate en dos jugadas.

SOLUCION AL PROBLEMA NUMERO 2:

R 3 R

Han enviado soluciones exactas al problema número 2, los señores: Enrique Rottgardt, ciudad; P. Telmo Leiva, Corrientes; doctor J. M. Herrera Fernández (F. C. C. Argentino); Obdulia A. Redondo, ciudad; Alfredo A. Panizza, ciudad; Juan Angel Muñoz, Anchorena (San Luis); Roberto Díaz, Rosario; Carlos T. Oliva, ciudad; H. T. Mur, Asunción del Paraguay; Enrique Medina, Montevideo; Ildefonso Ortiz, ciudad; Aquiles Montero, ciudad; E. S. Diana, ciudad; Héctor Rossi, ciudad; Juan Dávila, ciudad.

CORREO

A Alfredo A. Panizza, ciudad. — La revista de ajedrez «Uruguay» la puede solicitar al director de la misma, señor Angel Figueroa, Inca, 1876 (Montevideo), siendo la subscripción semestral de $ 1.60 uruguayos. El número suelto vale $ 0.30.

Los peones en su primer movimiento pueden hacerlo salteando una casilla, pero nunca mover dos al mismo tiempo avanzando una casilla, lo que constituiría dos jugadas, que no es lícito por lo general, salvo las partidas con ventaja.

A E. R. G. A. San Luis. — En la primera parte de la contestación anterior encontrará usted respuesta a la pregunta que nos formula.

Aficionados que desean jugar por correspondencia. — Alfredo A. Panizza, Salguero número 317, ciudad. (No indica en que categoría actúa).

PARTIDA JUGADA EN EL TORNEO INTERNACIONAL DE TEPLITZ SCHONAU

APERTURA PEON DAMA

	BLANCAS Akiba Rubinstein	NEGRAS Dr. Tartakover
1.	P 4 D	P 3 R
2.	C 3 A R	C 3 A R
3.	P 4 A	P 4 A
4.	P 5 D (1)	P 4 C D
5.	P 4 R (2)	C × P R
6.	P × P R	P A × P
7.	A 3 D	C 3 A R
8.	C 5 C (3)	D 2 R (4)
9.	P × P (5)	P 4 D
10.	O - O	P 3 C
11.	T 1 R	A 2 C R
12.	D 2 R	P 5 A
13.	A 2 A	O - O
14.	C × P R	T 1 R
15.	C 4 A	D 2 A R (6)
16.	D 1 A	P 3 T D
17.	T × T +	C × T
18.	C 3 A	A 2 C
19.	D 1 R	P 5 D
20.	C 4 R	P × P (7)
21.	C 5 C	D 2 D
22.	C (4 A) 6 R	C 3 T
23.	A 4 A	P 6 D
24.	A 1 D	P 3 T
25.	C × A	C × C
26.	C 3 A	T 1 R
27.	D 5 T	P 4 C
28.	A 3 R	C 4 A R
29.	D 6 C	T 3 R
30.	D 7 T	D 2 R
31.	T 1 A	C × A

Abandonan las blancas (8).

(1) Esta jugada ha sido ensayada con mal éxito en torneos recientes. La continuación correcta para las blancas es 4. P 3 R.

(2) Sin duda Rubinstein, al jugar 4. P 5 D, tenía en vista este sacrificio, pero no parece ser bueno.

(3) Una celada ingenua en la cual un jugador experimentado como Tartakover no cae.

(4) Evitando la celada. Si contrariamente, 8:... P × P; 9: A × PT; C × A; 10: D5T jaque, R2R; 11: C × C. Si 8: A2R, entonces, 9: A × P, y en ambos casos con ventaja para las blancas.

(5) Las blancas no podían capturar ahora el PT. Suponiendo, 9: A × P, T × A (no 9... C × A, porque de 10: D5T jaque, R1D; 11: C7A jaque, ganando la T); 10: C × T, C × C; 11: D5T jaque, D2A, con ventaja para las negras.

(6) Si 15... D5C, entonces 16: D × T jaque, C × D; 17: T × C jaque, R2A; 18: C × PD, y el resultado hubiera sido dudoso.

(7) Las negras tienen ahora por mucho la mejor partida, debido a sus peones fuertes avanzados.

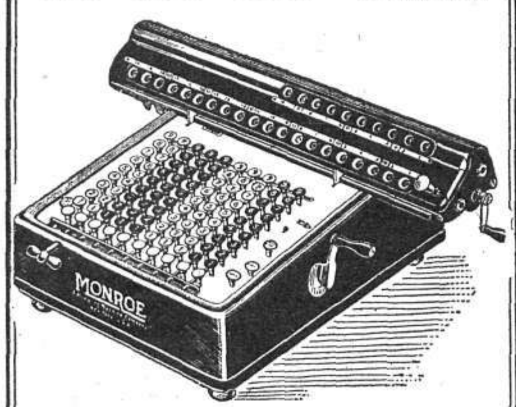
(8) Porque si, 32: P × C, entonces, 32... T × P, y las blancas tendrían una posición desesperada y un peón de menos, y todas sus piezas sumamente fuera de juego. Una partida bien jugada por Tartakover.

(De la Revista del Club Argentino de Ajedrez. Notas por "The Field").

Nota de la Redacción. — Toda la correspondencia para esta sección diríjase a nombre del redactor «Sección Ajedrez» de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

MONROE

SUMA - RESTA - DIVIDE - MULTIPLICA



Al Hacer sus Balances

no sufra Vd. trastornos;

los evitará **empleando**

una

MONROE

ESTA máquina reduce los cálculos a una operación puramente **mecánica**, y, lo que es más, evita toda posibilidad de errores. Su manejo es sorprendentemente sencillo. Más de 1.000 de estas máquinas, actualmente en uso en la sola ciudad de Buenos Aires, atestiguan las ventajas que la MONROE brinda a los hombres de negocios que conocen el verdadero valor del tiempo, y que saben apreciar lo que significa poder tener de inmediato la certidumbre de la exactitud de todos los cálculos de su propia contabilidad.

Para que Vd. tenga la oportunidad de experimentar la máquina MONROE en su propia oficina, en su propia clase de trabajo, le prestaremos una máquina a prueba.

ESCRIBANOS HOY MISMO

Cía. LA CAMONA

39 - Maipú - 43

Buenos Aires

ROSARIO. CORDOBA. MONTEVIDEO.

REGALAMOS

este hermoso anillo enchap. en oro con piedra de color, a todo comprador de una o más alhajas.

N.° 144. — Aros ench. en oro 18 k. y piedras químicas, a pesos...... **3.90**

N.° 292. — Gemelos de oro Fix, 18 kilates, el par a pesos.... **8.90**

N.° 498. — Aros de plata platinada, piedra color rubí, a pesos....... **3.50**

N.° 90. — Anillo de oro y plata, piedras fantasía, a..... $ **6.00**

N.° 136. — Plata 900, con iniciales grabadas o esmalte, a $ **5.00**

N.° 92. — Anillo marquise ench. de oro 18 k., piedras químicas, a pesos...... **4.00**

N.° 492. — Plata 900, gancho de oro 14 k., con aplicaciones de esmalte fino, a.. $ **7.50**

N.° 105. — Anillo plaqué oro 18 k., piedras químicas, a.. $ **5.50**

¡SIN PRECEDENTES!

PULSERA de cuero fino con reloj de níquel, máquina muy buena, cuadrante luminoso, para caballero, precio excepcional.......... **$ 9.50**

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

La Suiza Americana

RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES

EL ENCUENTRO



Ella pasó delante y Urbano quedó como clavado en su sitio, sorprendido de haber podido retener la exclamación pronta a escapársele de la garganta.

Era ella. En un segundo reconoció el perfil ligeramente borbónico, su peinado en casco, los ojos de un azul obscuro que vivían a la sombra de las pestañas negras, el gesto desdeñoso, de sus labios. Ahora, caminando tras de ella, reconocía el andar majestuoso, ondulante y ágil, su gusto refinado, su elegancia en el vestir y hasta el perfume especial del que había conservado un lejano y embriagador recuerdo. En un instante afluyeron a su memoria los más mínimos detalles del pasado desaparecido, de la adorable aventura que había iluminado la ingenuidad de su juventud y cuyo deseo no lo había nunca abandonado.

....

Tenía diez y ocho años, en ese entonces. En la pequeña ciudad de provincia donde vivían sus padres, poseedores de una relativa fortuna, Urbano se preparaba a ingresar en Saint-Cyr, y nada hasta esa época, lo había distraído de sus estudios. Luego, un día, vino de visita a casa de su madre la esposa de un funcionario de la ciudad, a quien acompañaba una señorita parisiense, y la presencia de esta extranjera lo había trastornado.

Todos los hombres han conocido ese «coup de foudre», esta formidable ebriedad del corazón, delante de la cual todo desaparece, hasta la visión de aquella misma que la ha causado. Desde entonces, no tuvo otro deseo que volver a ver a Irene y de hablarla. Al salir del Liceo rondaba las calles, con la esperanza, a veces satisfecha, de saludarla desde lejos, de recoger la sombra de una sonrisa de sus labios rojos. El jueves recordaba hipócritamente a su madre que «ella tenía visitas que retribuir», y el salvaje de antes se aprestaba a acompañarla con el secreto deseo de encontrar a la señorita en un salón amigo. En el margen de sus cuadernos, entre las figuras de geometría, entre las viñetas de alambiques o de retortas, en medio de fórmulas de álgebra o de trigonometría, encontrábanse innumerables «perfiles borbónicos con el labio desdeñoso»...

Su madre reía de lo que ella llamaba niñerías. Su amiga, igualmente se burlaba de este enamorado menor de dos años que su Dulcinea. Irene sola aceptaba sin ironía el ramo de amor fresco y respetuoso que sabía recolectaba para ella sola el jardinero novicio, y entre ella y él se había creado una relación encantadora de coquetería y de adoración retenida, de rondeles y madrigales. Urbano había llegado hasta el soneto en honor de la hermosa y casi estoy seguro en afirmar que Irene los sabía de memoria.

Pero una noche que las personas mayores tomaban cerveza en la terraza y que los jóvenes erraban silenciosamente por las avenidas del gran jardín, Irene dijo a Urbano — y pareció al adolescente que la voz melodiosa temblaba un poco — que volvíase a París, para casarse. Su padre, autoritario, había decidido así. Ella tenía que obedecer y unir su vida a la del opulento banquero cuarentón que le habían impuesto como marido.

Urbano se detuvo. Sus piernas vacilaron y la miró con ojos tan dolorosos, tan llenos de lágrimas, que ella se apresuró a pedirle perdón por la pena que le causaba, uniendo sus sollozos a los de su infeliz amador. Luego le tomó la mano, le llevó hasta un banco solitario y, acercándolo a su seno, le habló largamente, dulcemente, como una madre que consuela a su niño. Es preciso confesar que algunos besos puntualizaron esos consuelos y que fueron, sin duda, los argumentos más convincentes.

Un mes más tarde, la amiga de Irene, que le había servido de madre, durante su matrimonio — porque la madre verdadera había muerto ya hacía mucho tiempo — volvió de París, y su primera visita fué para la familia de Urbano. Sonriendo, entregó a éste, un botón de azahar, afirmando que la recién casada, al salir del templo, la había encargado de tan singular regalo...

Durante dos años, en Saint-Cyr, había conservado la pequeña y querida minucia en su caja de compases. Luego, durante tres años, la reliquia lo había acompañado en el desierto africano, donde estaba encargado de levantar la carta topográfica. Cuando se declaró la guerra la llevó consigo, y poniendo la mano en el bolsillo interior de su saco, sentía todavía su relieve a través del cuero de su cartera.

....

Apresuró el paso decidido a hablarla, a decirle, costara lo que costara, la alegría y el dolor que ese encuentro fortuito le causaba, cuando el espejo de una sastrería le reveló su propia imagen.

Flaco, macilento, vestido con un traje rapado, el cuello mal cuidado, enrojeció por la primera vez de la ruina en que habían caído él y los suyos y tuvo vergüenza de su audacia, sin duda. Una cinta roja orlaba su botonera. Era la Legión de Honor. ¡Pero era una cosa tan común!...

Entonces, sonriente, con amargura, dió media vuelta y volvió hacia su destino.



C. G. KERONAN

TRADUCCIÓN DE B. DE LAON

DIBUJOS DE GIGLI.





CERES. — Equipos del football integrados por antiguos vecinos de esta localidad que disputaron un cómico match, donde abundaron las incidencias risibles que causaron el regocijo de los numerosos concurrentes, que reunidos con los jugadores hicieron después los honores del caso al asado con cuero instituído como premio a vencedores y vencidos.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

De Santa Fe



Alumnos del colegio nacional con su profesor de psicología, señor Juan José de Soiza Reilly, durante una clase práctica en el Reformatorio de Menores de esta ciudad.

SOBRE LA MUJER

De un tipógrafo son los siguientes pensamientos:

Una joven soltera es un tipo delicado que se reserva para las impresiones de lujo.

Una mujer casada es el tipo que ha entrado en la forma para sacar ejemplares en una publicación.

Una solterona es una interlínea que se coloca entre la mujer casada y la joven soltera.

Una mujer liviana es la rama de una prensa donde se sujetan todas las formas tipográficas.

A las mujeres hay que tratarlas una a una como los tipos de imprenta, porque a veces en conjunto se «empastelan».

Una mujer embustera es el «espacio» que se rompe al tiempo de «justificarse».

Una mujer es la «caja» donde se distribuyen todos los puntos de la virtud.

Una mujer nerviosa es un «tipo» que se gasta a fuerza de «impresiones».

Una suegra es una «viñeta» tan negra que solamente se usa en las «impresiones» fúnebres.

Cada minuto que pasa es una idea que transcurre sobre el memorándum de la mente humana.

— El verdadero ingenio del orgullo es poder llegar a ser sencillo.





Entrada principal del Parque Sanitario.

EL PARQUE SANITARIO DEL DEPARTAMENTO NACIONAL DE HIGIENE

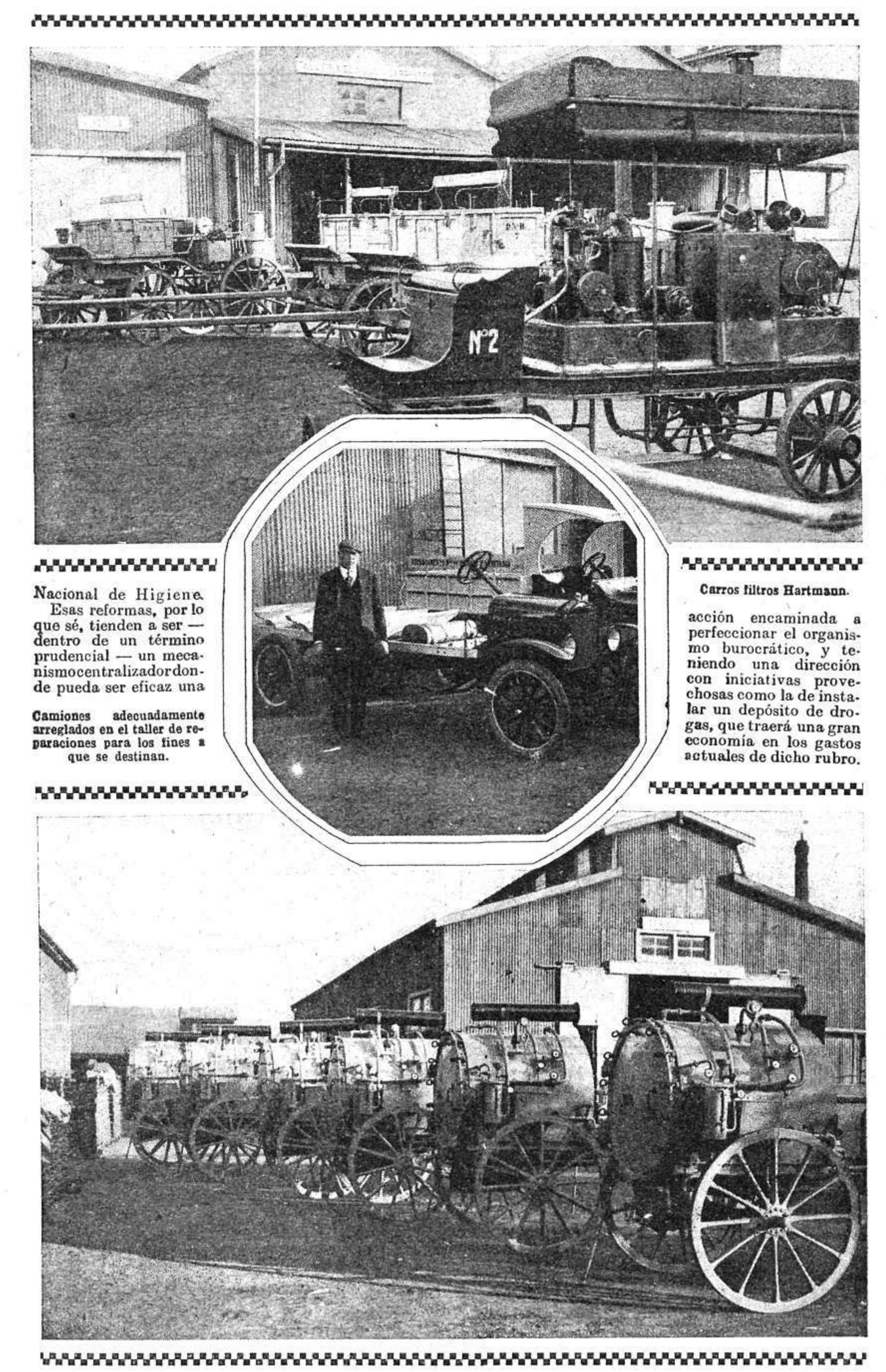
Las notas gráficas que aparecen en este número, de las secciones dependientes del Departamento Nacional de Higiene (Depósito y Taller del Parque Sanitario) han de llevar, estamos seguros, a una gran parte de nuestro público al sincero convencimiento de que esa dependencia nacional lleva su acción eminentemente práctica en el sentido indicado a dar solución a problemas de inmediatas necesidades. Indudablemente, hay un vasto plan de reformas, un cúmulo de iniciativas en perspectiva y una gran labor silenciosa a desarrollar.

Desde que el señor Julio C. Rossetti actúa como encargado de la dirección de los servicios administrativos, las dependencias aludidas y también otras han tomado un gran impulso. La labor en ellas realizada es proficua y metódica; por eso es eficaz. La dirección general de estos servicios, que le fué acordada por el P. E. a petición del presidente del Departamento Nacional de Higiene, doctor Teófilo R. Lecour, ha iniciado las tareas pertinentes con firme resolución y con un conocimiento perfecto de las necesidades a llenar.

Las Asistencias Públicas de los territorios nacionales y los Dispensarios de algunas provincias necesitaban elementos de movilidad, y el Taller del Parque Sanitario, con elementos y personal propios, construyó 24 ambulancias con un costo relativamente pequeño, dado que mandadas construir en casas del ramo el precio pagado por ellas hubiera sido más elevado; cada una cuesta pesos 2.400. Además de esto, se construyen en dicha dependencia: máquinas desratizadoras, reparaciones en obra de carpintería en los buques de sanidad del Departamento, arreglo y construcción de muebles y demás enseres para todas las secciones de la vasta repartición.

En la Sección Depósito y Desinfección se ha introducido, siempre bajo la actual dirección administrativa, una perfecta y lógica correlación de servicios. La acción del Depósito, desde que pasó a depender directamente de la Secretaría Administrativa, ha ido extendiéndose hasta llegar a ser una sección utilísima e indispensable en un orgamismo como lo es el Departamento

Vista exterior de la oficina del jefe.



Nacional de Higiene. Esas reformas, por lo que sé, tienden a ser — dentro de un término prudencial — un mecanismo centralizador donde pueda ser eficaz una

Camiones adecuadamente arreglados en el taller de reparaciones para los fines a que se destinan.

Carros filtros Hartmann.

acción encaminada a perfeccionar el organismo burocrático, y teniendo una dirección con iniciativas provechosas como la de instalar un depósito de drogas, que traerá una gran economía en los gastos actuales de dicho rubro.

Aparatos de desinfección.

De Tucumán

Público congregado en el Cementerio del Oeste para rendir un justiciero homenaje a la memoria del intrépido aviador tucumano Benjamín Matienzo.



El gobernador, señor Octaviano Vera y demás concurrentes a la fiesta realizada por la sociedad Juventud Unida Siria.



TEATRO DEL SILENCIO

«SONIA»

CONSTA de seis largos actos; su argumento está tomado de una popular novela de Stephen Mc. Kenna; intervienen en sus escenas multitud de personajes; hay movimiento y, sin embargo, a este cinedrama tenemos que clasificarlo como una de las más infortunadas adaptaciones de la época. Es lo que tiene de peligroso el «simbolismo». Aquí quiso el productor, obrando a impulsos de un noble pero insubstancial patriotismo, darnos una impresión artístico-objetiva de la gran reacción femenina británica ante la guerra europea, presentándonos primero la frivolidad y la holgazanería de las clases privilegiadas y luego, en un brusco reverso a consecuencia del conflicto, meternos por los ojos un puritanismo y una abnegación artificiales por lo desmesuradas, aparte de que en la cinta no se preocuparon, por medio de un *acontecimiento* fuerte, de los que sacuden, explicar y justificar, con arreglo al argumento, una reacción en aquellas costumbres que no logró convencernos.

Para mayor desilusión, los artistas nos resultaron bastante mediocres, incluso el protagonista que, cuando fingía de ciego, se veía que «veía» tan bien como nosotros.

Un desacierto más o menos simbólico.

«FLORES Y ESPINAS»

COMEDIA dramática en ocho actos, extraída con discreción de una novela norteamericana, ofreciónos la novedad de «meterse» con un asunto español sin estropearlo, lo que ya es de agradecer dados los frecuentes casos de películas tendenciosas en que siempre lo español o hispano-americano lleva la peor parte, falseándose caracteres y achacándose vicios y ruindades a los actores que desempeñan tan poco socorridos papeles.

En esta cinta lo que desde luego atrajo nuestro interés fué la protagonista Rosita Méndez, una *Spanish girl* danzante y cantante en una sola pieza, de la cual se enamora por tierras peninsulares un mozo yanqui con horchata en las venas a juzgar por su comportamiento, porque después de haber dado y recibido un beso con «termo-cauterio», de esos que escaldan para siempre, el hombre, con repentino sobresalto, se acuerda de su compromiso matrimonial con una apacible *American girl*, y se escapa para su país como si huyera del mismo diablo en tanto que la grácil y pasional Rosita, al conocer su «charranada», se embarca, lo persigue y lo atrapa. Y con los ojos fulgurantes como ascuas le fulmina esta acusación cuando él le dice que no puede casarse con ella:

—Entonces ¿por qué me besaste aquella noche, aprovechándote de la obscuridad del jardín y de mi abandono, arrancándome el alma con tus labios?

Nada responde el *boy*, y entonces ella, furiosa, con un «desplazamiento» hispánico de hembra enamorada hasta los tuétanos, intenta descerrajarle un tiro, cuyo proyectil recibe en la lucha que entre ambos se entabla cuerpo a cuerpo. Y cae herida.

Otras escenas hay en que esta «estrella» luce con majeza sus juncales «desniveles corpóreos», guapota y expresiva. Lo que no hemos podido averiguar es si se trata de una artista yanqui o española, puesto que por el nombre — Estelle Taylor — nada se puede saber por la frecuencia con que se lo cambian.

¡Infeliz y desdeñada Rosita!

Bien se advierte que, de ser nativa en Yanquilandia, el argumentista se hubiera visto obligado a «indemnizarte», condenando al mozo al pago de *veinte y cinco mil dólares* por robo de un beso con nocturnidad, soledad y sorpresa, agravantes capitalizables en United States; mas siendo tú conterránea de Don Quijote era absurdo pensar en recompensas contantes. Bonita película.



La gentil actriz Leatrice Joy condecorando al veterano actor Theodoro Roberts por haber éste conseguido pescar dos besugos, haciéndole la competencia al joven actor Thomas Meigan, que disimula con una sonrisa de conejo sus celos.

«LA JUSTICIA DE RAFLES»

ES una cinta que prometía, por el título, intrincados y despampanantes acontecimientos, no cumpliendo con el «famoso» apellido del personaje en todo su aburrido desarrollo y defraudando a los espectadores en sus legítimas esperanzas. Llamándose Rafles el protagonista hay derecho a exigir «cosas» y no a tropezarnos con un joven de sedoso bigote y aspecto bobalicón que nos resultó una vil caricatura en el estilo sherlock-holmesco, y perdonen ustedes la palabrita.

«EL REY DE LOS JOCKEYS»

CINTA interpretada por el galancito Jack Pickford, joven artista de indudable talento, logró interesarnos a todos, así por lo bien conducido del argumento como por sus intérpretes; y las escenas tomadas en el hipódromo de Kentucky, con motivo de un Derby nacional, constituyen un admirable alarde fotográfico que el público celebró con algunas exclamaciones, dando ganas de aventurarse en una redoblona.

Las desventuras del protagonista, acusado de tongo y descalificado merced a las intrigas de un sinvergüenza, culminan en escenas muy interesantes; y por fin una linda muchacha se encarga de vindicar al calumniado jockey.

Muy interesante en su género.

NARCISO ROBLEDAL.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: El enfermo, por **Enrique M. Rúas.** La voz del cóndor, por **César Carrizo.** Elegía, por **Alfredo R. Bufano.** El hogar en el campo, por **Fernández Moreno.** Los inconvenientes, por **el Vizconde de Lascano Tegui.** La farándula, por **Eduardo Carrasquilla Mallarino.** La cadena, por **Félix Esteban Cichero.** No hubo más viña en San Luis, por **Enrique Richard Lavalle.** Milagros, por **Gouverneur Morris.** La aventura de Tse-i-la, por **Villiers de L'Isle Adam.** Parque, por **Juan Ramón Jiménez.** Naufragio y salvamento de un corazón, por **Lincoln Colcord.** La clueca, por **Trinidade Coelho.** La sima, por **Pío Baroja.** Por el hilo se saca el ovillo, por **Enrique Gaspar.** Gideón, mago y detective, por **Samuel A. Derieux.** La difusión de la toxicomanía, por **Leopoldo Bard.** Hombres célebres: Dante, por **Eduardo del Saz.**

De Tucumán

Señoritas de Zavalía, Padilla, Chenaut, López García, Alcús, Bravo y Cossio que tomaron parte en el festival organizado a beneficio del templo de Nuestra Señora de Lourdes.

"Il Bacio Furtivo", hermoso cuadro plástico integrado por distinguidas señoritas en la velada artística realizada en la Sociedad Italiana y a la cual asistieron destacadas familias de la colectividad extranjera.

LMP



REGIOS

PERRAMUS

$ 29.50

al contado y diez mensualidades de $ 10 a su sola firma.

Estos legítimos Perramus que acaban de llegar de Inglaterra son de la marca

HIGHEST AWARD FOR INDIA RUBBER COATS.

Modelos raglán, esmeradísima confección, material de lo mejor. Livianos y elegantes.

Cuatro colores para elegir: oliva, marrón, beige y azul. Todas las medidas.

ABSOLUTAMENTE IMPERMEABLES.

Resultado garantido.

Ofrecemos estos Perramus insuperables a un precio excepcional, por haber llegado la partida algo retardada.

Pida una solicitud de Créditos y folleto explicativo para tomar las medidas uno mismo, llenando y enviando el cupón.



LMP

Sr. Gerente:
Solicito un Crédito para Perramus en las condiciones indicadas en su aviso de **Caras y Caretas** de Junio 30.

Nombre ....

Calle y N.º ....

Ciudad o pueblo...........................

Ocupación...........................

La Mercantil Proveedora

CANGALLO, 1147
Buenos Aires

Idilio y tragedia



—Ahí va, ahí va — grita a lo lejos un pelotón de chiquillos, corriendo pecho arriba por uno de los campos del pueblo, detrás de una bandada de perdigones.

En los peñascos de las cuencas y en el fondo de las gargantas del terreno, el eco repite desde cien sitios: "¡ ahí va, ahí va!", de un modo desvanecido y aéreo, como si otras cacerías se verificaran en diversos sitios del monte.

¡ Qué vistosa y qué bizarra partida de cazadores! La de los mismos muchachos que siempre anda por mis libros.

El hijo de la *Chirrina*, Andrés, general en jefe del andante escuadrón, que escasamente llega a los doce años, reparte órdenes y pedradas en todas direcciones y anima al tropel con su actividad, y le dirige con su buen golpe de vista *trapacera*. Le ha prometido una buena su padre, pero sabe el muchacho que el hosco autor de sus días está en el pueblo inmediato, y al verse el rapaz libre, estalla de alegría, como si fuera el graneado de un fuego de artificio. Le siguen, pisándole los talones, Periquín, hijo de la Tarasca; Anselmo, nieto de la Cantimplora; Lorencillo, sobrino de la Porcuza; Jusepe hijo de Trincacopas; Celedonio, ahijado de Matapenas; Robustiano, nieto de Orinaduros; Pantaleón, primo de Piernascombas, y hasta dos docenas de desharrapados que, cuando llegan las postrimerías de agosto, se lanzan a las cacerías de *pájaros*, y no dejan en todo el contorno árbol sin pedrada, huerto sin avería, lagarto sin ser acosado, culebra sin ser perseguida, y charco o poza sin que reciba sus cuerpos denegridos.

Congestionados los rostros bajo el potentísimo sol que cae de los cielos, descalzos de pie y pierna, sin montera ni cosa que resguarde el cráneo del calor, y reuniendo entre todos un traje hecho jirones, pues el que lleva un pernil carece de lo demás, y el que enseña un tirante, no tiene calzones que sujetar, van comunicándose en atropelladísimos diálogos, rendidos ya y asfixiados por la carrera.

—¡ Por ayí se han metio, mialas! — grita Andrés; — ayí san acurrucao junta la aberca; vamos a eyos.

Y cautelosamente, inclinando los cuerpos para ofrecer menos blanco a las perspicaces miradas de los perdigones, se dirige la partida de chiquillos al boscaje que pone techo de greñas a la superficie del estanque.

¡ Qué vaho de frescura al entrar bajo aquella tupida bóveda! El enzarzado pabellón deja dibujarse en el suelo una azulada randa de sombra taladrada de lunares de oro que se deslizan sobre el agua cuando el viento mueve mansamente el ramaje. Los chiquillos muestran, salpicados de esos lunares de luz, piernas, brazos, rostros, manos y cabezas. A veces, el fantástico encaje sacude su tapiz aéreo, y entonces los millares de pupilas de oro corren sobre los cuerpos de los muchachos con precipitación deslumbrante y vertiginosa...

Después de buscar inútilmente los perdigones, se ponen a mirar los rapaces, echados sobre los muros del estanque, la copia de los cielos, de las ramas, del musgo y de todo el bosque, allá en el fondo misterioso del agua. Sobre ésta caen infinitas filtraciones, babeando sus hilos sonoros, y cada gota, al caer, parece llevar el canto de una lírica orquesta. Un nutrido repicar de sones armoniosos halaga dulcemente los oídos con efectos de músicas extrañas. Los muchachos callan un momento, seducidos por esta sinfonía, y se ponen a contemplar los círculos, rayas, rizos y ondulaciones que arrugan la *tez* susceptible del agua. ¡ Qué misterios! Allá abajo, en lo hondo de aquella sima transparente, una violentísima mancha de fuego, un relámpago de vivas tremulaciones ofusca y pincha los ojos con mil espadas de oro: es la copia del sol.

—¡ Mira, y no se apaga! — dice uno de los chiquillos al verlo lanzar sus llamas de triunfo.

—Porque está ma abajo del agua, y no le yegan laz gota.

—¿ Y a cuántas brazas estará de nosotros, tú?

—¡ Anda! Lo menos a veinte.

—¿ Vamos a cogé una caña pa pinchale?

Los perdigones surgen de pronto, bruscamente, del matorral, y dejan cortado el diálogo de los cazadores.

—¡ Ayí van, ayí van! — repiten de nuevo los chiquillos, lanzándose en polvoroso tropel, como dice Virgilio, y los peñascos de las gargantas y los pedruscos de las cuencas, devuelven las sonoridades fantásticas y repiten muy débilmente: "¡ Ayí van!..."

Ladera arriba, los granujas huyen como demonios: uno tropieza, otro quita la vez al delantero, éste da una voltereta para caer de pie, como los gatos. En un recodo, los perdigones se acoclan rimando el color de sus plumas con el de la tierra, y el escuadrón de cazadores pasa de largo.

Entonces los animales se remueven, inspeccionan el terreno alzándose sobre las patitas, y viendo el campo libre, toman la ruta del monte.

Rendidos de nuevo los chiquillos por el sol y la carrera, dan en tierra bajo unos parrales, rojos los carrillos, las frentes sudorosas, el aliento jadeante y desollados pies y manos.

—¿ Sabei que pica bien el sol? — clama el revoltoso *jefe*, con los ojos encandilados.

—Jaremos sombreros con las pámpanas.

—Bien pensao, miá tú.

Y las guirnaldas flotantes de la vid, los sarmientos vestidos de hojas, caen tronchados al suelo en haces hermosos. Un rapaz traza en un periquete una corona y se la planta; otro combina un círculo de verdura y lo ajusta a sus sienes; el de más allá teje una trenza de pámpanos y la rodea el cráneo hirviente; éste arregla la más graciosa diadema de Baco y engalana su cabeza con ella; todos se adornan como dioses griegos, y son de ver las caras sucias, los carrillos dados de obscuras pinceladas, los torsos de color de bronce empavonados por el sol, bajo aquellas coronas egregias, bajo aquellos adornos clásicos.

Grita uno de los chiquillos: "¡Por ayí van!" y las profusas figuras del cuadro, fijas en el suelo, se inclinan hacia un mismo punto: combínase entonces una sucesión de perfiles, revuélvense de modo distinto los cuerpos, adoptan las manos diversas actitudes, y la riente plasticidad y la gracia más pura y fresca seducen en el lienzo vivo y caprichoso.

El cuadro se descompone cuando se persuaden los chiquillos de que no pasan los perdigones.

— Puez eyo e que hay que buscarloz.

— Ezo digo yo.

— Puez yo no. Yo digo que ez mejó ir a arcanzá er nío e cigüeña que hay e no arto e la atalaya.

— Mejó e jezo — claman la mayoría de las voces, y allá va la risueña partida entre las llamas vibrantes del sol, que arranca chispas de las piedras.

La atalaya era una torre en ruina, una altísima edificación de moros, un prodigio de vetustez con su manto de hilos de araña, sus anfractusuosidades llenas de germinadores reptiles, sus matorrales a media obra, que no se sabe de qué jugo beben, y sus troneras, por las que se veía la lista del mar azul y las arenas.

Una especie de espuerta de broza, un nido colosal hecho a trompicones, dejábase ver en la cima, y cerca de él, sostenida por milagroso equilibrio sob e un pie, una cigüeña castañateó el largo pico al ver acercarse a la torre el tropel de libres muchachos, y se elevó a grande altura.

Se echó la *china* para ver a quién le tocaba hacer la ascención al nido; hubo disputas, bulla, gresca, arreglos, desarreglos, y, por fin, Andrés, Andresillo, el más denodado, el más valiente, el más simpático, fué elegido para el caso.

— Bueno — dijo; — pero no matemoz los pájaro, zi los tiene; no jaremoz máz que velos, ¿eh?

Se remangó el único trozo de manga que tenía su camisón, lió en un estropeado papel un cigarro de pámpanas secas, describió varios brincos y zapatetas antes de aferrarse a la obra, y por fin se agarró, en actitud de rana, al edificio. Ascendió por aquella escala inverosímil; ganó, trazando culebreos, algunas varas de altura; arañó, sintió el escalofrío del riesgo varias veces, y en un huequecillo mayor que los demás, puso un instante el cigarro para hacer descansar a los pulmones. Fumó de nuevo, tornó a soltar la pajuela, hizo en el aire unos garabatos de alegría con una pierna libre, y apechugó de nuevo con la torre.

Ya estaba cerca del nido, y forcejeaba, cansado de la lucha, a una altura vertiginosa. Aterrados los espectadores, ni proferían palabra siquiera. De pronto, sintió Andrés un colosal aletazo en el rostro, a la vez que oyó un graznido feroz de ave furiosa; llevóse el rapaz ambas manos a la cara, perdió, con el punto de apoyo, el equilibrio, y cayó al espacio; volteó, rebotó, grietándose el resonante cráneo contra una peña. La punta del cigarro tardó más en bajar, y por un capricho del aire, fué a caer, encendida y humeante, en la desportillada boca del muchacho.

El idilio se había trocado de pronto en tragedia, en tragedia imponente y horrible.

La primera idea de los chiquillos fué la de salir huyendo; algunos no volvieron la cara atrás hasta entrar en el pueblo, yendo a refugiarse en el seno de sus madres; otros dieron parte de la desgracia, entre espasmos de muerte y castañeteamiento de dientes, y la noticia voló como un río de pólvora por el pueblo. Salieron a recibir al cadáver, que era conducido en hombros, viejos, mujeres, niños, todo el vecindario en masa.

Un plañido fúnebre, compuesto por gritos de cien bocas, por exclamaciones de pena de cien labios y por los retorcimientos de dolor de la madre, llegaba al alma con el trágico aparato de las grandes desgracias.

— ¡¡Mira, mira!! — decían las mujeres a sus hijos. — Pa que te zirva de escarmiento, pa que no güervaz a andá por ezos campoz.

Los niños veían con agrandamiento de ojos el cuerpo muerto, y retrocedían espantados. En la humilde casa de Andrés fué colocado el cadáver, y la noche cayó sobre el espíritu de la madre como un océano de sombra. Todos los vecinos del pueblo acudieron al velatorio; en el regazo de las mujeres, los niños, en grupos cabizbajos, los de edad igual a la de Andrés; los viejos, acostumbrados a los dolores, con una tranquila resignación, al lado de otros viejos; las mujeres, con el alma en cruz, clavada por la pena.

Cuando el padre de Andrés volvió del pueblo cercano, bien entrada la noche, vió el pueblo de luto, gentes a la puerta de su casa, resplandores de cirios que salían de su habitación, y por último, como quien es presa de una pesadilla, a su hijo muerto. Hubo una explosión inmensa de lágrimas, un valiente triunfo del sentimiento.

Se tiró el padre contra el suelo, diciendo que quería morir con su hijo; pensó desgarrarse de pena, estallar.

La tensión del dolor lo redujo al cabo de algunas horas. En el velatorio imperaba un silencio absoluto, roto sólo por algún recrudecimiento de lágrimas.

En las profundidades del silencio, allí donde los seres que asisten a un velatorio oyen terribles músicas *negras*, palpitaciones de cajas destempladas, compases repetidos de duelo, andares de muerte, y roces de visiones, el alma humana formula, traza la interrogación eterna, y espera con el oído puesto en la sombra. Todas aquellas músicas extrañas no pueden concretar una frase, no pueden cuajar una palabra.

Las armonías pasan y vuelven; tan pronto preludian marchas lúgubres, tan pronto imitan sollozos y rezos; ya remedan ruidos de mantos que se arrastran; los cirios restallan y dejan una línea de ceroso humo en el aire: las almas sienten inmovilidades de piedra; sólo el gran mecánico, el corazón, añade su música involuntaria a las misteriosas que pasan por el fondo tenebroso del silencio...

Amaneció, y vino una luz de muerte a manchar de palideces los rostros. Las miradas parecían despertar de una noche eterna.

Durante el día, vinieron los chiquillos compañeros de Andrés a echar lágrimas y jazmines en su caja. Una niña, como de cinco años, llegó con un brazado de rosas, las echó sobre otras rosas, se arrodilló y movió los labios como vió que hacían las mujeres. ¡Oh, divina oración la suya, tan pura como la primera luz de una aurora de mayo!

Por la tarde, en medio de la quietud excelsa de los campos, se dió principio al entierro. El cura, revestido de negro, llegó con su acompañamiento sagrado a la puerta de los padres del muerto, y les pidió al hijo de su alma. La madre arrojó un inmenso grito de sorpresa que dejó rotas sus entrañas. El canto fúnebre lo pidió con nuevos clamores, escudriñando el corazón para estremecer sus más leves fibras.

Cogieron, los que fueron amigos de Andrés, la caja, y estalló esa sinfonía terrible, tremenda, de aullidos de almas que retuercen y despedazan de dolor, de congojas que rompen en lágrimas, de voces profundas que entonan el canto de la muerte, de aroma de rosas ajadas, de jazmines marchitos, de clamores, de besos, de llantos.

Es la inmensa frase de pena con que se despide al que fué. La tierra cae sobre la gracia segada en flor; las piedras insensibles retumban en la caja dando golpes de cólera; los ojos que quedan bajo tierra no verán más los rayos melancólicos del día, los misteriosos simulacros de luz de la tarde, el ajamiento de tintas de los cielos, el mar azul que no lejos de la tumba canta su estrofa eterna.

Hay que decir adiós al muerto. Pretendió subir donde los pájaros, y cayó por falta de alas. Dios se las puso al cuerpo de las aves, y no quiso prenderlas al cuerpo de los niños, que son más bellos que los pájaros.

SALVADOR RUEDA

DIBUJO DE ROSARIVO

De Entre Ríos



CONCEPCION DEL URUGUAY. — El gobernador de la provincia y destacados miembros del gobierno esperando el vapor que conducía al doctor Alvear.



El presidente de la república, doctor Marcelo T. de Alvear, saludando al numeroso público que lo aclamó al pisar el suelo entrerriano.



Artística corona de bronce colocada por el doctor Alvear en la tumba del general Justo José de Urquiza.



El Presidente de la Nación, al frente de la comitiva oficial, dirigiéndose a la iglesia para rendir el homenaje que se tributó a la memoria del general Urquiza.

De Entre Ríos



PARANA. — El gobernador, señor Ramón Mihura, al frente de la comitiva que lo fuera a esperar a la estación del F. C. E. R., en ocasión al viaje que efectuara para recibir al doctor Alvear.

LA GRAN OBRA DE PASTEUR

Hay destinos admirables: el de Pasteur es uno de ellos. Nació para hacer el bien en amplísima escala. Y no por una sola vez, sino para siempre. No fué la suya la obra del filántropo que reparte sus bienes entre los pobres, y al cabo de algún tiempo ni los pobres ni él poseen riqueza alguna. Pasteur hizo a la humanidad un gran número de bienes no perecederos. El virus antirrábico infalible, es ya demasiado conocido para hablar de él. Otros dones se deben al sabio que son menos conocidos. Antes de 1880 la maternidad estaba terriblemente amenazada por la fiebre puerperal.

He aquí algunas cifras de estadísticas a este respecto: en Berlín, en 1864, la fiebre puerperal se llevaba a una mujer por cada 36 parturientas. En Londres, en la misma época poco más o menos, se mantiene el mismo número: una mujer muere por cada 34 parturientas. En Gottingen muere una por cada 32. En 1856, en Francia sucumbía una mujer por cada 19 parturientas.

En 1879, el doctor Hervieux trataba de demostrar a la Academia de Ciencias de París que la fiebre puerperal escapaba a la teoría de los gérmenes. Entonces Pasteur dijo: «Que se me permita dibujar ante la asamblea el microbio al cual atribuyo la existencia de esa fiebre». Y sobre la pizarra trazó la forma del microbio que hoy se conoce con el nombre de «estreptococo», germen que Pasteur había descubierto con el microscopio en la sangre y en el pus peritoneal de las mujeres enfermas.

La antisepsia y la desinfección entraron a formar parte del arte del partero, y la cifra estadística de la mortalidad disminuyó considerablemente. Del seis por ciento bajó al 5 centésimos por ciento ... según dice el doctor A. Calmette en un artículo publicado en «Lectures pour tous».

EL ABUELO

VINO RANCIO DULCE

TAN BUENO COMO UN OPORTO Y MAS BARATO

UNICOS PROPIETARIOS IMPORTADORES

Gonzalo Saenz y Cia

MAIPU 24

BUENOS AIRES

Lotería Nacional

$ 300.000. GRAN SORTEO EXTRAORDINARIO a sortearse el día 10 de Julio. El billete entero vale $ **54.—**; el quinto pesos **5.50.** A cada pedido agréguese un peso para gastos de remisión y extracto.

IMPORTANTE: Para revendedores precios especiales. Giros y órdenes a

SANTOS GERARDI - Sarmiento, 865. Esc. 6 - Bs. As.

¡TODAS! SEÑORAS Y SEÑORITAS

GRATIS pueden consultar personalmente o por carta padeciendo de dolores, hemorragias o falta de período, a la señora Julia Kemery, partera diplomada, Talcahuano, 144, Bs. As. (Sin chapa). (Recibe pensionistas). Teléf.: Libertad, 1869.

Salud y Vigor con el "Hérculex"

«La Constancia». Pichi Mahuida (Río Negro), marzo 28 de 1923.

Señor doctor Sanden. — Buenos Aires.

Estimado doctor:

Recibí su atenta carta 19 del corriente y al mismo tiempo le hago saber que sigo perfectamente bien.

Con el mayor placer me dirijo a usted para agradecerle los excelentes resultados obtenidos con el uso de la Faja Eléctrica y tengo la satisfacción de decirle, que para mí la Faja es lo mejor que se conoce.

En reconocimiento, puede usted publicar esta carta si lo cree conveniente y me es grato saludar a usted atentamente.

S. S. S.

Firmado: **J. Miguel Ansorena.**

TODOS LOS DIAS SE AUMENTAN LOS "HECHOS"

No es con argumentos más o menos floridos, no es con palabras huecas con que se demuestra la eficacia de un remedio, pero es con los HECHOS.

Tenemos más de 22 años de hechos positivos en la Argentina. Hechos comprobados por miles de ex enfermos. Hechos inmejorables.

Pida usted el librito "VIGOR, su uso y abuso por el hombre".
Pídalo hoy mismo; es gratis.

Todas consultas gratis: 9 a 18.



Compañía "SANDEN" - C. Pellegrini, 105 - Bs. Aires



BIBLIOTECA POPULAR DEL MUNICIPIO

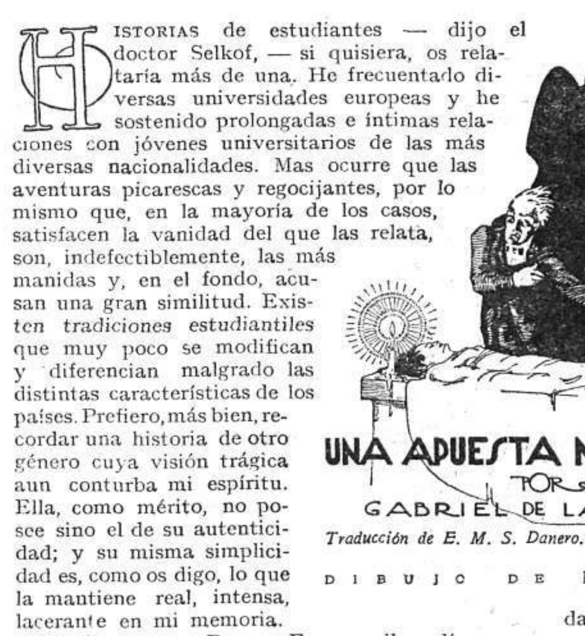
ASOCIACION BERNARDINO RIVADAVIA

La Biblioteca Popular del Municipio, que bajo el patrocinio de la Asociación Bernardino Rivadavia abre sus puertas día y noche a buen número de lectores, es, sin duda alguna, una de las primeras instituciones de su índole; su eficacia, a pesar de las subvenciones que se le han retirado y que merman sus posibilidades de desarrollo, queda manifiesta en el registro de su loable labor cultural, y los esfuerzos que realiza con tanto celo como actividad la actual junta directiva merecen la atención preferente de cuantos se preocupan por la difusión de las bibliotecas, el pan espiritual con que también ha de alimentarse el pueblo.

Un estudiante, asiduo concurrente a la biblioteca, engolfado en la lectura.

Señor Alberto D. Justo, presidente actual de la institución.

Aspecto del salón general de lectura, al que concurre una gran cantidad de público.



UNA APUESTA MACABRA

POR

GABRIEL DE LAUTREC

Traducción de E. M. S. Danero.

DIBUJO DE MACAYA

HISTORIAS de estudiantes — dijo el doctor Selkof, — si quisiera, os relataría más de una. He frecuentado diversas universidades europeas y he sostenido prolongadas e íntimas relaciones con jóvenes universitarios de las más diversas nacionalidades. Mas ocurre que las aventuras picarescas y regocijantes, por lo mismo que, en la mayoría de los casos, satisfacen la vanidad del que las relata, son, indefectiblemente, las más manidas y, en el fondo, acusan una gran similitud. Existen *tradiciones estudiantiles* que muy poco se modifican y diferencian malgrado las distintas características de los países. Prefiero, más bien, recordar una historia de otro género cuya visión trágica aun conturba mi espíritu. Ella, como mérito, no posee sino el de su autenticidad; y su misma simplicidad es, como os digo, lo que la mantiene real, intensa, lacerante en mi memoria.

Hallábame en Praga. En aquellos días que ahora evoco tenía yo unos treinta años. Todos aquellos que entonces eran mis contemporáneos han desaparecido o se han dispersado por el vasto mundo. Es con melancolía que uno recuerda los días vividos en ambientes tan distintos... Yo, empero, me mantenía un tanto apartado, habiendo sido siempre algo salvaje, no frecuentando sino un muy reducido número de compañeros de estudios procedentes de todos los puntos de Europa, y agrupados, naturalmente, de acuerdo con sus *afinidades de origen*. Entre los que sostenía un trato más asiduo encontrábase un polaco cuyo nombre no recuerdo, perteneciente, sin duda, a alguna familia bizarra y complicada, y al cual nosotros teníamos por costumbre designar con el sobrenombre de Natalín. Algunas investigaciones realizadas en común sirvieron para que iniciáramos las relaciones, y a la salida del anfiteatro placíame su conversación variada y nutrida, que no se constreñía únicamente a los tópicos técnicos e intelectuales. Era un joven simple y jovial, de una perfecta salud moral, en un todo inaccesible a las ideas macabras o simplemente inquietantes. En literatura hubiera sido de la escuela de Boileau y, desenfadado, alzábase de hombros cuando yo intentaba hacerle partícipe de absurdas teorías sobre la vida y la muerte recogidas en eso que con mucha propiedad Edgard Poe ha calificado de «espuma de la metafísica alemana».

Yo pienso que existe un destino que se deleita por contraste haciendo aparecer, ante los ojos de las almas tranquilas e ingenuas, el fantasma más atroz y atormentador.

¿Después de qué conversaciones o, quizá, de qué libaciones extraordinarias surgió en nuestras mentes *la idea de aquella macabra apuesta*? No sé. Pero Natalín, con envidiable tranquilidad y una sonrisa burlona, fué el primero sino el único en aceptarla. Tenía la vanidad de asegurar que jamás había experimentado eso que se llama miedo y que para él no era sino una palabra inútil y sin sentido. ¿Miedo de qué? ¿Miedo por qué? solía interrogarnos. Un hombre sensato puede hallarse ante un peligro real y no tener, lógicamente, más que un impulso: afrontarlo valerosamente. En cuanto a los cuentos de hadas, brujas y otros embaucamientos, ya que se estaba entre personas cultas y razonables, era preferible no hablar. Para convencernos cuanto antes, de muy buen grado aceptó la idea de encerrarse aquella noche invernal en el anfiteatro de disección donde, sobre una mesa de madera, hallábase el cadáver de una muchacha que muriera hacía horas en el hospital. Y, para hacer más pintoresca aún la pantomima, comprometióse a hundir a golpes de martillo doce clavos en el borde de la mesa en el instante preciso en que el péndulo del aula diera las doce campanadas de la medianoche.

Para asegurar la ejecución completa del macabro programa, tres de nosotros, entre ellos yo, decidimos instalarnos en el vestíbulo, detrás de la puerta del anfiteatro.

Natalín entró en la sala a eso de las once de la noche, minutos más o menos.

Contábamos, naturalmente, con que la enervante y prolongada espera modificaría la apacible disposición de ánimo de nuestro camarada, por lo cual nos guardamos muy bien de comunicarle que permaneceríamos detrás de la puerta.

En lo que a mí respecta declaro que no me hubiera extrañado verle, al cabo de algunos instantes, abandonar la sala declarando que todo aquello era una farsa ridícula y rehusando prestarse a un juego tan grotesco. Nada sorprendido habíase mostrado por el aspecto harto lúgubre del anfiteatro, débilmente alumbrado por una bujía colocada sobre la camilla junto al martillo y los doce clavos. Natalín, empero, aceptó todo. Y cuando le dejamos confortablemente instalado en un *sillón, en tren de encender su pipa*, puedo asegurarlo, estábamos más turbados que él.

Cerramos la puerta; y, después de un simulacro de salida, nos sentamos en uno de los peldaños más altos de la escalera, no sin maldecir interiormente contra nuestra descabellada apuesta. Temerosos de revelarle a Natalín nuestra presencia no nos atrevíamos a pronunciar una sola palabra. El tiempo transcurría lentamente. La obscuridad nos impedía mirar la hora en nuestros relojes. Y ya estábamos dispuestos a preguntarnos si la noche entera no habría transcurrido cuando, de pronto, en la negrura de nuestras impresiones, el péndulo del anfiteatro, rompiendo el silencio lúgubre y absoluto, dió la primera campanada.

Fué como si nos despojáramos de un peso plúmbeo. Respiramos. El segundo golpe, después el tercero, siguiéronse implacablemente, cada uno doblado, como con un eco. El martillo siguió, cuatro, cinco, seis... Hasta que, seco, sonó el duodécimo. Al fin, el silencio... Pero, en medio de nuestro mortal estupor, un nuevo ruido, agudo, hiriente y desgarrador tronó en la noche. No era el péndulo. ¡No! Era un grito, un lamento surgido de una garganta humana agarrotada por el espanto, un grito único, un llamamiento *desesperado antes de caer en el silencio fatal*.

De un golpe abrimos la puerta y penetramos en el anfiteatro. La bujía ardía con una llama rojiza y en los ojos del cadáver de la muchacha, yo no sé, vimos como un fulgor hiriente.

Natalín hallábase tendido en el suelo, al pie de la mesa; y la inmovilidad de la muerte habíale sorprendido en un desesperado esfuerzo de liberación. La muerte, en aquel preciso instante, acababa de extender sobre él su velo de horror. Y los tres compañeros, impotentes, comprobamos que nuestro camarada, trágica, grotescamente, habíase ligado a la mesa de tortura por uno de los faldones de su levita, y que, aturdido, aterrorizado por el cadáver y la obscuridad, atravesara con el último de los clavos.



GENERAL PICO (Pampa Central). — Concurrentes al picnic realizado en el Prado Español en honor de la comisión de damas y señoritas de las romerías españolas.



MORNY
LONDON

PERFUMERÍA "CHAMINADE"

tiene una distinción que es sola.

PERFUME
AGUA DE TOCADOR
LOCIÓN
SALES PARA EL BAÑO
TALCO
POLVOS PARA LA CARA
POLVOS PARA DESPUES DEL BAÑO
JABÓN DE TOCADOR
JABÓN PARA EL BAÑO etc.

Se venden exclusivamente por los comerciantes en perfumería de alta clase:
POR MAYOR:- SUCESIÓN DIEGO GIBSON
DEFENSA 192 — BUENOS AIRES
REPRESENTANTE:- J. M. DENOVAN
SAN MARTIN 233 - BUENOS AIRES



Este polvo antiséptico sirve para la prevención y tratamiento de la piorrea.

Indispensable para encías esponjosas que sangran. Las afirma, evitando la caída de los dientes además de limpiarlos.

Un tarrito tiene contenido para 6 meses, haciéndolo muy económico. Solicite muestra.

Mándenos el cupón acompañado de 10 centavos en estampillas de correo para remitirle gratis una muestra de polvo PYORRHOCIDE.

Nombre.. C.C.

Calle y N.º..

Localidad..

VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

Unicos Agentes:

MAYON Ltda.

Avda. de Mayo, 1245. Bs. Aires

Fabricantes:

The Dentinol & Pyorrhocide Co.
NEW YORK

De San Luis



Los señores Cantisani, Laborda, Sarapura y Labanal, miembros del jurado que adjudicó los diversos premios en el festival deportivo organizado por las Damas de Beneficencia.

Aspecto del salón del Club Social durante el gran baile realizado a beneficio del Hospital de Caridad.

Para ser Hermosa

El cultivo de la belleza requiere una selección esmerada de los productos de tocador que deben contribuir a la frescura y lozanía del rostro.

Por eso nosotros, que los hemos elegido cuidadosamente, aconsejamos el uso de estas selectas especialidades:

Crema LECHUGA

J. Beauchamphs.

Deja el rostro con la tersura y suavidad de la juventud evitando las arrugas, pecas y granos.

Esta crema se expende en envases de loza y vidrio esmerilado.

Jabón Crema LECHUGA

Refresca el cutis y lo perfuma con su divina fragancia.

De venta en todas partes.

UNICOS AGENTES:

DIAZ Hnos. Cabildo, 2175 al 85. Bs. As.

En Montevideo: DEL-CO y Cía. - Soriano, 1135

Exija en estas especialidades nuestra marca registrada "LA LECHUGA".

ALFA-LAVAL

ALFA-LAVAL

DESNATADORAS

Y

Máquinas de Ordeñar

INSTALACIONES ECONOMICAS
PARA CREMERIAS Y GRANJAS

INSTALACIONES PARA FABRICACION DE CASEINA

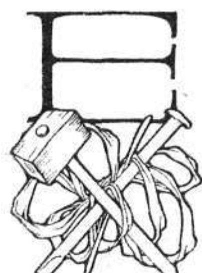
PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

Goldkuhl y Brostrom Lda.

CHACABUCO, 199 — BUENOS AIRES

ALFA-LAVAL

ARNALDO ZOCCHI



Es hijo de un escultor muy estimado, aunque tal vez demasiado académico. Arnaldo Zocchi tuvo que luchar mucho para que descollara su personalidad. Es lo que ocurre a menudo a los hijos de padres ilustres: Gustavo Salvini tuvo su carrera retrasada de diez años, porque el público no le pedía, como a los otros actores, ser grande por sí mismo, sino que le pedía ser digno de su padre, el gran Tomás.

En la personalidad artística de Arnaldo Zocchi quedó, a pesar de todo, algo de aquella solemnidad poco comunicativa del arte de su padre; frente a sus grandes obras uno admira la perfección de las figuras, la belleza del detalle, la majestuosidad del conjunto; pero es difícil que el arte de Arnaldo Zocchi lleve de golpe hasta el entusiasmo.

Aquí sería necesario discutir sobre la misión del arte; tendríamos que averiguar en qué estriba la excelencia de la escultura; pero, como en arte «toto capita tota sentenciae», y cada cual siente como puede, y no hay nada de más subjetivo que un juicio sobre un arte o sobre una obra de arte, así la discusión no nos haría adelantar nada. Limitémonos, pues, a afirmar que Arnaldo Zocchi es un escultor de gran vuelo, aunque de limitada fuerza sintética en sus concepciones plásticas.

Me parece que sea éste el defecto — si es defecto en el arte escultórico — de Arnaldo Zocchi: el de no concebir sintéticamente.

Cuando encomendaron al escultor Barzaghi un monumento para Félix Cavallotti, el escultor, recordándose de una de las más hermosas poesías de Cavallotti, modeló una enorme estatua de Leonidas, héroe de aquella poesía: Arnaldo Zocchi nos hubiese dado, no hay duda, un gran monumento, pero sin el acierto de aquella simbolización. Zocchi es un escultor que necesita decirlo todo; razona antes de crear; y como es un temperamento analítico, nunca alcanza la síntesis.

Quede establecido que la mía es una opinión de un profano y que yo la doy por lo que vale, o sea por su sinceridad subjetiva; lo que no excluye que pueda ser equivocada.

Arnaldo Zocchi, trabajador como pocos, tuvo que aguardar muchos años antes de poder entrar en el camino ancho del arte; antes de alcanzar el jardín florecido de la fama y de la tranquilidad económica, sus pies tuvieron que pisar muchos abrojos, ensangrentándose. La imagen retórica me ha llevado a decir los pies; pero era el corazón el que sangraba bajo los azotes de las decepciones; es el corazón el que sangra cuando los sacerdotes del arte tienen que abrirse camino en medio de la indiferencia de los muchos y de la envidia de los pocos.

Nacido en Florencia en 1863, estudió en los cursos clásicos de un colegio dirigido por religiosos, creándose aquella cultura que en la vieja Europa todavía es reputada indispensable para quien quiere saber algo: los cimientos necesarios para que todo hombre intelectual pueda construir el edificio por él concebido. Pero, a pesar de que su padre quisiese hacer de él un médico, el jovencito obtuvo iniciarse, en el taller paterno, en los misterios del arte; y muy joven todavía pudo atreverse a participar en el concurso para el monumento a Garibaldi en Roma; el concurso fué ganado, merecidamente, por el escultor Gallari, pero el joven Zocchi logró ser uno de los cuatro mencionados como descollantes; y los otros tres eran escultores ya consagrados por la fama.

Siguieron días de abatimiento, luchas económicas, tentativas nunca coronadas por el éxito completo; hasta que pudo obtener la estatua que la ciudad de San Sepolcro levantó a su hijo, Pier de la Francesca.



Fué el comienzo de una carrera nobilísima de artista. Modeló un monumento a la memoria del ingeniero Brisse, que no agregó nada a su fama, pero fortaleció su voluntad; y siguieron, en los años, entre otros, los que más valieron a confirmar su potencia artística: el monumento de Simone Cuccia, que está en Palermo; el monumento de los mártires patrióticos de 1799, que está en Altamura; el gran monumento ecuestre de Garibaldi, en Boloña; el monumento a Alejandro II, en Sofía; el monumento de la Independencia de Bulgaria, en Roustchouk; el monumento al gran músico Pier Luigi, en Palestrina, su patria; la estatua de la Munificencia, que está en el sepulcro de Humberto I, en el Panteón; otros que por cierto no me vienen a la memoria y, finalmente, el gran monumento de Cristóbal Colón, ofrendado a nuestra República por los italianos residentes en esta tierra, monumento que es sin duda alguna la obra más grandiosa del ilustrado escultor.

Del monumento a Colón no sería difícil hacer reparos; y fueron hechos. Pero es indudable que él basta para la gloria de un artista. Puede que tengan razón los que hubieran preferido que la estatua enorme del Descubridor no se levantase sobre el capitel que remata el bloque cuadrangular; puede que el conjunto no hubiese perdido nada perdiendo unos metros de su altura; puede, en suma, que la parte arquitectónica del monumento sea inferior a la parte escultórica; pero si no hubiese más que el soberbio grupo de la nave, aquél bastaría para hacer del monumento una obra merecedora de la admiración de muchas generaciones. Luego, hay mucho más que ese grupo en el monumento de Colón. Hay un alto concepto de la historia, traducido en un conjunto plástico formado por partes de distinta, pero siempre elevada hermosura; hay una feliz concepción artística realizada por un gran artista.

Arnaldo Zocchi tiene delante de sí diez años de vida creatriz: augurémosle que él pueda extrinsecar en otra obra grandiosa sus descollantes condiciones.

ITALICUS



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL

Trimestre	$ 2.50
Semestre	» 5.00
Año	» 9.00
Número suelto	20 ctvs.
Número atrasado del cte. año	40 »

EN EL INTERIOR:

Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 6.00
Año	» 11.00
Número suelto	25 ctvs.
Número atrasado del cte. año	50 »

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» » 4.00
Año	» » 8.00

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

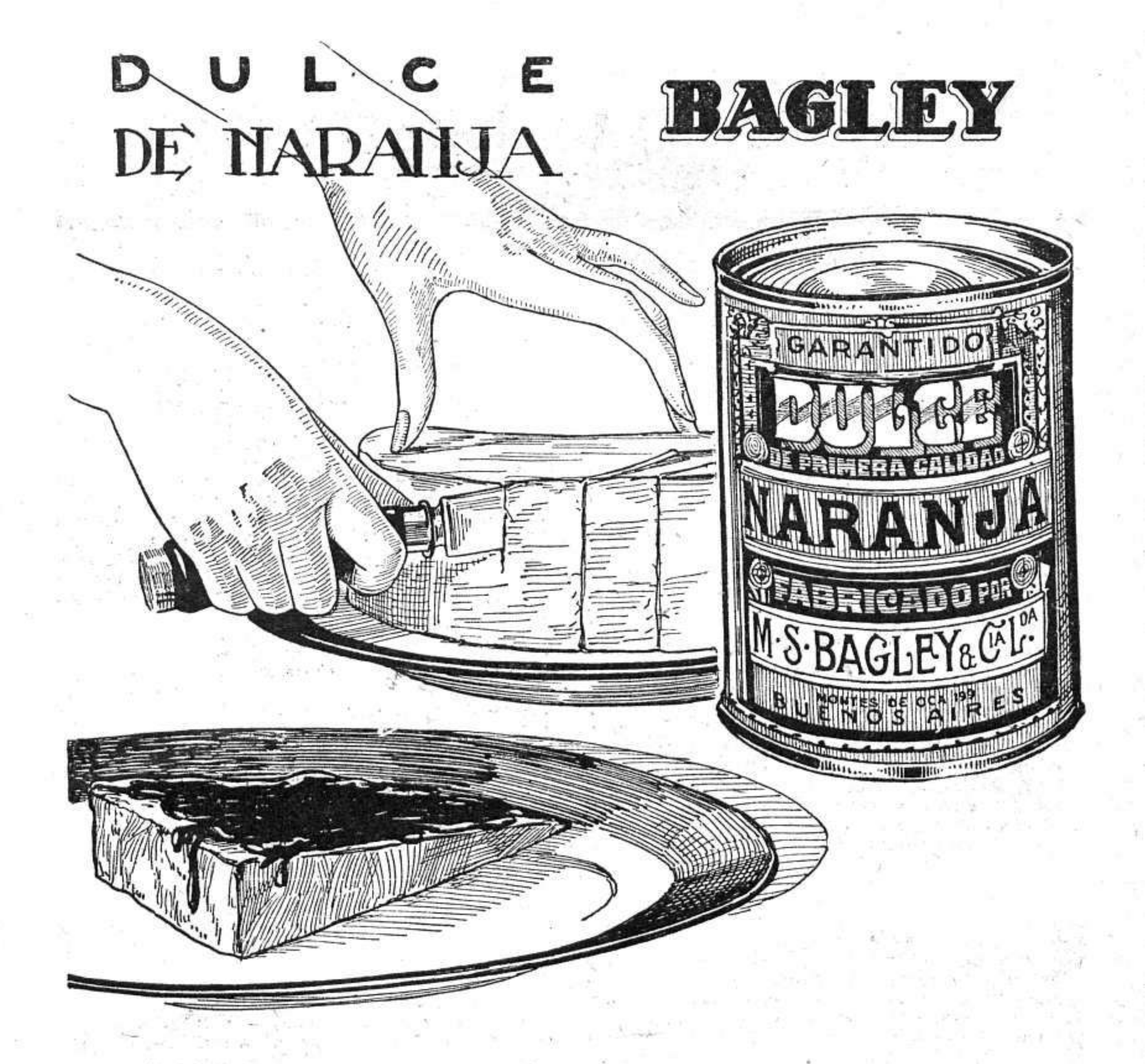
EL ADMINISTRADOR.

De Santiago del Estero



La señorita Julia Elena Andreoli con un grupo de señoritas y jóvenes que la hicieron objeto de una demostración de aprecio con motivo de su onomástico.

LA BANDA. — Concurrentes al almuerzo criollo ofrecido por el señor Santiago Catalfamo a su numeroso personal obrero.

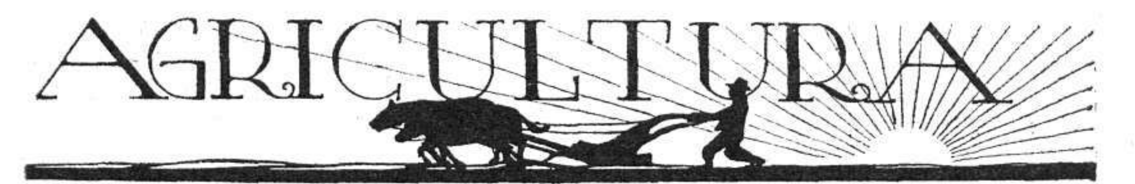


El Dulce de Naranja

BAGLEY

es el postre ideal, que se ha impuesto en todas las mesas, por sus excelentes cualidades naturales.

Es sano, de delicioso sabor y es sumamente alimenticio.



LA LUNA Y SU INFLUENCIA EN LOS CULTIVOS

En todas partes del mundo, en todas las épocas desde las más remotas hasta las modernas, entre las poblaciones más diversas de la Tierra, siempre se ha atribuído a la Luna mayor o menor influencia en la marcha de las estaciones y en los resultados de las operaciones agrícolas o domésticas; de ahí el copioso caudal de prejuicios y supersticiones derivado de aquellas creencias, compartidas y perpetuadas por herencia y tradición, no solamente por el vulgo, ignorante o rutinario, sino que también, a veces, por personas de cierta cultura e ilustración.

Para darnos cuenta y apreciar, previamente, sobre el escaso valor que tienen estas creencias, basta interrogar a la Ciencia respecto a la influencia que tiene la Luna sobre la Tierra, o al menos sobre sus elementos atmosféricos más ponderables: aire, temperatura y luz.

Conocido es por todos el fenómeno de la alta y baja marea, por el cual, durante las veinticuatro horas del día, una ola marina se levanta y se baja, obedeciendo a la atracción combinada que ejercen la Luna y el Sol; lógicamente podríamos suponer que un fenómeno análogo, por idénticas causas, aunque en diversas proporciones, pudiera realizarse en el aire, que constituye la atmósfera terrestre; pero las observaciones y experiencias efectuadas en todos los tiempos han demostrado que la presión atmosférica no sufre por las causas mencionadas perturbación sensible; apenas si es apercibida por los instrumentos barométricos.

Ahora, sobre la temperatura tampoco se observan efectos notables puesto que trátase de un astro muerto, de un cuerpo frío, sin calor propio, que solamente recibe un calor radiado por el sol, el que refleja en proporciones mínimas; en efecto, si colocamos el bulbo de un termómetro en el foco de un lente de aumento durante un plenilunio apenas se observan algunos décimos de grado de elevación de temperatura.

Y en cuanto a la luz, si bien para nuestros órganos ópticos la que emana de la Luna en su mejor estado de luminosidad es suficiente a veces para leer un diario y en fotografía también es posible, mediante una noche entera de exposición, impresionar una placa, esto no obstante, su poder luminoso es tan débil, que siendo de 5 a 800.000 veces menor que el del Sol, resulta un coeficiente tan escaso que en verdad no puede determinar efectos sensibles o notables sobre la Tierra.

De modo que, aun no pudiendo negarse en absoluto que la Luna ejerza alguna acción de efectos barométricos, térmicos y luminosos sobre la Tierra, podemos creer que sus efectos son tan débiles e imponderables que no se puede tenerlos en cuenta para la vida vegetativa en sus funciones más importantes.

Sin embargo, la creencia popular de los viejos pueblos de los diversos continentes asigna a la Luna un rol sensible o eficiente en la marcha del tiempo; así, por ejemplo, se cree que las nubes desaparecen en cuanto sale la Luna en todo su esplendor; pero aunque esto no sucede siempre, es fácil comprobar que las nubes son llevadas por el viento que se levanta precisamente en las horas vespertinas, especialmente en las regiones situadas en el litoral o sobre las costas marítimas o atlánticas.

También se dice que durante una noche de plenilunio nunca llega a llover; pero si esto obedeciera a leyes físicas, el hecho se repetiría con carácter de permanente, sin excepción; y en cambio, ¿cuántas veces vimos llover a cántaros durante noches enteras de plenilunio?

Igualmente es común pronosticar que, cuando el disco lunar presenta una aureola de color blanquecino, llueve pronto; pero esa aureola es debida a que la atmósfera terrestre está cargada de vapor acuoso que puede transformarse en lluvia próxima, mientras que con atmósfera seca y límpida, con escaso vapor fluctuante, difícilmente llueve; no se puede, pues, confundir la causa con su efecto y viceversa.

Pero en lo que la imaginación popular es fecunda de prejuicios y de supersticiones es en lo relativo a la influencia de la Luna en muchas operaciones campestres o industriales; así, por ejemplo, hay agricultores que creen, y lo hemos oído repetir más de una vez en nuestras excursiones por la campaña argentina, que los cereales deben sembrarse en luna llena o cuarto menguante; la alfalfa, en cuarto creciente; las habas, los porotos, las arvejas, con luna llena; las cebollas, las papas, las zanahorias, con luna nueva.

Ahora bien; sabemos que la luz es factor indispensable y eficiente en el crecimiento vegetativo, pero no podemos admitir que los cereales, hortalizas, forrajeras y otras plantas cultivadas pueden recibir beneficio alguno de la luz lunar, cuando sabemos que, siendo el poder luminoso de la Luna 500.000 y más veces menor que el del Sol, se deduce que un día de Sol equivale a 500.000 noches, esto es, son necesarios más de 1.300 años de Luna para producir los mismos efectos que un día de Sol.

Este simple cálculo bastaría para destruir completamente toda creencia sobre la influencia lunar en las fases vegetativas; pero hay también otro argumento de simple buen sentido, y es que si así fuera solamente habría en el mundo catorce días y medio de buena siembra, preludio de óptima cosecha, e igual periodo de siembra mala, augurio de pésima cosecha, y en cambio vemos que nuestros chacareros siembran trigo desde mayo hasta agosto, y si efectúan buenas labores, emplean buenas semillas y la estación acompaña, los buenos y altos rendimientos se obtienen por igual en toda su chacra, sin que pueda atribuirse el resultado a la Luna menguante o creciente, nueva o llena.

La poda de los frutales y vides también suele subordinarse a las fases lunares y efectuarse en Luna llena para obtener fruta y en Luna nueva para conseguir leña; en el corte de los montes también rige la misma regla; y en el Chaco, Paraguay y Misiones se nos aseguraba, en los tiempos de nuestras andanzas por aquellas selvas, que los postes, los rollizos de madera dura y los palos de palmeras se apolillan o no según la Luna en que se corten las respectivas plantas; pero en cambio vemos y comprobamos que en las quintas frutales y en los viñedos de alguna extensión e importancia la poda se efectúa durante todo el invierno y el corte en los obrajes se hace cuando sea, sin tener en cuenta el calendario lunar, porque de otro modo la peonada trabajaría quince días y quince estaría en descanso.

Análogas consideraciones podríamos formular para refutar las creencias que el vulgo sustenta sobre la influencia lunar en el trasiego del vino, su embotellamiento, la incubación de huevos, la faena de cerdos para embutido, el blanqueo de ropa lavada y mil patrañas parecidas, todas ellas sin fundamento ni razón que las explique.

De modo que, de creer todo cuanto la imaginación de la gente del campo ha creado en torno a la Luna, resultaría que este astro de mortal palidez, de rostro frío y helado, tendría el gobierno de nuestras tareas agrícolas y un rol trascendental en sus resultados, lo que a la luz de la ciencia y del simple sentido común no cabe creer ni en mínima parte; y es lo que hemos tentado demostrar en estas breves notas de vulgarización.

HUGO MIATELLO

ING. AGRÓNOMO



Caras y Caretas ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

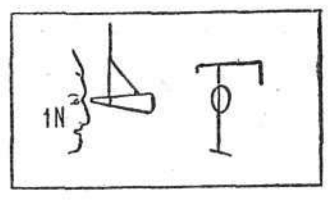
3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1

Comprimido, por Nicolás Alvarez (ciudad)



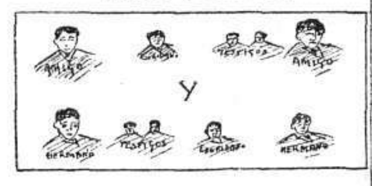
N.º 2

Jeroglífico comprimido, por Nicolás Alvarez (ciudad)



N.º 3

Proverbio interpretativo, por «Esfinge» (Rosario de Santa Fe)



N.º 4

Comprimido, por A. Rodríguez (hijo) (ciudad)

H vocal 1609 mts. nota

N.º 5

Comprimido, por A. Rodríguez (hijo) (ciudad)

2 LIQUIDO

N.º 6

Intercalación comprimida, por A. Rodríguez (hijo) (ciudad)

RIO DE NOTA FRANCIA TA

N.º 7

Logogrifo-jeroglífico, por Mario Medina (ciudad)

MEDICINA

2 6 3 5 4 1

N.º 8

Charada a vocablos, por Mario Medina (ciudad)

Con esa "nota" este "animal"
pierde su "estado" tan especial.

N.º 9

Charada, por Mario Medina (ciudad)

Un marido muy celoso,
dice, a su esposa furioso:
Vi mil "todo" cual si fueran
en "segunda" de "primera".

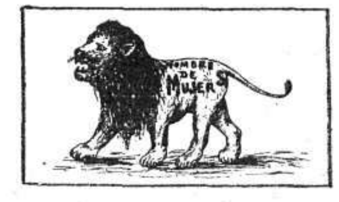
N.º 10

Frase comprimida, por Ariel Irume (ciudad)

D ABIERTO D

N.º 11

Comprimido, por «Chicholo» (Moreno, F. C. Oeste)



N.º 12

Comprimido, por «Chicholo» (Moreno, F. C. Oeste)



N.º 13

Charada, por «Pepe» (ciudad)

Mi "prima", "segunda", "tercia",
que es una linda "dos" "cuarta",
a su "dos" "tres" le decía
llena de ira y de rabia:
¡"Dos" "tercera" de mi alma!
Si no me prestas ayuda
para cazar una "todo"
que se introduce en mi casa,
me quedaré sin el gallo
que reservo para Pascuas.
Yo, ya de un golpe certero
la dejé "primera", "cuarta",
pero estoy con la certeza
de que "todo" vuelve a casa.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de Caras y Caretas, Chacabuco, 151.

Concurso de junio. — Se reciben soluciones hasta el 12 de julio inclusive.

CONCURSO DE PASATIEMPOS
JUNIO DE 1923
CUPON N.º 1291

NUEVAS ORIENTACIONES DE ESTA SECCION

Es nuestro propósito dar una nueva orientación a esta página dividiéndola en lo que se refiere a colaboraciones. Todas aquellas que aparezcan con el agregado: «fuera de concurso», se considerarán en tal carácter en cuanto al concurso de colaboraciones se refiera no así para el de solucionistas, pudiendo por ese procedimiento no vernos privados de excelentes elementos.

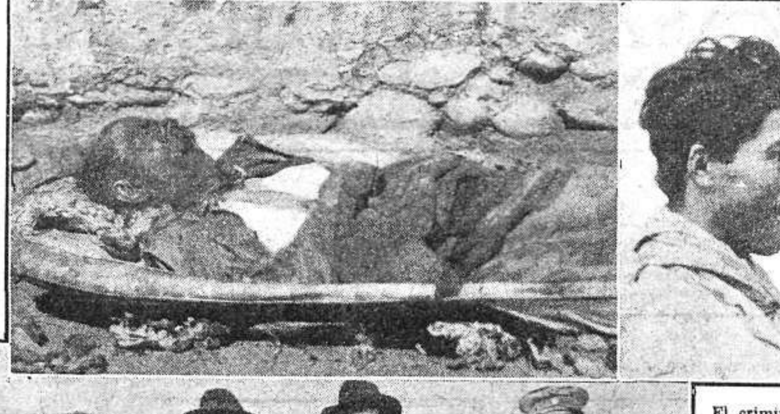
Los demás pasatiempos se destinan a estimular a los que se inician en el arte enigmático.

Los que deseen que sus juegos se publiquen fuera de concurso deben manifestarlo al pie del mismo.

De La Rioja

HORRENDO CRIMEN EN CHILECITO

La vecina localidad de Puntillas ha sido teatro de un crimen perpetrado en la persona de un anciano sirio. El móvil que guió al asesino para ejecutar tan cobarde asesinato resulta únicamente el robo cuya total valorización no alcanza a la suma de treinta pesos.



El cuerpo de la víctima, señor Jorge Reache.

El criminal Eustaquio Cosco.



Gracias al celo demostrado por las autoridades policiales, el victimario ha sido detenido, confesando con el cinismo propio de un ser anormal todos los pormenores del hecho.

El jefe, señor Santiago G. Bustos, y personal de la policía local, a cuyo cargo estuvo el esclarecimiento del crimen.


AUTOMOVILES
1923
Buick

EL ERROR

POR

HOLLOWAY HORN

Traducción de

A. AINSA

El detective inspector Ducrós era un hombre cuyo cerebro trabajaba en forma lenta, pero segura. No era una lumbrera, pero desde el momento en que adoptaba una resolución se hallaba dispuesto a correr los mayores riesgos para «probar» las conclusiones a que había llegado.

El asesinato cometido en Manchester Square lo tenía desorientado, sin embargo. Jamás había pensado tanto sin menores resultados. No existía en aquel asunto ni la menor sombra de una huella, ni de indicio alguno al que Ducrós pudiera aferrarse. No había rastros de lucha. Un minucioso examen del lugar del hecho le demostrara que en ninguna parte se registraban impresiones digitales.

Todo lo que el detective pudo deducir era que la muerte había sido causada por «alguien desconocido» y sumamente difícil de descubrir por razones inexplicables. Lo único que sabía de seguro era que el crimen habíase cometido con las tenazas de la chimenea existente en la habitación donde se cometiera el hecho, las que luego fueron colocadas nuevamente en su sitio.

Ducrós no encontró grandes dificultades para conocer por completo la sencilla historia de la vida del muerto. El señor Riley había sido comerciante y contaba 67 años. Durante treinta residiera en Marchester Square, habiendo tenido a su servicio a una anciana ama de llaves — la señora Hotchkiss — y dos sirvientas, y durante muchos años fué considerado como una autoridad en la clase de negocios a que se dedicaba... Eso era todo.

Tranquilo, apacible, así vivió en aquella parte de Londres hasta que fué encontrado muerto en su propia biblioteca, entre los estantes llenos de libros. De aquellos libros a los que tanto amaba.

¡Ni el menor rastro!

Ducrós pudo averiguar escrupulosamente hasta los menores detalles de lo ocurrido por la tarde y la noche. El señor Riley, después de comer a la hora acostumbrada, tomó el café en la biblioteca, a las ocho y quince minutos, como todos los días. No se le había vuelto a ver hasta las diez y quince, a cuya hora, de acuerdo con la orden dada y como se hacía habitualmente, una de las sirvientas llegó a la habitación sirviendo en una bandeja agua caliente y jugo de limón.

Tan espantosa era la escena presenciada por la joven, que soltó lo que llevaba en las manos y echó a correr llamando a voces a la señora Hotchkiss.

A las diez y cuarenta minutos llegó un inspector, respondiendo al llamado hecho por teléfono a la comisaría seccional.

El médico que se encontraba allí manifestó que, a su parecer, el señor Riley había muerto una hora antes. El golpe causante del deceso se evidenciaba por la espalda. La muerte fué instantánea.

— No ha habido robo — exclamó el joven doctor indicando una cigarrera de oro que se encontraba en uno de los ángulos de la mesa.

Ducrós realizó entonces un cuidadoso examen de la habitación. Nada faltaba; nada estaba fuera de su sitio; ni aun las tenazas después del siniestro uso que de ellas se hiciera. El inspector interrogó solemnemente a las aterrorizadas mujeres, pero, a excepción de algunas frases sin sentido de la que descubriera el cadáver, no obtuvo nada.

— No es por este camino por donde puedo conseguir algo — exclamó.

Dejando a un subordinado para que ejerciese la necesaria vigilancia, se marchó bastante preocupado. A la siguiente mañana fué en busca del sobrino de la víctima, cuya dirección lograra obtener por intermedio del ama de llaves.

Jeremías Riley era un hombre como de cuarenta y cinco años de edad. Vivía en un departamento situado en Clarges Street, y Ducrós lo encontró muy animado.

— Ya sé — dijo antes de que el inspector hubiese pronunciado palabra alguna. — La señora Hotchkiss ha estado aquí esta mañana. ¡Pobre viejo tío! — Y parecía, al decir esto, que estaba a punto de romper a llorar.

— Sé que ha estado aquí. Uno de mis hombres la ha seguido.

— Pero supongo que usted no va a sospechar de la vieja Hotchkiss.

— Yo no sospecho de nadie, señor. Y sin embargo, no dejará de reconocer que debo sospechar de todo el mundo.

— ¡Por supuesto!... ¡Por supuesto!... ¿Puedo hacer algo por usted? Este horrible acontecimiento me tiene atontado...

— Lo que más me desorienta es la absoluta ausencia de motivo. Robo no ha habido...

— Entonces... ¿Por qué ha sido?... Alguna razón debe existir.

— Eso es lo que trato de descubrir... Venganza, acaso.

— ¿Por qué? Mi pobre tío no tenía enemigo alguno en el mundo. Era un hombre respetado por todos.

— En ese caso ya ve usted que tenemos que trabajar a ciegas. No existe el menor rastro.

— Y si descartamos la venganza, señor inspector, ¿está usted «seguro» de que no ha existido robo?...

— Yo no estoy «seguro» de nada. El asesino pudo muy bien haberse aterrorizado de pronto al ver



EN AQUEL INSTANTE ENTRÓ HOMBRE EN LA HABITACIÓN Y LUEGO OTRO. . Y SONÓ UN RUIDO METÁLICO... LAS ESPOSAS.

que había muerto a su tío, tal vez sin querer...

—Es posible.

—Pero no es probable. Las tenazas de que se sirvió para cometer el delito fueron colocadas nuevamente en su lugar... y eso no es un indicio de pánico... ¿Ha revisado usted sus papeles? Usted es el heredero.

—Así lo creo. A lo menos, que yo sepa, soy su único pariente vivo... El y yo éramos los únicos de la familia.

—Así lo suponía...

Ducrós no manifestó impresión de ninguna especie. Cuando trabajaba era un hombre impenetrable.

—Pero seguramente tendrá usted alguna impresión... alguna teoría.

—Claro está. Tengo varias teorías acerca del hecho, pero todas ellas carecen de una base firme y no me gusta perder el tiempo en tratar de desarrollarlas, porque al final resulta, generalmente, que no conducen a nada positivo...

—Si hubiera habido robo, al menos se podría tener una base cierta.

—No mucho. Recuerde usted el caso de Wrexfield... El robo no era más que una coartada. Seguramente tratarán de que usted proporcione algunos datos...

—Así lo supongo. Si la policía cree que le puedo ser útil en algo... Pero quisiera tranquilizarme primero... He recibido una fuerte impresión...

Sin embargo, Jeremías Riley parecía hallarse «bastante tranquilo», y en cuanto el inspector hubo salido de la habitación y cerró la puerta, una sonrisa sarcástica desplegó sus labios, y luego encendió un cigarrillo.

En sus momentos de buen humor Jeremías Riley se calificaba a sí mismo como un excelente artista. Realmente el crimen había sido una verdadera obra de arte, particularmente por la idea de haber utilizado al propio subjefe de policía, sir Juan Harnett, como un testigo a favor en caso necesario.

Este funcionario y Jeremías Riley eran socios del Cosmos Club. Riley conocía bien las costumbres de sir Juan Harnett. Dos o tres noches por semana sir Juan Harnett llegaba al club a las siete y treinta, comía allí y se dirigía luego a uno de los salones de juego donde, generalmente con las mismas personas, formaba una partida hasta las diez, y a veces hasta más tarde.

A las siete y cuarenta y cinco de la noche del crimen Jeremías Riley entró en el comedor del club y comió en unión del subjefe de policía, a quien después acompañó a la sala de juego. Pasados diez minutos, mientras sir Harnett estaba engolfado en su partida, Riley salió disimuladamente del club.

Había en la puerta un automóvil de alquiler manejado por un hombre de barba negra, cortada en punta. Riley penetró en el auto, rápidamente, para no ser visto, y dió una dirección.

—Wimbrug Street — dijo, indicando un lugar que se encontraba a un centenar de metros de Manchester Square.

—Muy bien, señor — respondió el conductor.

Riley se dirigió al domicilio de su tío atravesando el jardín de la plaza para evitar la luz de los focos eléctricos. La casa adonde se dirigía estaba en uno de los ángulos de la plaza. Frente a la puerta de entrada la verja formaba un semicírculo, y a los costados existían dos pequeños senderos que conducían, uno hasta la entrada de la cocina el otro, hasta el jardín situado en la parte posterior del edificio.

La ventana-puerta de la biblioteca de Juan Riley daba a este sendero. El sobrino sabía que esa entrada no acostumbraba a estar cerrada, y en consecuencia era posible que una persona que estuviera en el secreto penetrase en la casa sin ser vista.

Conocía asimismo la hora en que su tío tenía por hábito aislarse allí para tomar café y leer sin ser interrumpido. Rápidamente cruzó la entrada y se dirigió hacia aquel lado, luego se ocultó entre unas plantas y observó a su víctima.

Juan Riley estaba sentado en la biblioteca y tenía un libro abierto encima de las rodillas, pero su cabeza estaba inclinada hacia adelante como si dormitase. En la mesa, al alcance de su mano, tenía una taza de café, lo que demostró a su sobrino que la visita de las ocho ya fuera evacuada.

Jeremías Riley abandonó la biblioteca tres minutos más tarde. Desde el sitio en que estaba vió que el camino se hallaba libre. Algunos minutos después llegó a la plaza, realizada ya su trágica obra. El corazón le latía aceleradamente, pero su aspecto exterior era tranquilo, sin haber perdido el dominio de sus nervios.

Llegó al club a las nueve y cuarenta. Se quitó los guantes, se lavó y cepilló y luego marchó hacia uno de los saloncitos donde se hizo servir un whisky con soda.

¡No había dejado el menor rastro!

Transcurrido poco tiempo, sir Juan Harnett penetraba en esa habitación.

—¿Ha estado usted de suerte? — preguntó Riley levantando la vista del periódico que aparentaba leer.

—Regular, Riley... Sólo muy relativamente...

—Yo hubiera jugado una partida, pero no pudimos reunirnos los suficientes; por eso me quedé aquí leyendo estos soporíferos artículos. ¿Quiere tomar un whisky?

—No. Muchas gracias. Voy a retirarme.

—Yo también pienso hacer lo mismo, porque aquí me aburro más cada día.

Se levantó de su asiento mientras hablaba, y minutos después los dos, el segundo jefe de policía y el asesino, salían juntos del club.

Se separaron frente al domicilio de Riley.

La coartada estaba dispuesta con habilidad. En forma indirecta, pero clara, pudo así demostrar a sir Juan Harnett que no se había movido del club. Si alguien abrigaba sospechas por el crimen de Marchester Square, sir Juan lo defendería. Y una palabra del alto funcionario bastaría para alejar toda sospecha.

Riley llegó a su habitación satisfecho. Las cosas se desarrollarían de acuerdo con sus planes. Ni el menor indicio.

Cualquiera otro hombre tal vez hubiera estado algo excitado, por lo menos, pero Riley se encontraba perfectamente tranquilo.

Posiblemente el punto débil estaba en la mirada de aquel hombre, pues sus ojos tenían un aspecto singular de frialdad y brillaba en ellos un resplandor extraño.

El porvenir se presentaba risueño. Iba a disponer de cuanto dinero quisiere. Se sentó sonriente y quedó un momento pensativo,

Reflexionando, llegó a considerar una locura haber tomado automóvil cerca del club. Pero un centenar de personas habrían hecho lo mismo aquella noche... Mas el rostro del conductor del vehículo comenzó a adquirir fuerza en su imaginación... Fué preciso correr el último riesgo... Peor hubiera sido que lo tomara en la misma Manchester Square.

Luego pensó en el posible interrogatorio. Se figuró a su tío con vida tres semanas antes... No tenía enemigos de ninguna especie... El fiscal no podría acorralar a un testigo que se mostrara muy



— BUENAS NOCHES, SEÑOR RILEY. PARECE QUE NO LE SATISFACE MUCHO VERME... DESDE LA NOCHE EN QUE SU TÍO FUÉ ASESINADO.

afectado... Acaso manifestase su simpatía hacia él por la terrible pérdida sufrida.

El veredicto sería seguramente de «Acusación de asesinato contra una persona o personas desconocidas». Y a juicio de Jeremías Riley aquello era lo más justo.

El único testamento existente, y que databa de cuatro años antes, nombraba a Jeremías Riley heredero de su tío.

Algunos irritantes detalles retardaron la entrega de la herencia. Pero al fin se instaló en el antiguo edificio de Manchester Square. Toda la servidumbre se marchó, no por hostilidad hacia el nuevo amo, como decía la señora Hotchkiss, sino por no poder continuar en aquellas mismas habitaciones sin recordar lo ocurrido. Eran ideas de mujeres, según la opinión de Riley.

La forma en que el inspector Ducrós se había aferrado al hecho era casi molesta. Quince días después de que Jeremías Riley se hubo instalado en su nuevo domicilio, Ducrós llamó, en las primeras horas de la tarde, a la puerta de la calle. Riley lo recibió afablemente. El detective deseaba conocer varias cosas y, con ciertas reservas, Riley se dispuso a darle la información.

— Claro está, señor, que es un asunto delicado, pero en estas cuestiones no puede uno ignorar nada... ¿No ha habido alguna mujer mezclada en la vida de su tío?

Jeremías Riley no tenía indicios de ninguna. Respondió con seriedad, casi con solemnidad, pero en su imaginación se despertó la idea de mezclar a una mujer en aquel asunto... Verdaderamente aquel policía era cándido... Mas Riley lo trató como si fuera inteligente, ya que no ganaba nada con atraerse un enemigo.

— No es que yo crea en esa posible existencia, pero no estoy dispueto a dejar piedra sin mover... Por de pronto estoy averiguando quienes fueron las personas que tomaron automóvil la noche del crimen en las cercanías del lugar del hecho... Es una tarea incalculable... pero acaso...

Riley miró al inspector. Había sido tomado por sorpresa. Mas en seguida volvió a adquirir el dominio de sí mismo.

— Se está usted tomando un trabajo enorme...

— No importa; tengo mi opinión. En cada uno de los casos que he tenido a mi cargo el criminal ha cometido un «error»... Todo consiste en descubrir cual ha sido.

— Pero ha habido crímenes cuyo autor no ha sido descubierto... a pesar del «error».

— Si el detective que ha tratado esos asuntos

hubiera insistido... Siempre existe el «error»...

— Pero no va usted a suponer que un hombre que comete un crimen vaya a tomar un automóvil cerca del lugar del delito.

— ¡Bah! He visto cosas más sorprendentes que esa. Mire; el hombre que comete un crimen no está en su estado normal; por lo tanto no hay que esperar que todas las cosas que haga lo sean.

Riley miró fijamente a Ducrós, pero su calma le tranquilizó.

— La noche del suceso yo estaba comiendo con sir Juan Harnett, cuando...

— ¿Con el segundo jefe de policía? — preguntó el inspector, visiblemente impresionado.

— Sí. Somos socios del Cosmos Club.

— ¡Ah! Yo sabía que sir Harnett lo era.

— Después he hablado del asunto con él y le he manifestado que usted hizo cuanto le fué posible en el asunto.

Ducrós sacudió la cabeza.

— Siento que se lo haya dicho. No se ha realizado ninguna detención y el criminal, o los criminales, continúan siendo desconocidos...

El efecto que causó a Ducrós el nombre de sir Juan Harnett no pasó inadvertido para Riley.

— Es curioso que nos encontráramos juntos la noche del crimen. Regresamos a nuestro domicilio, charlando tranquilamente y muy ajeno yo a la desgracia que me había ocurrido.

Un tinte de melancolía empañó el acento con que fueron pronunciadas estas palabras rememoradoras del hecho.

Cuando el detective hubo partido, Riley meditó acerca de la conversación. La insistencia de Ducrós en el error del criminal y sus investigaciones entre los conductores de automóviles de alquiler le inquietaban algo. Ducrós excitaba sus nervios... Aquel hombre de la barba negra...

Pero, no. No había cometido el «error»... El hombre aquel no podría reconocerlo...

El detective conversara con él en la misma habitación en que asesinó a su tío, lo que consideró una hábil estratagema. ¿Cómo iba a ser posible que un criminal conservara su perfecta tranquilidad en el mismo lugar en que cometió su delito?...

Se le ocurrió ir al club. Tenía la idea de que se había formado cierta atmósfera que le era hostil... Pero, ¿se encontraría allí con el hombre de la barba? ¡Bah! Centenares de personas habrían ocupado automóviles la misma noche que él... Se decidió... Al llegar dirigióse hacia el salón de juego. Allí estaba sir Juan Harnett, distraído con su partida.

Pero Riley no se encontraba a gusto y regresó a su casa más temprano que de costumbre... Llovía.

— ¿Automóvil, señor? — le preguntó el portero.

Riley miró hacia la calle. Vió parado un coche.

— No — respondió bruscamente. Y echó a andar bajo la lluvia.

Llegó a su domicilio y se instaló en la biblioteca ante un buen fuego. La habitación estaba casi a obscuras, pues sólo una lámpara que se encontraba sobre la mesa la iluminaba. Se estaba allí muy confortablemente... Se quedó adormecido.

De repente le pareció que algo se movía cerca de la ventana. El corazón le dió un vuelco... Aguardó... Nada... Una falsa alarma. Se incorporó y encendió todas las luces para disipar aquellas temidas sombras.

Entonces se oyó un golpecito dado en los cristales. No había duda; se oyó claramente... La sangre se le agolpó en la cabeza... y tuvo necesidad de apoyarse en la mesa para no caer. El corazón le latía violentamente...

De nuevo se repitió el golpe. Más pesado, más insistente...

Asustado, dominado por el terror, miró hacia la ventana y allí, entre las profundas sombras, se destacaba el rostro pálido con la barba negra cortada en punta... Aquel rostro que durante semanas, meses, le persiguiera con tenacidad. No tuvo ánimos para escapar. Las fuerzas le abandonaron.

Se acercó a la ventana y la abrió, casi sin darse cuenta de lo que hacía. Una voz lo llamó a la realidad.

— ¡Buenas noches, señor Riley! Parece que no le satisface mucho verme. Desde la noche en que su tío fué asesinado no nos habíamos vuelto a encontrar.

— ¿Qué?... ¿Qué desea?

— ¡Mil libras! Me parece que me pongo en razón.

— ¡Estafador! — rugió Riley.

— ¡Bah! Hay otros peores que yo... Al día siguiente del crimen vi su retrato en los diarios... Y al pronto pensé en acudir a la policía para informarla de algo interesante. Pero luego recapacité.

— Una tentativa de estafa conduce a la prisión. — respondió Riley.

— Y con mayor motivo un asesinato...

La espantosa silueta, que permanecía en la ventana terminó su frase con un gesto elocuente.

— Terminemos.

— No deseo otra cosa, señor. Yo soy un hombre de negocios y no me gusta perder el tiempo... Si quiere hacerme prender no tiene más que dar aviso por teléfono a la policía y en pocos minutos se llenará la casa de agentes... De sobra para los dos.

— Pero es que yo no tengo aquí las mil libras...

— Ni lo he pensado un momento... Pero un cheque puede arreglarlo todo. No tengo prisa.

— Pero... ¿Quién me garantiza que no vuelve?

— No soy ambicioso. Me contento con eso. Vamos, deme esas mil libras o doy aviso a la policía.

— Usted no puede hacer nada. ¿Cómo va a probar que yo cometí el asesinato?

— Tiene razón. No puedo probarlo. Pero... Han estado muy interesados en saber quién llegó hasta aquí en automóvil aquella noche, desde el Cosmos Club, y como yo le traje cinco minutos antes... Pero eso no es una prueba.

— Le daré las mil libras. Pero deme 24 horas de plazo. Mi libro de cheques...

— Terminemos.

Riley se dirigió hacia el escritorio. Su mano temblaba mientras extendía el cheque. Terminó de escribir y lo alargó al hombre.

Pero éste no lo tomó sino que, haciendo un rápido movimiento, pasó detrás de Riley y con toda destreza lo sujetó por las muñecas.

En aquel instante penetró otro hombre en la habitación. Se oyó un ruido metálico. Riley tenía puestas las esposas.

El prisionero estaba anonadado.

Una tercera persona se unió a los otros. Al verlo Riley cayó de espaldas en un sillón. Este también llevaba barba negra. Era el conductor del automóvil. Pero, ¿y el otro que había hablado con él?

Jeremías Riley miró en torno suyo y vió a Ducrós que tenía en la mano una barba negra.

— He triunfado, señor Riley. En cuanto di con ese hombre no dudé de mi éxito. Las sospechas que tenía se fortificaron al notar su interés en que yo supiese que había usted estado la noche del crimen con sir Juan Harnett... Cometió usted dos errores... Pero necesitaba la prueba y este cheque me la proporciona.

Luego, dirigiéndose al conductor, exclamó:

— ¿Quiere acercar su auto a la puerta?

Cuando momentos después marchaban hacia el departamento de policía, murmuró sonriendo Ducrós.

— Ironías de la suerte. El mismo coche que lo trajo para cometer su crimen lo lleva ahora a la expiación.

FIN.

Comentarios

— ¿Y, Gómez, vamos a ver,
por qué juzga un grave error
lo que defendía ayer?
— Porque no es lo mismo ser
ministro que senador.
— No es un criterio muy serio.
— Pues, tenga por descontado
que cambiará de criterio,
si es que vuelve al ministerio,
cuando salga del senado.

* * *



— El viejo, con optimismo
suele mirarse al espejo,
y no se encuentra tan viejo.
— Es un caso de espejismo.

* * *

No está en pro ni en contra, ni de su mutismo
nadie va a sacarle positivamente;
mas, sabiendo que hablan de personalismo:
— ¡Ahí me las den todas! — piensa el presidente.

* * *



— ¿Quién es ese fantasmón?
— Uno que fué periodista.
— ¿Y ahora qué es?
— Autobombista.
— Pues no es mala profesión.

* * *

— ¿Y quién niega el progreso?
¡Quién puede negar eso!
La gente es hoy más sabia y es más diestra.
Lo que voy a decir se lo demuestra:
¡Los antiguos romanos
no tocaban el piano a cuatro manos!
¿Se ha progresado o no?
— Seguramente.
El progreso del mundo es evidente.

* * *

Gómez, entusiasta,
dice:
— Bueno, ¡basta!
Quien nos daba miedo, ¿qué nos puede hacer?
Antes nos callamos
y hoy nos rebelamos.
¡Qué valientes somos! ¿No es verdad, Saguier?

* * *



Protesta un dramaturgo
que se juzga más sabio que Licurgo:
— Todo me lo rechazas y me embromas,
empresario intratable.
¿Son, acaso, mis dramas los diplomas
de Jujuy? ¡Miserable!

* * *

— Cantan en el Colón en italiano,
alemán y francés.
— ¡Qué confusión!
El que no sabe más que castellano,
tendrá que ir con intérprete al Colón.

* * *

Noel le dice a un secretario,
entre otras cosas importantes:
— Ya se está haciendo necesario
un gran concurso literario
de senadores protestantes.

* * *

— Es una obra perniciosa
e inmoral, sin duda alguna.
— ¡Cómo!
— En ella se habla de una
«vegetación lujuriosa».
— Ya veo que es inmoral.
— ¿No es cierto que es un horror
que explote ese infame autor
la lujuria vegetal?

* * *



Por morder a su esposo, que es muy flaco,
se le han roto dos dientes a Sofía,
la cual, más que mujer, es una arpía.
Quiso soltar un taco
él, pero, por prudencia, se hizo el sordo,
mientras ella decía:
— ¡Si me hubiera casado con un gordo!

* * *

Un senador, como viera
lo que hacían los demás,
exclamó:
— ¡Máquina atrás!
Y que resbale el que quiera,
¡pues lo que es yo no resbalo!
Y, dirigiéndose a Melo,
añadió con desconsuelo:
— ¡Malo, Melo! ¡Melo, malo!

MONOS DE REDONDO.

Correo sin estampilla.

V. R. A. — Buenos Aires. —
Entre los chicos, son más amenos
que peligrosos
esos que suelen gritar, furiosos,
con voz de tiple:
— ¡Rayos y truenos!

P. N. T. — Buenos Aires. —
Quien se propone decir
una cosa tan vulgar
pierde su tiempo al usar
la máquina de escribir.

C. J. B., Martín Eta, Aphrodita. — Buenos Aires. — No.

Altoparlante. — Buenos Aires. —
¿Quién va a contar en la crónica
social esa porquería?
Nadie. Y radiotelefónicamente, menos todavía.

C. F. R. — Buenos Aires. —
No hay en lo que remite como una novedad
ni una pequeña dosis de originalidad.

Calavera. — Buenos Aires. —
Esos chistes trasnochados,
inocente «Calavera»,
no hacen reir ni siquiera
a los bienaventurados.

J. B. M. — Buenos Aires. —
Después de los conceptos agresivos
que matizan su prosa intemperante,
ponga, como atenuante,
dos mil o tres mil puntos suspensivos.

R. D. — Buenos Aires. —
A un amigo, aunque sea un mendigo,
no dediques tu prosa andrajosa,
pues por poco que valga el amigo
vale más ¡mucho más! que tu prosa.

E. B. — Buenos Aires. —
Están las extraordinarias
voces «muecos» y «babiecos»
en todas las *diccionarias*
de todos los *bibliotecos*.

I. F. — Buenos Aires. —
Nos remite un buen señor
una pavada anódina,
y con ello se imagina
que nos hace un gran favor.

Lunático. — Buenos Aires. —
A la luz de la luna,
los huevos fritos
deben, sin duda alguna,
ser exquisitos.

D. V. F. — Buenos Aires. — Presumimos
que se trata de un resfrío epitalámico.

Y. E. F. — Rosario. — No.